

ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA

VICTOR ROJAS FARIAS



EDICION DEL GOBIERNO REGIONAL DE VALPARAISO

VICTOR ROJAS FAJAS

Nació en Punta Arenas en 1960. Profesor de castellano, licenciado en literatura y magíster (c) por la Universidad Católica de Valparaíso. Es autor de "Tango Dos", "Valparaíso, el Mito y sus Leyendas" y "La Gran Enciclopedia del Mar".

"Escenas de la Vida Bohemia" es un conjunto de crónicas en tono de brindis que rememoran instancias de la farra en Chile desde la Conquista hasta la noche de ayer. La primera canción, el incendio que se apagó con vino, los banquetes que conmocionaron el país, pormenores de arte y poesía, política y guerra, tragedia y comedia se viven de nuevo en este libro dedicado a la eterna procesión de la noche. Salud.

Escenas de la Vida Bohemia

© Víctor Rojas Farías

Reg. Prop. Intel. N° 129.201

I.S.B.N. N° 956-7944-35-0

Derechos Reservados

Obra Portada: "Los Bohemios" serie,
Luis "Beto" Martínez, óleo sobre tela.

ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA

CRÓNICAS INÉDITAS

VÍCTOR ROJAS FARÍAS



EDICION DEL GOBIERNO REGIONAL DE VALPARAISO

BRINDIS INICIAL

Hay un curioso libro de Henry Murger ("Escenas de bohemia") en que se habla de la gran felicidad de escribir poesía, pintar, pasar hambre, estudiar, toser sangre, tener amigos y goteras en el techo. Para desmentir tales afirmaciones basta consultar la vida real: "Sigo en pie porque no tengo dónde caerme muerto", escribió un poeta¹, aunque su desmentido fue desmentido por un lema: "tengo todo el mundo para pararme vivo"². Salud.

Al leer testimonios bohemios nos encontramos con: B) Habitantes de la noche, que creen que están tomando vino cuando el vino se los está tomando a ellos, que defienden ideas sin tener idea y se levantan en cinco horas más. Y A) Los siempre artistas, que a veces también quieren ser tampoco, y tan pocos están tan bien. Buscan escapar de la mismidad besando vasos y vaciando besos hasta que llegan a la otredad. Un brindis por ellos. Consiguen la felicidad y dan envidia pues el desorden de los sentidos se les queda adentro para siempre. Salud.

Estas páginas transforman a tales personas en personajes. Sin más método que el de un brindis ante la mesa ni más motivo que porque sí revisaremos farras, historia y arte en nuestro país desde los primeros testimonios hasta ayer en la noche. Otro salud. Ni estudio ni obra literaria: estas crónicas son una noche de juega entre amigos... Sin plan ni pedazo. Sírvase.

Me se el discurso enreda para por escrito seguir
el vaso levantado hic por la bohemia y el arte y encontrar
la embriaguez tanta tinta y el tinto tonto hasta dar
tumbos, salud, y rebotar por los muros otros mi casa o
sea de la casa botella me la entera leí, hic, digo salud y
eso sí que seguro: un estos días tengo que no tanto a leer.
Hic. Con todo respeto.

¹ Pérez, Alejandro

² Pérez, Floridor

CHICHA, AGUARDIENTE, VINO Y PELEAS

Mucho antes de que llegaran las uvas ya un río infinito nos recorría el territorio: el río de chicha. Un poco pasado del año 1500, el poeta Pedro de Oña escribía que los mapuches eran fieros e indomables guerreros y que: "no hay azar tan grande ni desdicha/ que no la pasen ellos con la chicha".

Poco después, el padre Diego de Rosales se asombraba de que hubiera indígenas que no conocían el sabor del agua. "Jamás beben sino chicha, y si falta es motivo de gran pleito con sus mujeres, sobre que suele haber palos".

Esa chicha era generalmente de frutillas, o de maqui, pero con la llegada de las vides se empezó a producir la chicha de uva, que se hizo tradición en el campo chileno.

"Los nombres Chile y chicha se parecen mucho, y por algo será", pensó en 1995 el alemán Tomás Brons, doctor en letras. Después de participar en largas horas de conversación había concluido que lo único en que todos concordaban en este país era en la chicha. Con temor de ofender a sus amigos, difundió un papel-invitación para el "Primer Congreso de Chichística", ciencia la cual estudia las calidades y cualidades de la chicha de Olmué. La convocatoria tuvo tanto éxito que pronto debió efectuarse el "Encuentro de Chichística Comparada". Y, según anotó el concienzudo alemán en las actas de su investigación, hizo un gran descubrimiento: el primer trago de chicha se hace entre amigos, el segundo entre campeones, el tercero entre

rivales y el cuarto entre enemigos. Después viene pelea, reconciliación y pelea definitiva.

Tales conclusiones no son ningún hallazgo: la historia que esos peleadores de Olmué llevaban en su sangre- confirma época tras época que en Chile sabemos rimar el alcohol con el descuido y la pelea. Un ejemplo clásico: en Melipilla, Manuel Rodríguez se enteró de que había cierta cantidad de tesoro que mucho cuidaban los españoles. Andaba sólo con un hombre, pero decidió dirigirse a un grupo de peones de fundo y pedirles ayuda. Y esos campesinos al galope, sin más armas que su valor y las trampas e ingenios de su jefe, lograron apoderarse de todo. Escaparon a todo caballo: nunca pensaron que les resultaría tan bien. Y, como era lógico, tenían que celebrar. En nuestros campos nunca faltaba la chicha. La celebración fue una borrachera inmensa. Una vez ebrios, se sintieron confiados en que podrían escapar en el momento en que quisieran, es más, podrían derrotar a los realistas ahí mismo. Que vinieran no más. Cuando llegaron los españoles casi todos fueron capturados sin oponer resistencia, porque no se dieron cuenta de nada. Rodríguez y cuatro más uno con seis balas en el cuerpo- lograron escapar a duras penas. Eran peones de hacienda, pero la chicha los había hecho descubrir que eran campeones, y la misma chicha les impidió demostrarlo.

¿Se parece esa gloriosa situación a esta otra? En Quilpué -en los días del 18, de 1992- ladrones robaron un furgón. Al abrirlo, descubrieron que contenía barriles de chicha, y -ya que estaban en eso- decidieron brindar por el buen éxito de su robo. Horas después, los carabineros recibieron el llamado de que había unos curaditos armando escándalo: fueron y encontraron a los ladrones, muy emocionados, que cantaban canciones

folclóricas. Al ver a la policía, en vez de huir, gritaron desafiando: "vengan a pelear a combos, pacos cobardes". Resultado: chichones y barrotos.

La confluencia del alcohol, del coraje temerario y de la bravata no es privativa de la chicha, intentamos explicarle a Brons. Y esto lo sabían bien los españoles en tiempos de la independencia. Precisamente la primera gran fiesta de pura bebida que se recuerda bien en Chile la tuvieron algunos marinos de la primera escuadra en momentos en que se aprontaban a luchar. Era 1818. Plena guerra. Llegaron a Perú y encontraron que los hispanos -quién sabe con qué intenciones- habían dejado en una playa varios miles de galones de aguardiente. Es decir ¡más de un millón de litros! Los buques permanecieron cuatro días en el puerto, y las escenas de ebriedad fueron memorables. El almirante, Lord Cochrane, recordó en sus memorias que no le quedó más que cañonear los barriles "con motivo de no poder contener a los hombres, quienes por la facilidad con que obtenían licor se hacían ingobernables"...

Algo similar pero peor sucedería en la batalla de Loncomilla, 1851. Una granada incendió el techo y una pieza de Las Casas de Reyes, donde estaban sitiados los leales del oficial Zañartu. El oficial ordenó que lo apagarán como pudieran. Y los soldados, con pena y con baldes, apagaron el fuego con vino que estaban guardando para después de la pelea. Luego de horas de resistencia llegó el momento en que los enemigos se desbandaron. El general Cruz, tras verificar el número de hombres y cartuchos que le quedaban, intentó salir contra el enemigo. Pero encontró que todísimos los soldados que se quedaron en las casas estaban completamente ebrios y no podían avanzar ni medio paso.

Si citáramos todos los testimonios similares, mil páginas serían nada: En la revolución del 91 (cuando ya no quedaban balmacedistas) las tropas ganadoras, y la poblada aprovechadora, se abalanzó al saqueo: eran vecinos que saqueaban a vecinos, y escrupulosamente, respetaban los muebles para saquear sólo las bodegas. Eloy Caviedez asistió como periodista: "comenzaron a descolgarse cerro abajo y (...) sintiéndose devorados por la sed, destaparon botellas, abrieron vasijas, se lanzaron sin freno en el camino de la embriaguez (...). Las patrullas que recorrían la población fraternizaron muy pronto con los saqueadores, las avanzadas tomaron parte a su turno en la fiesta, nuevos desbandes comenzaron a llegar desde arriba, y de ese modo en las primeras horas de la mañana del 23, las calles y caceríos de las dos pacíficas poblaciones estaban convertidas en un hormiguero de ebrios que disparaban al azar..."

¿Qué tal? Entonces, es mejor concentrar el alcohol en el bar, en los salones. Y, bueno, "es innegable que han logrado concentrarlo ahí también con toda la rica tradición que ustedes tienen" recordaba Brons vendándose la mandíbula.

UNA NOCHE DE BOHEMIA EN VALPARAÍSO

Nueve de la mañana. Encuentro casual con el viejo poeta Luis Fuentealba, vividor de décadas de antigua bohemia, que va a ver al médico. Con su compadre, Manuel Astica Fuentes, hace cuarenta años, acuñaron un lema: "Amo mi casa porque es como mi segundo bar". Está achacado, arrastra los pies.

-Don Lucho ¿porqué no me acepta un desayuno, para conversar?

-Cómo no, hombre, vamos. Cuando uno está tan viejo tiene más que nunca cosas para conversar, pero son pocos los que quieren hablar con uno.

Pasamos a un local. Don Luis, feliz como caballo rojo, llama al mozo.

-Niño, niñooo, tráenos media docena de huevos duros y un vinito de la casa.

-Señor, puedo ofrecerle café, té, si gusta shop... y hay sandwiches.

-Tráeme dos tortillas, entonces. Y para tomar, un tiuque.

-Tenemos completos, italiano o palta mayo, Barros Luco, Barros Jarpa... Si desea alguna bebida...

-Mira niño, si no tienes tiuque, háceme una sangría. Que te quede guardentosa.

-¿Guarden qué?! Señor, perdone... No sé lo que es eso. Aquí hay lo que hay no más.

Y Fuentealba se para. Se despide porque se acuerda que al médico tiene que ir en ayunas, pero dice que le sería grato salir en la noche, a algún lugar de verdad, para ver si todavía existe la luna.

-Bueno, don Lucho, voy a irlo a buscar con Rubén Sáez, que sabe tanto sobre Valparaíso.

-Macanudo.

ESCENAS DE LA NOCHE

Vámonos de farra. Acordémonos de los eternos habitantes de la noche. Pidamos una ronda y empecemos a historiar la noche porteña. Rubén Sáez hace un salud y Luis Fuentealba parte la conversación recordándose de mediados de siglo.

Cómo dejar olvidado al "Chico" López, de la década del 1950, al que dieron un vaso de vinagre, y sorbiéndolo con alegría exclamó: "Así me gusta el vinito: fuertón". Pertenece al grupo de la Caja de Empleados Particulares, sirvió de modelo para un personaje novelesco de Carlos León, que tomó tres anécdotas suyas, y nadie sabe explicarse cómo perduró en su trabajo si día por medio terminaba siendo llevado a casa por un vecino que lo encontraba durmiendo en la calle. Cierta vez le dio con que las prostitutas no sabían su labor: no era un rato de cuerpo lo que tenían que vender, sino la ilusión de pertenecer a un hombre, de amarlo hasta deshacerse. El cliente debía sentirse león, cacique, rey, porque ellas debían ser paz, alfombra, pasto.

Las prostitutas hacían un alto en su trabajo en el mismo bar donde remataban los empleados particulares, y allí el Chico exponía su doctrina. Las convenció. Y se cuenta que tuvieron de qué agradecerle, dos de ellas se casaron con los clientes. A ese bar (¿el primer "Siete

contenta: "Vengo a despedirme. Parto al sur porque me voy a matrimoniar. Conocí de día a un sureño y nos enamoramos". De inmediato empezaron los de la Caja a pedir la despedida en grupo. "Caa poo tee/ Caa poo tee". Ella se indignó. "Pero niña, cómo puedes enojarte si es una cosa sana, de amigos..." "La casa se cierra porque tiene dueño: lo que sí, en parte es gracias al Chico que se me arregló el futuro. Cuando tenga un hijo le voy a poner como él, por eso vine, para saber cómo se llama". Era una petición tan íntima que se hizo el silencio: oficinistas y prostitutas callaron esperando la respuesta. El Chico, emocionado, contestó: "Es un gran honor: yo me llamo Edgardo". Y ella: "No pienso joder a mi hijo con ese nombre: yo creía que te llamabai Manuel". "Pero si querís que se llame como yo le tenís que poner Edgardo". "Le voy a poner Manuel". "¡Pero le dirían Gardo!" "Una mugre de sobrenombre; que le digan Manolo no más". "Yo me llamo Edgardo". "Mira, en tu nombre le voy a poner Manuel y dejémoslo ahí". "Salud. Oye, y tu sureño... ¿sabe en lo que trabajai?" "No, pus, claro que no...y nunca nunca lo va a saber, y si alguna vez los encuentro en la calle les digo desde ya que no me saluden porque esa que ustedes conocían, esa ya murió". Y ella, feliz de empezar nueva vida, comienza a fijarse en el resto de la gente del bar, y en una mesa, con la cabeza gacha, como queriendo ocultarse en un vaso, divisa a su novio. Está claro que ha escuchado todo, y que desearía ahogarse en el vino, y que no quiere ser reconocido. Y ella, con desgarró, sabe que ya nunca más lo verá, que adiós para siempre adiós.

Este episodio junta al Chico, un personaje ligado al memorial de la farra, y a una de las historias que

mantienen las prostitutas de Valparaíso, relatos que actualizan y reflejan las penas y desesperanzas de un gremio que jamás podría pertenecer al Opus Dei pero no quiere pertenecer al Opus Night: mezcladas con andanzas nocherniegas andan esas historias tristes, que cada veinte años cambian la fecha, o los nombres de los personajes, pero son la misma eternidad.

Vámonos a otro local. El centro nocturno de Valparaíso estaba en el Barrio Puerto, por Bustamante; después, se corrió para el área de la avenida Argentina, y luego retrocedió hasta el centro: cercano a la plaza Aníbal Pinto. Vámonos al Puerto: allá va un muchacho dando tumbos, curado como hilo de comisión... Se va cortado no más: al suelo, y se le desparraman papeles. Van tres casi niños a ayudarlo. Pero le sacan la chaqueta y los zapatos y corren a perderse. Otro asaltado... ¡y pensar que en 1888 andaba un muchacho parecido cayéndose en estas mismas calles y no lo asaltó nadie pese a que el Puerto era más salvaje!

“Si el whisky le servía para inspirarse, el cognac le quitaba los sustos”, contaba Emilio Rodríguez Mendoza, quien lo hizo saltar un muro del cementerio para llegar a la fosa común. Ahí vieron un cráneo desde el cual, por la cuenca, salió una rata. Rodríguez y sus amigos rieron al ver cómo Darío empalidecía. ¡Un presagio! El vate había captado que en el país se desencadenaría lo fatal. Muchos de sus amigos morirían pronto, (así sucedió en la Revolución del 91) Intentaron reanimarlo, no pudieron: se había alterado profundamente. Una vez fuera, para hacerlo hablar, le mostraron cognac, ofreciéndole un poco. Darío tomó un mucho. Y, ya embriagado, empezó a hablar sobre su nueva manera de percibir los sonidos

y las superficies en la poesía: era hombre de cristales, princesas, armiños...

Hemos llegado a la avenida Altamirano. Acá, junto al mar... es fama que Rubén Darío venía a inspirarse en esta zona, porque podía leer poemas en voz alta sin ser molestado. Se bajaba del tranvía y enfilaba por las rocas. Adelante, el mar azul. Arriba, el cielo azul. Y-en Francia- Víctor Hugo había dicho que el arte es azul. Rubén no podía ponerle otro nombre a su libro-bomba, y se quedó con ese azul adentro: en todos sus libros encontramos el simbolismo del azul, siempre ligado a lo bello, a lo bueno, a lo puro. Pero ahora está de noche, y todo se ve negro. Caminamos por la avenida Altamirano, que debería llamarse Rubén Darío. Y seguimos al paseo 19 de Julio homenaje a Investigaciones- que debería llamarse Rubén Darío. Llegamos al pequeño parque Rubén Darío y nos alegramos: estamos listos para que Rubén Sáez saque su botella y gritando que esta ciudad desagradecida debía ponerle una estatua a Darío, porque Darío le dedicó sus "Acuarelas Porteñas" y un lugar en el universo literario, se ponga a recitar: "era un aire suave/ de pausados vuelos..."

Hace frío. Devolvámonos, metámonos a un local. Vámonos cerca de la iglesia La Matriz. Por acá solía verse a esa especie de personaje popular que creía ser el más grande poeta del país y continuamente se asombraba de sus descubrimientos, tales como la rima y la separación en estrofas.

¿Qué será de don Alerce? Despreciaba la lectura pues decía que él tenía educación y distinción naturales, y alegremente interrumpía en la calle: "Estoy que me recito solo, le ruego me escuche un poema en

que comparo la belleza de mi amada con las estrellas. Es una audacia, desde luego, pero yo soy así". Y luego de recitar un lugar común: "¿Tuviera usted para invitarme un vinito? Quiero leerle un poema sobre un tema que nadie ha tocado nunca en poesía: sobre las piernas de mi amada". Su amada de ese tiempo era Teresa Paola X, que había llegado desde una isla. Nadie la conocía, sólo Alerce que, semana tras semana, informaba a cualquier transeúnte: "Hoy la vi, y le hablé, créame, me provocó una sensación que puse por escrito en el siguiente poema..." Cierta noche, en un restaurante nocturno con "reservados", esa especie de casetas telefónicas que en vez de puerta tienen una cortina, habíamos ido con Marcelo Novoa y otros a celebrar un nuevo fracaso. Apareció don Alerce, tan furioso que ni siquiera pensaba en recitar: "Creo que Teresa me traiciona porque escucho su voz en uno de los reservados, y está con unos sinvergüenzas, hombres y mujeres. Voy a averiguar, para echarles en cara su conducta". Aguzamos el oído; efectivamente, tras de una de las cortinas se escuchaban risas ebrias y palabras con entonación nada elegante. Seguimos dedicados a conversar sobre temas elevados y profundos mientras tomábamos un vino tan barato que nadie pensó en irse antes que los demás. Al rato volvió Alerce: "Los señores que estaban en el reservado rojo se fueron y tuvieron la gran delicadeza de dejarme solo con mi amada. Me di un gusto... ¿quieren venir a conocerla?" Pasamos al reservado abriendo la cortina. Allí, tirada en una silla, completamente ebria y durmiendo, había una mujer nada de esbelta. Alerce sonrió: "Don Víctor, joven Marcelo, ustedes siempre han sido unos caballeros conmigo. Ahora quiero retribuirles. Quiero presentarles a mi amada: Teresa Paola". Luego, subiéndole la falda, exclamó con finura: "¿gustan ustedes una tocadita?"

Nos encontramos ahora con un personaje del Puerto, "El Justiciero", que es tan anciano y sin embargo cuida autos en las mañanas, porque jubilación no tiene. Lo invitamos a una mesa y le contamos que en la obra de teatro "Roland Bar" lo representan casi a la perfección. Dice que lo invitaron a verla, y que lo aplaudieron a rabiar cuando lo presentaron al público. No se conmueve ni se emociona. Sólo pide un trago caro. "Aquí van a pagar ustedes, así que ¿porqué no le aplicamos una chorrillana? Mejor no, me hace mal al hígado y ya estoy por parar las chalupas... y pensar que uno ha sido joven" Recuerda su infancia, tan lejana. Y hace alusión a drogas, alcohol... Recuerda a esos hombres y esas mujeres que eran imitados antes, que eran tomados como modelos, como el Choro Guzmán (que sabía hacerse respetar a cuchillo o a mano limpia) y la Yuyito (que le robó la billetera al jefe del FBI). Recuerda los tiempos del boxeo, hacia 1940, y cuenta una de las anécdotas del Choro Contreras, que no sabía mentir y que "tenía una costumbre". En un café por ejemplo- el Choro explicó a sus amigos que la muchacha que atendía era muy de su gusto, y se encaminó al baño: "permiso, voy a correrme una pajita".

Fue fama que, después de mucho cortejar, había logrado encontrar a la Chica Lucy, "una que era una casi niña casi de su casa", su amor platónico, un poco ebria en un bar. "Hoola". El Choro Contreras era tímido con las mujeres; le daba vergüenza que los demás supieran que podía querer a alguna. Pero las cosas se dieron y comenzó a besarla. Lucía tenía buen género y lo lucía generosa. Van unos toqueteos, besuqueos. "¿Porqué no nos vamos a mi casa?" dijo él. "Claro que sí contestó ella- vamos a hacer de todo" "De todo". Los presentes en el bar se desabrochaban el botón de la camisa o se

soltaban la corbata al escuchar esas palabras; Lucía había empapado de erotismo hasta a las paredes y Contreras tendría la suerte. Estaba feliz. Pero en eso llegó un señor: "Mi Papá exclamó Lucía- hola viejo, cómo estás". Se puso a conversar con él y muy luego, despidiéndose con una seña, se fueron. Todo fue risas. El Choro desapareció al baño, volvió, tomó algo de vino. Alguien se puso a comentar escenas fuertes. Ferrer escapó al baño de nuevo. "Esa sí que me había dejado prendido, ya me corrí dos pajas y voy a la tercera".

Salió del baño y se puso prácticamente a dormir. "Estoy cansado; ya con tres seguidas tengo para dos días sin que se me pare". En eso volvió Lucía. "Ya, Contreras, acompañé a mi papá a su casa, pero ya estoy de vuelta para ti. Vámonos a tu casa porque quiero probar cómo es mi hombre".

Por acá se sienta en la mesa una señora, añosa, "Miau Miau", que se llamaba cuando ejercía. Quiere hablar de esas buenas casas malas: "Los Siete Espejos", "La Tía María", "La Cachanga". No nos interesa: estamos hablando de Rubén Darío y el "Canto Épico a las Glorias de Chile". La señora hace un gesto. Recuerda lo que decía su "tata": que la esposa de Arturo Prat tenía 27 años cuando enviudó del héroe. Y era linda. Se podría haber llenado de pretendientes. Pero la Marina se los alejó a todos bien alejados: murió 52 años después de la Guerra del 79 con el nombre de Arturo en sus labios y sin haber estado a solas con otro hombre ni siquiera en conversación. Porque la Armada... "Mi tata decía que a doña Carmela nadie la podían darle ni una miradita, estaba como quien dice presa en jaula de oro. Pero ¿quién prefiere jaula de oro a buena cama?" En esas palabras incompatibles advertimos horas y horas de

conversaciones antiguas: toda clase de rumores y copuchas que siempre tienen que ver con la justificación del barrio: sexo, y el dulce ángel del sexo, y el azúcar del sexo, su violín. "Fijense mijos que el Yako dijo en el diario La Estrella, que lo estaban entrevistando por el boxeo, que había tenido cuatro mil mujeres. A los dos años los mismos periodistas le preguntaron si era verdad eso de las cuatro mil. Y él les respondió que era verdad hacía dos años, porque ahora iban ochocientas más" ¿Será cierto? Conversaciones de curados en la noche, eternas morbosidades y qué van a ser ciertas.

"Pero ¿no sabiai tú cabro que el Negro Cornelio, una vez venía de una competencia de quebrar platos con el que te jedi- tomó el ascensor Turri y estaba lleno de monjas, pucha, y al Cornelio le dolía el manguaco y tenía que sobárselo? Entonces fue que..." Está bien, está bien, pero yo ya quiero irme y no sé cómo voy a llegar a mi trabajo... Aaay, me duele la cabeza. "Pero antes que te vayas, cuéntanos cómo compusieron el vals La Joya del Pacífico" "Nooo, la cuento después y aparte, chao no más". "Oye, ¿tú te acuerdas dónde dejé mi chaqueta?"

Aaay, y yo tengo que ir a clases. Escucho la voz de Fuentealba: "Ya van a ser las nueve de la mañana, hombre, ¿porqué no me aceptas un desayuno, para conversar?"

LA REMOLIENDA

Como expresión máxima de la remolienda queda el boliche de la Cata Morales en la zona de la Frontera, desde 1870 al 1890, entre las lluvias y los bosques cercanos a Angol. Concurrían cocheros de diligencias, soldados acantonados, comerciantes, bandidos, dueños de fundo, oficiales de ejército y caciques o mocetones indígenas. Cata era altísima como mástil y robusta como tronco, y salía a recibir ella misma a los grupos de jinetes: *"Señores de mi vida, aquí van a remoler como si fuera terremoto, pero al primerito que se descomporte tengo encargo de que me lo sequen a balazos"*. Las remoliendas duraban dos o tres días por grupo: mientras las cantoras tocaban sus zamacuecas, alguna vaquilla se asaba y las ollas tiraban su olor, los hombres le hacían honor a la casa.

Junto con remoler, conversaban y recordaban sus penas: esa era también la instancia de recogimiento. Un soldado, Benigno Peña, cuyo primo había muerto peleando contra los mapuches (en aquellas batallas en que los bravos del cacique Quilapán destrozaron a sus rivales del ejército chileno) estaba bebiendo con un indio cuando le dio la "mona enojada". *"De un lanzazo lo mataron a mi primo, esos indios, que agorita mesmo yo los matara a toítos"*. *"Mapuche no siendo malos, peñi: huincas tirándole con los fusil, y mapuche con lanza los hacen que se vayan. Pero no te hace traición: hombre bueno que te pelea por de adelante. No enojándote con mapuche amigo tuyo que te convido a tomar trago jamaica"*. *"Yo no te hey pidió ná"*. Y tomando el jarro

que le estaba tendiendo el indio, se lo botó en la cara; acto seguido, con la rapidez del rayo, sacó un revólver. Pero mucho más rápido que el rayo el mapuche tomó una tranca de la ventana y lo golpeó quebrándole el hombro. Luego, cuando el soldado se quejaba en el suelo, se dirigió a la dueña: *"Cata, tú no enojándote con mapuche güen peleador. Soldao hombre malo, óyeme bien, no conviene de amigo, hace traición"*.

Cata Morales rió, hizo que pararan al soldado y lo amenazaran con colgarlo si no se comportaba, y después invitó a ambos rivales con un cántaro de buen trago. Y se acabó la enemistad. El mismo indígena llevó a Peña donde una Machi que lo atendió hasta que sanó el hombro. Y salud.

En el boliche de la Cata Morales sucedió también el lance del Rucio Toro, un cuatrero que -curado- quería cantar. Pero la cantora insistía en tocar canciones que él no conocía; de pronto el Rucio le quitó la guitarra y -apartando las cuerdas- vomitó adentro. Cuando ella se paró furiosa, él se la quebró en la cabeza. En eso llegaron los hombres de la casa, que lo sacaron afuera. No volvió. Cuando alguien preguntaba por el Rucio, doña Cata respondía: *"¿El Toro? ¡Adónde es que andará ese! ¡Pasando la vergüenza es que andará!"*. Pero en realidad, para esa fecha habrá estado en la cordillera, debajo de la tierra.

La ley -que en ese tiempo y en ese lugar era el ejército, los cívicos o los trizanos- se hacía la desentendida: también ella remolía en esa casa y, además, de alguna forma hay que morirse. Otra laya, no se hubiera comprendido. Cuando el Gobierno envió a Angol a un sargento mayor muy ordenado, Diego Lopehandia, el hacendado Aníbal Salcedo escribió al ministro del

interior: "Nos han mandado a este sargento mayor que no juega, no remuele, no toma. ¿De dónde han sacado esta cataplasma? Haga que se lo lleven luego de aquí, porque un maricón de esta clase en estas tierras no sirve".

DOS CANTINERAS

La más buena mujer de las malas trabajaba en la casa de remolienda llamada "El Arenal". Es tanto lo que se ha escrito sobre Peta Basaure (que durante la Guerra del Pacífico murió por vendar con pedazos de enagua a un soldado herido, mientras las balas silbaban por todas partes) y todavía la mejor forma de conocerla es a través de los apuntes de un poeta popular que se alistó como soldado: Silvestre Pérez, el Pequén. Fue su amante, murió en la batalla de Tacna y en uno de sus bolsillos acribillados encontraron un diario de vida salpicado de sangre, verso y prosa.

Allí nos sale a abrir la Peta Basaure, quien *"es el sol en camiseta, la luna en refajo corto/ cuando levanta la pierna/ el diablo pide socorro..."*. Llegado desde el sur a Santiago, Silvestre había sido invitado a remoler a *"El Arenal, la fonda más reputada"*. Y descubrió que allí iban los poetas santiaguinos del pueblo, a tomar y divertirse improvisando: *"No se admite ningún pije/ pero el que quiera gastar/ bailando con niñas dijés/ venga y entre al Arenal/ bolos, billares y niñas/ rayuela y riñas de gallos/ vinos ricos de las viñas/ para pasarlo caballo"*.

La Peta y el Pequén se fueron gustando. Entre la asistencia estaban los poetas Nicasio García (amante habitual de Peta) e Hipólito Casas-Cordero. Empezaron a bailar una movida refalosa. La Peta había mandado traer unas jarras con "apiao", y el trago les enrabió la cabeza. El Pequén cuenta en su diario: *"La Peta Basaure me tenía enbrujao, bailaba mirándome a mi solo como si quisiera comerme con sus ojasos. Y el otro que me*

miraba como pa comerme mascao y escupío era el pueta el gran Nicasio". El Pequén se enojó, agarró la guitarra y ladró: "contigo quisiera estar/ adentro de mi aposento/ todas las llaves perdidas/ y los cerrajeros muertos". Nicasio le indicó en buena prosa que pasaran al reñidero de gallos, que en el centro de la rodela lo esperaba. Se metió la mano al pantalón. El Pequén tomó la catcha de su cuchillo, que tenía escondido en la faja. "La Peta es mía". "La Peta es de a quien ella quiera darse y ser por él recebía; y esta noche parece que soy yo y la recibo, meh". El gran Nicasio, por respuesta, blandió su cuchilla. El Pequén hizo lo mismo.

Sepan, quienes quieran, que entre choros de verdad había dos modalidades de duelo a catcha: la otra... y la una, que consistía en amarrar a los contrincantes del tobillo y dejarles las manos libres... hasta que uno de los dos quedara finado. "D'hei nos echamos un poquito p' atrás, nos engolvimos el brazo izquierdo con las chaquetas y nos hicimos una venia y comenzamos a pegar puñalás que era un gusto (...) ¿Pa qué decir na? El era apenas un pueta (...) antes que terminara la música el gran Nicasio le estaba cantandole versainas ataita Dios, tendido de espaldas...". La fiesta continuó, pero al amanecer otro de los poetas llevó el soplo- llegó la ronda de guardias.

Y, poco después, cayó una bomba: toques de corneta y de campana y un rumor que recorría las calles con la fuerza de un río desbordado: se había declarado la guerra contra Perú y Bolivia.

Ahí, para escapar, para unirse, para la patria, el Pequén y la Peta se fueron a la guerra. Allí morirían ambos, pero de algún modo vuelven a estar juntos bailando refalosa y tomando apiao cada vez que alguien lee el diario de Silvestre Pérez o nombra con admiración a la Peta Basaure.

El tema de las cantineras nos obliga a retroceder en el tiempo hasta la Guerra Contra la Confederación, y visitar Perú.

Es el puerto de Callao, es un callejón sucio, y es el año en que habrá Guerra. Los países han dejado llevar las cosas demasiado lejos y se palpa la antipatía. Pero ahí, justo ahí, hay una fonda que exhibe con orgullo un nombre ingrato: "La Posada Chilena".

Poniendo orden entre marineros borrachos, barriendo los pocos tablones dispuestos sobre el piso de tierra, está la dueña de ese local demasiado pequeño que desde que se inauguró parece estar al borde de la ruina. En el techo, recibiendo el humo de las fritangas, hay una bandera de Chile. Y la Candelita Pérez, con sus 27 años, escoba en mano, comienza a recibir insultos. Tal vez los provoca ella misma: en cualquier lugar (en el mercado, cuando va de compras, en los encuentros ocasionales en la plaza) aunque se esté conversando de cualquier cosa, ella saca el tema de su patria. Un parroquiano habitual pide cambiar nombre al lugar, Candelaria se niega con tal pasión que recibe un golpe de puño. Los dos gigantones que cuidan la posada prácticamente deshacen a golpes al parroquiano habitual. Al día siguiente una turba le prende fuego al local. Candelaria y los suyos apagan el fuego pero encienden todavía más los ánimos. "La Posada Chilena" se ha transformado ya en un reducto de los simpatizantes de Chile; allí se discuten los problemas entre los países, se comentan los rumores... Pronto hasta los proveedores se niegan a venderle, pero eso no importa mucho porque casi ningún cliente se atreve ya a entrar a ese local e incluso Candelaria pasa alguna noche en el calabozo: cuando se declara la guerra, esa fonda ¡hace una celebración! Y los vecinos saben que cualquiera que entre allí es enemigo.

Cierta tarde un marino entró, comió y sin tener para pagar la cuenta- mandó llamar a la dueña. Todos esperaban lo de siempre: la orden (al único gigantón que quedaba) para que molieran al estafador. Pero Candelaria lo perdonó: trajo aguardiente para los tres y brindó porque ese día era de alegría: había oído decir que las tropas chilenas se dirigían a Perú.

Cuando se supo que la escuadra enemiga bloquearía el Callao, hacía tiempo que La Posada Chilena había quebrado. Y cuando llegó a Perú la expedición del general Bulnes, Candelaria corrió a alistarse en el ejército: sabía cocinar, hacer tragos, cantar, curar heridas, podía ser una excelente cantinera, y además ya que conocía el terreno- podía espiar o llevar mensajes. Lo hizo, y se transformó en la primera heroína de Chile.

En 1849, Santiago, se presentaba una obra de teatro sobre las cantineras. De pronto las actrices dejaron sus papeles de lado y el director salió al escenario a comunicar al público que había sabido que allí, entre la gente, se encontraba la sargento Candelaria. Se puso de pie una anciana, casi indigente, que había debido pedir un préstamo para pagar la entrada, saludó con un gesto de sus manos y trataba de hablar algo. El público se hacía callar y ponía atención, hasta que la anciana pareció llenarse de energía y gritó con voz débil esas palabras que habrá dicho cientos de veces en los campos de batalla: "Viva Chile". El teatro casi se vino abajo con los aplausos y los vivas: sería el último homenaje que su país rendiría en vida a la cantinera de La Posada Chilena.

LEVANTARSE AL DÍA SIGUIENTE

Cuesta. Es la hora de volver al uno mismo. Alguien bautizó este estado como estar con hachazo, y es verdad: el infierno pudiera ser más agradable.

El poeta Miguel Fernández Solar, hacia 1935, despertó en una playa, sin ropa. Y su último recuerdo era que estaba tomando con sus amigos en la calle Placer, en Santiago. No sabía dónde estaba, con quiénes andaba... Se levantó para ir hasta unas casas, desnudo. Cada paso le dolía como si lo estuvieran masacrando. Por la orilla fue encontrando botellas, ropas... ¿Se habrían ahogado quienes andaban con él? Se tendió en la arena y se quedó dormido. Horas después, de a caballo, llegó un piquete de carabineros: de las casas habían avisado que andaba un hombre sin ropa. Lo llevaron sin explicaciones a un calabozo estrecho, donde Miguel encontró rostros vagamente conocidos. Todos con la misma historia: habían ido al boliche de la calle Placer, y después de unos botellazos se olvidaron del mundo. Y amanecieron acá, en San Antonio. No podían explicarse cómo habían llegado tan lejos en una sola noche, cuando se enteraron de que no era domingo, sino lunes. Habían pasado juntos todo el fin de semana y no tenían idea. ¿Cómo se pusieron de acuerdo los clientes de un local para viajar juntos? ¿Y cómo habían hecho el viaje? Algunos bromearon pensando en una novedad de aquellos días: los platillos voladores. Otros no aventuraron ninguna idea porque adivinaron que serían despedidos de sus trabajos, abandonados por sus mujeres, burlados por los vecinos. No importaba tanto: ahora lo único era esperar a que

terminara el dolor de cabeza. La tomatera había sido tan inolvidable que ninguno de los presentes lograría recordarla.

Hay más ejemplos. En octubre de 1831 el ex ministro de la Corte Suprema, don Carlos Rodríguez, despertó arrepentido y con tremendo dolor de cabeza. Su fiel señora Petronila, que le hacía el aseo y la comida, le trajo agua de yerba para que se despejara, y empezó a recordar: había pasado a refrescarse a la fonda "El Parral de Gómez" cuando en una mesa vecina vio a tres militares jóvenes. Algo pasado de copas, los llamó, los invitó... Bebieron largamente, contaron chistes, ya ebrios se prometieron amistad. El ex ministro hizo varios brindis por la libertad de Chile. Y más salud. Finalmente, al saber que eran húsares, los invitó a su casa. Y allí les sirvió más. Fue adentro y regresó con una sorpresa. Una espada. Se la pasó al capitán José Sotomayor: "Tú eres un húsar, y mi hermano fundó los húsares en Chile: te regalo esta arma, que era de mi querido hermano, el héroe Manuel Rodríguez". Sotomayor casi se fue de espaldas con la magnitud del regalo. En un sonoro brindis agradeció: salud.

Y, desde luego, desde el día siguiente eran decenas de bocas las que contaban cómo y dónde había aparecido la espada del héroe. El comandante de húsares, Soto Aguilar, se interesó por el relato, mandó llamar a Sotomayor y le pidió un informe, luego lo contó a un general suprimiendo la borrachera- y el general lo contó a otros. Finalmente, hasta del Gobierno quisieron saber más, y llamaron a los jóvenes oficiales.

Días más tarde, al ver Carlos Rodríguez que varios militares llegaban a su casa, se alegró. ¡Por fin iban a devolverle la espada! Pero le traían otra sorpresa: venían a leerle un decreto: había sido expulsado del país por conspirador. En esa noche de farra, junto con regalar

la espada, hizo un brindis por la libertad; después explicó que la libertad consistía en echar abajo al Presidente, contó secretos de la Corte Suprema, acusó a varios ministros de haber participado en el asesinato de su hermano y trató de hacer jurar a los militares de que harían un golpe de Estado con esa misma espada gloriosa. Cuando el relato corrió de boca en boca, la buena gente olvidó que (si bien traslucían un pensamiento) esas palabras eran bravatas de ebriedad.

Y Carlos Rodríguez Erdoíza, que ni se acordaba de esos incidentes, tuvo que establecerse en Lima. Allá siguió emborrachándose, explotando de mal genio y -amargado porque no le permitían volver a Chile- hablando pestes contra O'Higgins, que se había retirado de la vida pública y lo único que quería era morir en paz en su hacienda peruana.

Pero sin duda el día siguiente más problemático es el que tuvieron ciertos oficiales rebeldes de Quillota, en Viña del Mar. Habían decidido alzarse en armas, seguros de que todos se alzarían con ellos. Tomaron prisionero al ministro Portales, y nadie los secundó. Al contrario. Se sentían estafados. Amargados, decidieron juntarse a tomar vino. Vidaurre hizo un salud, cada cual brindó por lo suyo y el alcohol hizo su voluntad. Leyeron la carta del jefe de las fortificaciones de Barón, en Valparaíso, en que quedaba claro que no podían esperar ninguna ayuda. Se rieron. Cada uno la leyó por turno haciendo comentarios burlescos. Había llegado la hora de la "mona alegre": qué se habían creído, los pasarían a la bayoneta, los sacarían a patadas de sus fortificaciones. Siguieron bebiendo. Rieron también de los desertores. Entre los oficiales que bebían, algunos ya no podían hablar. Otros cerraban los ojos, pero seguían bebiendo. Alguien aventuró una duda: ¿y si fracasaban? Bueno, allí tenían un buen escudo: a Portales

Portales prisionero. Llegó la hora de la "mona furiosa". Bah, Portales, un hombre duro y sin compasión: él mismo, si lo liberaban, les pondría las penas del infierno. Acá siguieron diatribas de borracho, explicaciones sobre el porqué de los males (la culpa de todo la tiene ese Portales) y de los bienes (Ah, si Portales no hubiera estado nunca). El coronel Vidaurre decidió cambiar la guardia que custodiaba al ministro por otra al mando del capitán Santiago Florín, que odiaba al prisionero y (según se declaró después) "cuyo carácter sanguinario es demasiado conocido". Hicieron otro salud: ya la sentencia de muerte para Portales estaba decretada. Y la cena terminó. Algunos oficiales no podían sostenerse en pie, y se quedaron a dormir en la loma. Otros se arrastraron hasta distintos lugares.

Después, cuando fueran interrogados, darían versiones distintas, pedazos sueltos de conversaciones, porque ninguno recordaba bien la Cena de Viña del Mar. Un militar que tuvo escrúpulos y se salió del grupo, Solís de Obando, declaró que oyó a Vidaurre ordenar que mataran a los dos, pero no podía asegurar a quienes dos, aunque entendió que podían ser Portales y Necochea. Solís era cuerdo, inteligente, respetable: su testimonio hubiera sido decisivo sino fuera porque había estado demasiado borracho.

El hecho es que después de esa curadera perdimos todos: el ministro perdió la vida, los oficiales confabulados fueron derecho al paredón, el país perdió a su principal motor... y hasta tú perdiste porque tuviste que leer este infame final de crónica. Es mejor olvidarla. Y para olvidar... salud.

COMILONES DE CHILE

En 1629 el español Pineda y Bascuñán fue tomado prisionero por los mapuches, quienes lo dejaron vivir con ellos. Y escribió que estando con diez o doce encontraron un rebaño de corderos, y los mataron a todos. El español les reprochó que con tres hubieran tenido bastante para comer, pero ellos le contestaron "*que cada uno se había de comer más de dos corderos*".

Al amanecer, despertó Pineda y buscó un trozo de carne para desayunar: no quedaba nada. Al lado, los mapuches dormían felices: se habían tragado todísimo el rebaño.

Poco menos de doscientos años después, en la zona central, el inglés Longeville escribía su asombro por el almuerzo diario en el campo de la zona central. Cuenta que -cazando- llegó a una casa en Quillota y le dijeron quédese a comer. Escribió: "*...se puso frente a cada uno un tazón de caldo de vaca muy sustancioso, sazonado con ají y espesado con chuchoca, hecha de maíz. Vino en seguida la consistente olla, hecha con grandes trozos de vaca, cortados en tajadas, con huesos y carne, y pedazos de carne de puerco salada. Y luego papas, zapallos, cebollas, repollo y arvejas. [Después vinieron] el puchero, un especie de guisado basto, y los inevitables platos de charquicán y de porotos. Grandes cachos de chicha, chacolí y vino circulaban de mano en mano en rápida sucesión. Y cuando se quitó el mantel, entró un peón con su poncho lleno de sandías y melones para que sirvieran de postre.."*

Otro extranjero, el francés Duclos, se preguntaba escandalizado, en 1880, cómo era posible que las chilenas fueran tan lindas y graciosas si comían como elefantes: *"Es cosa nunca vista -dice en su libro de viajes- que una doncella hermosa y fina devore, sin extrañar a nadie, al menos siete empanadas (...) y se sirva después otros muchos dulces"*.

Por cierto que esas son situaciones pudientes, de propietarios: Claudio Gay anota sobre nuestros trabajadores: *"cuando es el hacendado quien los alimenta (hay) gran uniformidad de sus comidas, porque no se componen más que de un solo plato de frejoles en el norte y de arvejas en el sur, cocidas simplemente en agua o aliviados con un poco de grasa y chicha. Este es alimento de todo el año, el que ellos, por otra parte, prefieren y piden, pretendiendo que los hace más fuertes para el trabajo, lo que los resultados parecen confirmar"*. No sólo parece: décadas después de Claudio Gay, con la misma comida, los mismos obreros abrían caminos, hacían túneles, ponían rieles en paisajes imposibles. Enrique Meigss, el ingeniero, durante los trabajos de nuestro primer ferrocarril, se asombró pues la máquina especializada en demoler se fundió en un tramo duro en que -además- era imposible poner pólvora: los obreros abrieron el tramo a puro combo y picota y más encima arreglaron la máquina poniéndole alambritos. Meigss fue el autor de un piropo cuya primera parte es muy reproducida: *"los trabajadores chilenos son los mejores del mundo"*. La segunda parte es menos conocida, y tan cierta: *"si se les paga, no se los trata como a perros y se les da porotos"*.

Don Manuel Vázquez, huaso de Chillán, les habría dado la razón a Gay y Meigss: aseguraba -por allá por 1930- que para darse fuerza lo mejor era

comer las cosas de a una, y eso servía también para no engordar. "Un corderito, una pava, una cazuela con un pollo...". Ese Vázquez es el mismo "grueso Vázquez" que protagonizó el célebre duelo "a comida" con otro huaso, cerca de Las Trancas. Se sentaron a la mesa -rodeados de mirones- para ver "quién era más", y empezaron la lucha. A las cuatro horas pararon empatados porque se les acabó el comestible: habían devorado un chanchito, dos ollas con cazuela, ensaladas varias, humitas, empanadas, tortillas, frutas, un pavo, charquicán, carbonada, sandía con harina tostada, melones, uvas, papas...

Quienes digan que no se puede comer tanto, sepan que yo mismo he debido almorzar once platos llenos, en un nguillatún cunco huilliche, en 1983. Es una fiesta religiosa donde se pide abundancia, y eso se debe propiciar con generosidad en abundancia, pero -en esa raza- todos de antemano son generosos. Como habíamos dos "extranjeros" en la comunidad, fuimos atendidos a lo grande. El otro huinca era un profesor universitario, Luciano San Martín, que comía feliz guiso tras guiso enterrado en los platos: carbonada, catutos, muday, guañaca, papas con tomate, porotos, pan... Una señora no pudo contener una exclamación: "¡Ave María Purísima!... ¿Y usted con cuánto se va cortado?". San Martín levantó la vista y vio que todos lo mirábamos con la boca abierta de admiración. Se encogió de hombros y se disculpó: "Es que he estado muy triste estos días".

El entristecido profesor representaba, en ese momento, a un personaje eterno de la hueste comilona: el hombre de letras, que puede devorar varias veces su propio peso.

Petronio -el escritor romano que fue amigo de Nerón- describió un banquete en que el plato menos abundante era un camello relleno con un cerdo relleno con un pavo relleno con un pato relleno con un pollo relleno con pajarillos rellenos. Pablo Neruda encontró muy pobre ese guiso, pues carecía de ensalada a la chilena y pebre. Es famoso también otro comentario: al llegar el poeta a Macchu-Picchu, todos esperaban escuchar qué maravilla iba a decir. La ciudad, piedra en la piedra, estaba todavía sumergida en la selvaticidad, presentando un aspecto imponente donde se respiraban -paso a paso, escalón a escalón- edades ciegas, siglos estelares. Y Neruda, con todo su corazón, exclamó: "¡Qué sitio para un corderito asado!"

En Europa, siendo atendido por García Márquez, causaría sonrisas de nuevo al quejarse muy dolido, a la entrada de un restaurante de lujo, porque después de comer ya no iba a poder seguir comiendo. Durante el almuerzo, dio el ejemplo mirando con gula las mesas vecinas, cuchareando los platos de sus compañeros, saboreando su propio guiso, y hablando de otras comidas que le gustaban mucho! Después, pidió papel y lápiz: se había inspirado. Y a la sagrada siesta.

Neruda -como comilón- merecería otro Premio Nobel. Quienes visitan sus casas (transformadas en museos) y admiran sus colecciones sorprendentes, no imaginan que -si un mago mostrara los platos que devoró- quedaríamos triplemente deslumbrados. Lo raro es que, como cocinero, no servía: tal vez nunca haya cocinado un caldillo de congrio, pero la receta que da en su oda es para alimentar el alma. Esto sí es saber cocinar. En otro texto entrega su visión utópica del mundo nuevo. Nada de martillos: "(...) *la nueva vida/*

que/ luchando y cantando/ proponemos/ será un advenimiento de soperas/ una panoplia pura/ de cucharas/ y en un mundo/ sin hambre, iluminando todos los rincones/ todos los platos puestos en la mesa(...)". Lo que los estudiosos llamarían "el campo semántico del comer" se hace presente a todo nivel en su obra. Escribe angustiado ante la muerte de García Lorca: "si pudiera sacarme los ojos y comérmelos". Y en un poema, a los quince años, empieza por el principio: "Tomar el desayuno/ irse corriendo..."

Cualquier día, sus amigos recibían una invitación porque Pablo los echaba de menos. Volodia Teitelboim cita una carta de 1958 en que el poeta explicitaba un almuerzo: "superporotos granados. Humitas y antihumitas. Sublime cochayuyo. Hemisferios de tomate (...) Empanadas elementales. Asado por la pucha. Cazuela Nacional. Pollo puro Chile." José Miguel Varas cita otra invitación: "carretera excelente/ primavera erizada de erizos". Los que deseen paladear más a fondo en los guisos del califa Nefthalí pueden leer crónicas que traten el punto. Recomendamos, porque condimentó muy bien sus resúmenes de memorialistas (José Miguel Varas mezclado con Sarísima Vial y Jorge Edwards pasado por el cedazo de Volodia), a un gastrónomo fino, autor de varios libros de cocina: Enrique Lafourcade.

Pero la bibliografía sobre esas sopas y ensaladas es copiosa: sabemos cuál fue el día en que el héroe almorzó tres veces, qué dijo cuando sintió -en Hungría- olor a papayas, qué sucedió cuando -en China- quizo comerse un pato en el día de su cumpleaños, con quiénes se juntó a degustar qué cosas.

Sería injusto no nombrar en esto al doctor Velásquez, a Calderón Alfonso, y a esta y la otra. Acá sólo nos limitaremos a hacer constar que Neruda, como

escritor y comilón, es un elegido. Pocas otras cosas sabía hacer, además. No bailaba cueca ni en el 18 (que a menudo es lo único que hacen los cónsules de Chile en el extranjero), no sabía manejar, no sabía cantar, no sabía escribir a máquina! Utilizaba a amigos como secretarios, y ellos felices porque -en cualquier momento- el emperador salía con una de sus frases: "*Ha llegado el instante eterno del patriótico charquicán*" (Carlos León), "*Es la hora cabalística de las afamadas sardinas marca Timonel*" (José Miguel Varas).

Los testimonios se suceden. Cada amigo deseaba ser citado porque sabía que después vendría el mariscal, las pastas, las legumbres, las humitas... Armando Cassigoli fue invitado a pasarle a máquina unas conferencias. Transcurrieron las horas. Cassigoli vio inquieto cómo se fue la hora de almuerzo y no aparecían las apetecidas viandas. Neruda se fijó en su impaciencia. Y explicó: "*Mire, Armando, estoy muy gordo y el doctor me ha pedido que camine. Lo invito a una caminata medicinal*".

Por supuesto que la caminata con Cassigoli terminó a cuatro carrillos yantando. Un Premio Nobel es así -explicaba el autor de Cuadernos de un Hombre Asustado- come y come porque sí.

Tal vez. De nuestra Gabriela Mistral, Julio Barrenechea -que la acompañó en decenas de banquetes diplomáticos- juró que podía ser candidata también al Nobel de la gula, pero que ella disimulaba dando un toque poético al masticar, diciendo frases como "*Y ahora, una de mis papas de América*" o bien "*He aquí una presa de esas leales gallinas de mi tierra*". Quería pasar desapercibida, pero no podía.

Los que querían hacerse notar eran los del grupo de almuerzos al revés, que dirigía Zoilo Escobar en Valparaíso de los años 30. Vestidos con ropas extrañas para llamar la atención, entraban caminando para atrás, pagaban la cuenta, se servían un café, el postre, la sopa, el primero, la entrada, y luego se iban caminando para atrás entre los aplausos del público. Entraban al siguiente local y repetían de inmediato la gracia. Llevaron su espectáculo a Santiago, con éxito, pero después dos miembros cayeron en cuenta de que -por no ser poetas- habían pagado siempre ellos; se negaron a hacerlo de nuevo y el grupo se disolvió.

Así son los poetas: Stella Diaz afirmó que las cosas están en el mundo para comérselas o tomárselas. Javier del Cerro complementó el dictamen: si no se puede, -agregó- entonces hay que acostarse con ellas; de lo contrario se dejan secar y se fuman.

En el lago Budi, el sensible Augusto Winter (un inmenso amante de las aves) solía mostrar con entusiasmo a sus amigos los distintos tipos de patos que nadaban en la orilla: "*Mira, esos son patos reales, más allá andan los patos colorados y estos de acá son dos patos jergón*". Era inútil: sus visitas (y eso que eran artistas delicados) preguntaban sin discreción sobre cómo quedarían asados, esos patos tan interesantes.

Winter se quejó por escrito. Al menos no alcanzó a conocer a uno que hubiera podido comerse no sólo los patos, sino que también las hualas, las taguas, los pimpollos y las pollollas, y de paso beberse el lago. El pantagruel chileno: Pablo de Rokha (que se gastó toda la plata de un premio en chunchules, y que llegaba con empanadas cuando lo invitaban a comer empanadas). El grande Pablo escribió "La Epopeya de las Comidas y

Bebidas de Chile" después de una investigación seria: desaparecía de su casa, llegaba cuatro días después, y aclaraba a su esposa: "Estaba trabajando en mi libro". ¡Y qué libro!: "Si es preciso hartarse de longaniza chillaneja antes de morir, en día lluvioso, acariciada con vino áspero, de Auquenco o Coihueco, en arpa, guitarra y acordeón bañándose, dando terribles saltos o carcajadas, saboreando el bramante pebre cuchareado y la papa parada/ también lo es paladear la prieta tuncana en agosto, cuando los chanchos parecen obispos y los obispos parecen chanchos o hipopótamos (...) y la empanadita fritita, picantoncita, y la sopaipilla, que en tocino ardiente se bendice entre trago y trago (...)/ Cuando el jamón está maduro en sal, a la soledad fluvial de Valdivia, y está dorado y precioso como un potro percherón o una hermosa teta de monja que parece novia, (...) y la olorosa aceituna de Aconcagua, con la cual sólo es posible saborear los patos borrachos con apio y bien cebados y regados con cien botellas,/ la olorosa aceituna de Aconcagua se macera en salmuera de las gallinas de lloca, únicamente, la carne sabrosa de los bucaneros y la piratería se aroma con humo, pero con humo de ulmo en la Frontera, y surgen pichangas y guantadas o mate de sables antiguos, y el picante de guatitas a la talquina está rugiendo (...) todo lo cual, encima del mantel, florece, con tortillas de rescoldo y también las papas asadas y la castaña, como en Concepción, cuando se produce sopa de choros, o en Santiago chunchules o cocimiento del Matadero, a plena jornada invernal, o en Valparaíso choros, absolutamente choros, choros crudos o asados en brasa y de peumo..."

DESAFÍOS AMARGOS

La cantora, con una gran arpa, estaba tocando zamacuecas. Entonces llegó un colorín que bajó de su caballo, sacó un cuchillo y de un solo tajo cortó todas las cuerdas. Se produjo un silencio inmediato.

El lugar era Lolol, Colchagua; la fecha, 1830, y el colorín, José Antonio Rodríguez. La trilla había terminado y los hombres y mujeres disfrutaban de la fiesta. Al llegar, José Antonio había visto cómo todos, embobados -en una mesa- escuchaban hablar a Francisco Araya, el afuerino de Alhué. Con el cuchillo ese afuerino sabía portarse: todos conocían que una vez (puñal en mano y el tobillo amarrado al del rival) se batió hasta que el otro gritó que lo perdonara, que él era más. Por eso lo admiraban, porque era más. Pero Rodríguez no tenía miedo, y aprovechando que el arpa había callado, se acercó en forma impertinente.

-No hable tanto, patrón, que donde hay hombre, hay hombre... Y de donde menos se piensa suele encumbrarse una perdiz.

-¿Una perdiz, y en Lolol? Ojalá volasen dos, porque con una me quedaría con hambre.

No hicieron falta más palabras: ambos montaron en sus caballos. Todos los asistentes hicieron lo mismo y -en un silencio que sería recordado como sepulcral- se ubicaron en círculo. Al centro, machete en mano, se batieron los jinetes, levantando polvo, sin decir palabra, hasta que un cuerpo cayó entre las patas de su caballo. Había sido Araya: José Antonio Rodríguez acababa de partirle la cabeza. A continuación, mientras

las mujeres lloraban y los hombres abrían el círculo de cabalgaduras, el ganador cambió su machete con el del rival muerto y partió al galope.

No fue el único desafío célebre que hubo en esa región: el mismo año se realizaría uno que borraría de las conversaciones a José Antonio Rodríguez, y que sigue maravillando. El motivo que reunía a la gente ahora eran carreras de caballo, para la fiesta de San Juan. El lugar era San Vicente de Tagua-Tagua. Se enfrentaron dos ingenios, y el arma fue la guitarra.

El mulato Taguada era viejo, hijo de india pehuenche, y sabía cantar. En las payas nadie, nunca, le había resistido: se decía que sólo un rival podía tener: el patroncito de Copequén, don Javier de la Rosa. Don Javier también andaba derrotando gente con su capacidad de improvisar versos: también a él le decían que no le quedaba más que un rival: el mulato.

Y a la ramada llegó, con su eterno cortejo de gentes que le celebraban todo, con su juventud y su caballo blanco y su guitarra bonita y sus espuelas de plata y su aire fanfarrón. Pero Taguada estaba desgano, a medio pelear con su mujer... y si aceptó el desafío no fue por lucirse, sino por no dejar esperando.

Se sentaron frente a frente, ambos con sus ponchos, ambos con sus sombreros y sus guitarras, y empezaron el duelo. *"Mi don Javier de la Rosa / por lo redondo de un cerro / agora me ha de decir / cuántos pelos tiene un perro"* *"Habís de saber, Taguada / por lo derecho de un huso / si no se le ha quéido ni uno / tendrá los que Dios le puso"*. Rápidas iban las respuestas, rápidas venían las preguntas. Y el juez, Merejo, ordenó parar para comer, que ya iban cinco horas. Los rivales aceptaron, y las carreras de caballo ya no tuvieron

lugar: el público estaba en las payas. El juez ordenó continuar. "Habís de saber Taguada/ yo quiero saber también/ decíme por qué motivo/ pica el gallo la sartén" "Mi don Javier de la Rosa/ si necesita saberlo/ el gallo al sartén lo pica/ porque no puede lamerlo". Nuevo descanso tras ocho horas, y ya la noche hace dormir a los concurrentes, pero al día siguiente, con el sol, siguen las preguntas. "Mi don Javier de la Rosa/ viniendo del Bío-Bío/ dígame si acaso sabe/ cuántas piedras tiene el río" "A vos, mulato Taguada/ la respuesta te daré/ pónemelas en hilera/ y entonces las contaré". Al quinto día, agotado, don Javier empezó a repetir versos de poetas famosos (Góngora, Quevedo), pero al mulato nunca le faltaba la salida. Los que habían apostado por Taguada ya se aprontaban a cobrar su ganado, sus aperos. Los perdedores animaban a don Javier, suplicantes. Y éste, como recurso desesperado, empezó a preguntar cosas que forzosamente Taguada debía desconocer, porque requerían estudio. "Dime, si te hallas en vena/ qué dice la Teología/ sobre las almas en pena/ y sobre las jerarquías" "Almas en pena no escisten/ alma en pena, digo yo/ es la que se encuentra triste/ porque la mata el amor". "Dime qué hay en el Oriente/ en tierras que el Ganges riega/ con sus inmensas corrientes" "Usté sabe, don Javier/ que yo el Oriente no he visto/ Preúnte cosas de ayer/ y no se dé tanto pisto" "Que confieses tu ignorancia/ estoy esperando yo/ ¿hasta cuándo te pregunto?/ deja el campo o me iré yo" "No me preúnte leseras/ que yo no puedo saber/ dígaselas a su madre/ que yo no le aguantaré". "Ya te pasaste Taguada/ hablaste una herejía/ ¡hiciste cabe en tu madre/ y carambola en tu tía!".

Don Javier se enojó o fingió enojarse porque el mulato le había "sacado la madre", y a su vez ofendió a madre y tía de Taguada: el mulato se paró furioso y don Merejo, el juez, declaró vencedor al patrón. Entre los reclamos de la gente, o los aplausos, o las risas, el perdedor debió dejar que el victorioso le sacara el sombrero, le cortara las alas con un cuchillo y se lo plantara en la cabeza.

Después botó la guitarra, y -con su mujer al anca- metió espuelas y desapareció bosque adentro.

Ella declararía que al poco galopar él se desmontó sollozando y se fue a sentar en una roca, bajo las estrellas; parecía dormir cuando ella fue a decirle que continuaran...y encontró que bajo el poncho el mulato se había abierto el vientre con un corvo.

La noticia conmocionó a la región de Colchagua, y fueron varios los que intentaron recordar y escribir las payas... es lamentable que de esas cinco jornadas sólo hayan perdurado unas cuartetas. Don Javier -años después- no ayudó a quienes iban a pedirle que recordara la jornada. Había ganado, pero había perdido: sabía que la historia dictaminaría que si tenía más recursos/ es normal que los usara/ pero a ingenio contra ingenio/ el mulato le ganara.

CONVERSADORES EN LA MESA

Benjamín Subercasseaux hacía honor a su condición de gran narrador contando excelentes historias; sólo que solía empezar en castellano, proseguir en inglés y terminar en francés: según él hablaba tan fluidamente en uno u otro idioma que no se daba cuenta del cambio.

Era un conversador entretenido que aburría o asustaba. En cambio, el músico Acario Cotapos era un aburrido que entretenía: hacía un salud, y recitaba largos poemas en japonés o chino, para explicarlos luego en castellano, deteniéndose en su rico significado histórico y sonidos celestiales. Era un admirable erudito, excepto por una cosa: no sabía ni japonés ni chino, todo lo suyo era inventado de cabo a rabo. Sus amigos, de mesa separada -entre los cuales estaban Neruda y Edwards Bello- se daban cuenta y le celebraban el éxito: en Francia, fue invitado dos veces a dar conferencias sobre poesía oriental. Se negaba, aduciendo que era músico y no le correspondía invadir campos ajenos.

Cotapos dejó fama de ser conversador fascinante aunque -por una culpable casualidad- esas noches y noches de veladas han sido recordadas en páginas y páginas que capturan apenas tres instantes: todos recuerdan que él solía imitar al tren que decía su nombre en idioma locomotórico: acario-cotapos-acario-cotapos-acario-cotapos. Y que se transformaba en amante de la naturaleza al dar verdaderas clases sobre esa curiosa y delicada especie animal casi extinta: el jabalí cornúpeto, que vivía en Asia y que también había inventado él. Hay otro instante, pero es menos entretenido.

"Claro que se le veía más ante la mesa que ante el piano; y además era imposible no pasar horas escuchándolo porque no dejaba decir ni pío", explicó a Subercaseaux el músico Alberto Spikin Howard, luego de lamentar que Cotapos, premio nacional de arte, hubiera presentado sus obras en New York, París y Madrid pero en Chile se lo conociera más como conversador que como músico. "Tiene usted razón, Spikin English -contestó don Benjamín- y a propósito de hablar inglés, yo les digo a estos jóvenes (la mesa estaba llena de discípulos) que -en poesía- hay que dominar varios idiomas porque a un poeta sólo se le entiende bien en su lengua original. Ante la aprobación general que provocaron estas palabras, el pintor Demetrio Guadalupe -sin que Subercaseaux se diera cuenta- le tomó unos tomos de La Odisea y procedió a botarlos ostentosamente a la basura, porque no estaban escritos en griego arcaico y eran por tanto inútiles. Ardió Troya.

Estas son conversaciones de bares y cafés. Mucho mucho antes, habían existido las fondas, las chinganas... Pero en los salones reinó otra categoría de personajes, que intentaban hacer de la conversación un lujo y no la mera satisfacción de una necesidad: los "rififis". Eran personas de conversación demasiado delicada para el rudo y primitivo ambiente chileno. En general, habían estado en Europa y venían contagiados de romanticismo delicadón. Uno de ellos era Pedro Palazuelos, que se fue patriota y volvió a Chile justo después de la independencia, amando a los reyes. En el puerto exclamó ante un extrañado auditorio: " ¡Santo Dios, Cara Patria! ¡Feliz el que te pisa! ¡Este sólo gusto basta a borrar amarguras pasadas, cuando estuve lejos de ti! ¡Al fin te veo y te gozo! ¿Es sueño? ¿Delirio?

¿Qué?...” La gente lo encontraba ridículo; su primo Diego Portales se burlaba hasta de sus gestos de valentía: contaba que en su mente imaginó -sin ninguna base- que el gobierno lo perseguiría por monárquico. En una reunión se paró de la mesa y -corriéndose la camisa- mostró su pecho: “Aquí estoy si se me quiere herir, hiéraseme de frente y no se me lastime por la espalda...” Los demás comensales se habrán mirado risueños pues nadie pensaba perseguirlo: todos se reían de su siutiquería, y era obvio que ese gesto ampuloso repetía el de O’Higgins aquella vez cuando -él sí de verdad- se enfrentó a la hostilidad y dijo haciendo saltar los botones de su camisa: “Aquí está mi pecho”.

Pedro Palazuelos, en su niñez, había admirado la figura del conversador que según decían- era el más amanerado de entre los amanerados y para desamanerarlo lo pusieron en prisión: el gobernador español don Francisco Casimiro Marcó del Pont. Don Casimiro se transformó en leyenda: los patriotas encarnaron en él todos los defectos de los realistas, y lo hicieron una imagen aborrecible y ridícula. Decían que -cuando el país ardía de insurgencia- el gustaba de disertar largamente -en cada tertulia- sobre cómo se preparaban los mejores guisos y las ventajas de determinadas telas en la vestimenta. Mentira.

Pero cargaba el fardo de ser diferente: iba a las veladas con camisas delicadas, con prendas suaves y perfumadas, en la cara un poco de polvos, y en sus palabras, expresiones que sonaban cursis. Más que conversador, fue -todavía es- uno de los grandes temas de conversación en las tertulias y veladas de Chile: corrían por cientos las anécdotas que lo mostraban cruel, “adamado” y algo tonto, aunque el episodio que ha perdurado más es el de un rotito que le abrió la

puerta del coche. Marcó, conmovido, le puso unas monedas en la mano. Y el hombrecito humilde era aquel a quien los españoles habían jurado capturar: Manuel Rodríguez.

Cuando Marco del Pont ya había sido capturado, y los revolucionarios habían tomado el poder, deslumbraba en los salones el ingenio de don José Miguel Carrera, simpático, malicioso, fino, ingenioso, burlón y muy cáustico. Su pasión lo hacía hablar contra quienes no eran de su simpatía, españoles y patriotas, por igual. A él -como ejemplo- pertenece la primera caricatura política de Chile, aquella que representa a un San Martín con orejas de burro llevado "al apa" por un burro entero llamado Bernardo O'Higgins. Don José Miguel tenía esa simpatía que hacía que la gente le creyera y escuchara sin tener necesariamente razón.

Ya estaba muerto cuando le sucedió otro ingenioso. Diego Portales, al igual que Carrera, tenía fama de "diablito" que escandalizaba con bromas y comentarios. Algo más: decía gabaratos hasta por los codos y -a la menor provocación- tomaba la guitarra e improvisaba pullas. La alta sociedad chilena sólo lo aceptó por completo cuando estaba muerto y su ausencia lo hacía tener mayor presencia.

Luego, con la patria ya consolidada, en el tiempo de las tertulias, llegaron otros conversadores: los exiliados argentinos, que huían de la dictadura de Rosas, quienes ayudaron a fundar nuestras primeras revistas literarias y se lo hablaron todo en los salones. José Victorino Lastarria en sus "Recuerdos Literarios" dedica algunos párrafos a la furia que les daba a los intelectuales chilenos el escuchar hablar con tanta elocuencia a los intelectuales argentinos, que miraban en menos la mayoría de las cosas.

Después del centenario se democratizó algo: la información, y tenemos acceso a saber qué pasaba en los bares pobres, en los locales de mediopelo, en tertulias elegantes, cafés y restaurantes, porque los escritores se ocuparon de dejar testimonios y testimonios.

Si hiciéramos una estadística sobre conversadores del siglo XX, nuestro primer premio nacional de literatura se llevaría la corona de perejil. Una de las rutinas de Augusto D'Halmar consistía en narrar una aventura de Manuel Rodríguez, aquella en que se disfrazó de cura. El escritor tenía voz de actor, hacía voces diferentes, se ponía de pie. Y su auditorio lo escuchaba hipnotizado. De pronto, hablaba en primera persona como si fuera el capitán San Bruno; pronunciaba amenazas terribles mirando a sus contertulios como si fueran todos el odiado Manuel Rodríguez. Y después era Rodríguez, el simpático, dirigiéndose a españoles engañados.

D'Halmar se ensayaba. Ante un espejo, seguro de su imponente figura, declamaba en la soledad de su casa. Sus ropas, sueltas, sus aires, sus entonaciones de voz, lo hacían automático centro de la atención en cualquier lugar en donde anduviera o hablara.

Era un hipnotista de la palabra: llegó a contar cosas como que, en Ginebra, en un café, un hombre le pidió que jugara ajedrez con él, un ruso desconocido que se presentó como Wladimir. Años después el mundo lo conocería como Lenin. Una historia sin historia, pura imagen: D'Halmar en camello por el desierto rumbo al palacio imperial de un Maharajá, para ser recibido por el virrey inglés. Alfonso Calderón cuenta que lo escuchó relatar que habiéndose perdido en Madrid, por casualidad, encontró la calle Augusto D'Halmar. Los españoles habían reconocido su obra honrándolo con una calle. Otra vez se emocionó recordando que Rubén

Darío, viejo ya, le dedicó un poema de homenaje, poema que nadie ha podido encontrar.

Probablemente ese nivel de fantasía y encanto pudo ser empatado por Vicente Huidobro, quien afirmaba que entró triunfante con las tropas aliadas al bunker en que se había refugiado Hitler, y sacó el teléfono. Otra vez Vicente se escondió y apareció diciendo que espías ingleses querían eliminarlo. Pero el antipoeta y mago, comparado con D'Halmar, perdía porque no estaba interesado en ser un conversador estético: quería que el auditorio lo reconociera por jefe.

Eso sí, ambos, aparte de conversadores, era tema de conversación: en vista de sus vidas extrañas... La gente discurría si el autor de Juana Lucero era o no homosexual. Y Oreste Plath confiesa haberlo admirado por varonil. D'Halmar había participado en uno de los proyectos más interesantes que se hayan dado en Chile: la colonia tolstoyana. Muchos artistas, antes y después, en veladas trasnochadas, han planeado una especie de asociación de socorros mutuos o cooperativa de intereses y vivienda: sólo unos pocos han perseverado. Y la colonia fundada por D'Halmar en torno a admiradores de Tolstoi se llevó a cabo. Al poco, otro tolstoyano, Fernando Santiván, tenía que responder preguntas insidiosas:

-¿Es verdad que "anduviste" con las dos hermanas de Augusto?

-No, lo que pasa es que la mayor me plantó. Yo no me había dado cuenta de que mi amor, mi vida, iba a ser la menor...

-¿Y en ese tiempo le conociste alguna mujer a Augusto?

-No, lo que pasa es que él es muy comedido, muy cauto, y...

-Ya, eso no más. ¿Y vivían puros hombres en la colonia, no es verdad?

-Claro, fue una experiencia que...

-Ya, eso no más. Es que quería saber algo más de Augusto.

-Pues te podría contar que cuando escribió *Pasión y Muerte del Cura Deusto*, solía ir a...

-No, si ya supe lo que quería saber.

Quizá por envidia, el escritor de "nada he visto sino el mundo, nada me ha pasado sino la vida" se transformó en oportunidad de actualizar una conversación que se repite y repite en las mesas de quienes no merecen mayor atención. Los personajes pasan, los locales cambian, pero la conversación sigue igual desde lejanísimos tiempos: "Tú sabes que D'Halmar es para atrás, cierto?" "No seas inocente ¿por qué crees tú que esa huasa ignorante, la Gabriela Mistral, anda para allá y para acá con sus secretarías?" "¿Soltero... y madurito? ¡Maricón segurito!" "Puh, si es sabido que Dalí y García Lorca hacían tortillas: todos los que entraban a ese grupo eran fletos, y entró Roberto Matta como Pedro por su casa" "A Claudio Arrau no le interesa nada que no sea la música, ya ves cómo tuvo que pagar para que lo aceptaran en el cenáculo del piano mundial... porque ¿qué te parece Karl Krauss".

¡Ni qué hablar de los comentarios que despertaron los éxitos sociales del Marqués de Cuevas! Mientras estuvo en Chile, le decían Cuevitas; después, cuando llegaban las noticias de sus veladas con millonarias en París, todos recordaban su "sensibilidad exquisita". Demasiado exquisita, dirían con sorna, recordando cuánto le gustaba el ballet, y cuán flaquito era. Edwards Bello es su cronista y a él deben consultar los interesados en este chileno pobre que daba recepciones en París para esos seres rutilantes de la alta sociedad, que lo aceptaban por

su simpatía. Como al principio no tenía más que pequeños cuartos -ésto lo dice don Joaquín- llegaba a poner un mantel sobre el excusado, utilizándolo de mesita para canapés y vasos de champagne. Sus auditoras fanáticas eran las millonarias ya pasadas de edad, aficionadas al ballet, de las que pronto se hacía confidente. Su diálogo era atractivo porque tenía el mejor de los estilos: sabía escuchar.

A las décadas lo sucedió, en el cetro de chileno agradable y hechizante, el famoso Guy Burgos. Logró pertenecer, también, al grupo de personas que salen en las revistas del jet set: si en 1790 quien quisiera lucir debía ir al café Bodegones de Lima, en Perú, en 1970 el local señalado era la disco Studio 54, New York. Y allí reinaba Guy Burgos. Fascinaba: podía hablar durante horas con su sonrisa imperturbable sobre temas triviales que -según quienes lo escucharon- con él no alcanzaban dimensiones trascendentes pero entretenían. Se casó con una pariente de Churchill y continuó casi hasta morir saliendo en las revistas sociales, que lo tenían por regalón. Es justo acabar con él esta crónica sobre conversadores porque fue un artista de la fluidez: si no tenía nada qué decir, lo decía de forma encantadora.

Históricamente, en Chile a tres cuartas partes de la población le ha importado un rábano la poesía, y el otro cuarto ha pensado: "qué voy a leer a los demás cuando yo mismo soy una gloria nacional". Eso ha generado una situación más que difícil: el vate -cuando no es reconocido- se abate para editar a costa de sacrificios indecibles... hasta que se encuentra con sus libros bajo el brazo. Ha rogado a la imprenta que le entregue aunque sea la mitad de los ejemplares; ha corregido como pudo algunas erratas; y ha pagado. Pero sonrío feliz. No lo sospecha, pero su problema recién comienza: hay que vender. Las librerías (que saben su negocio) aceptan algún ejemplar consignado, con aire de pésame, por compromiso. Los amigos (que también saben) huyen a perderse cuando ven a alguien con una pila de libros. Excepto que a su vez porten otra. Entonces se produce ese consuelo llamado intercambio. Y se va después cada uno por su lado dispuesto a esconder bajo la cama los casi todos ejemplares. Porque en el lanzamiento sólo salieron unos pocos, entre los cuales hubo extraños desaparecimientos. Viene la resignación.

Pero algunos valientes han desarrollado estrategias de venta inteligentes y persistentes. Deberíamos recordar aquí a Roco del Campo, que -desde 1950 más o menos- vivía a base de su "Panorama Color de Chile". Invitó a una poetisa a Llay-Llay; en el tren cambió dos libros por una docena de huevos duros y tres tortillas. Se puso a dormir y -cuando le cobraron los pasajes- entregó al inspector (quejándose por la molestia) otro

ejemplar. Mafud Massís le pidió dinero prestado, y Roco le pasó su libro diciéndole: "devuélveme esta platita lo antes posible".

Pablo de Rokha se especializaba en trenes al sur. Veía a un huasito y espetaba: "¿Pero a usted que no lo vi en la casa de mi compadre...?". El otro completaba la frase con un nombre. De Rokha preguntaba por "cómo está mi compadre", y luego -sacando huevos duros o vino- se hacía amigo del huasito. Expresaba la idea tardía y penosa de que su compadre le había encargado mucho seis o siete libros que él llevaba ahí mismo, pero ya le tocaba bajarse y no iba a poder llevárselos. El huasito se ofrecía como cartero y De Rokha indicaba un precio "que su compadre ya sabía". "Es que no tengo tanto, tengo apenas esto". Y el generoso poeta perdonaba: "No se preocupe, llévese un libro menos y después me arreglo con mi compadre". Se bajaba, hecha su "venta", para subirse al próximo tren. Tal es la razón de que en lejanos fundos haya los textos de Pablo de Rokha.

Lejos de igualar a esos campeones, los poetas posteriores idearon maneras nuevas de entregar el mensaje antiguo: cartas al diario, hojitas murales, fotocopias dobladas, dedicatorias en tarjetas, carteles en los paraderos, etc.

Entre los precursores de estas nuevas formas merece un lugar de honor don Alfredo Vallejos, de Chillán, que desde 1965 decidió luchar contra la indiferencia. Se hizo imprimir tarjetas: "Alfredo Vallejos, fotógrafo en versos. Matrimonios, bautizos, cumpleaños...". Su trabajo consistía en poner las ceremonias en verso rimado: iba a la fiesta con su libreta de negativos y -por un módico precio- los revelaba, entregando un álbum con poemas. Tuvo trabajos por millón: fotografiarse en verso se transformó

en moda y Vallejos recurrió a plagiar lo peorcito de la literatura. *"De blanco vestida y de sonrisa blanca/ con blanca conciencia dijo sí/ Rossana Astudillo/ opacando el brillo/ de su nuevo anillo/ dijo sí"*.

Un viaje alejó al poeta del país por 17 años, en 1973, y al volver ya nadie se interesaba por sus fotopoemas: los novios, triviales, preferían salir en videos. Sin embargo, pese a que no se malgastó editando libros, sus álbumes -de hermosa caligrafía- son piezas veneradas. Muchas familias conservan sus trabajos, entre los que está el citado "Matrimonio de Rossana Astudillo y Manuel Chávez" y el poema épico "Al Cumpleaños de don Alberto Palma R." Algunos versos: *"...y soplando las velas las apaga/ de esa inmensa torta que en la mesa/ se veía de cremas y de fresa/ mientras su familia lo miraba./ Hay aplausos, vivas/ y una dama digna/ con sus brazos níveos lo rodea/ don Alberto entonces su copa levanta/ y brinda por su esposa Dorotea..."*

Vallejos sin duda no era un gran poeta, pero es un adelantado: quería -y logró- ganar dinero con su obra.

En cuanto a esfuerzos de difusión no le va a la saga un personaje cuyo nombre es Legión. Un legionario era Renán Ponce, de Quebrada Alvarado, esposo de la también poeta Axa Lillo. Cualquiera tarde sus amigos recibían una invitación a tomar té. Iban. Y Ponce los sentaba en el sillón: "Antes que nada, quiero leerte mi última obra, la mejor que he hecho...". Y leía orgulloso. El auditor después tenía que jurar que había cerrado sus ojos producto del éxtasis, y que no había podido emitir comentarios hasta rato después porque los poemas lo habían dejado mudo. Ponce no se daba cuenta de la siesta prohibida y procedía a servir ricos panecillos. Un

poeta de verdad, y como él mismo decía- "vanidoso, autodidacta, propagandista de sí mismo". Gracias a Axa recurría poco a esa tradicional manera de "darse a conocer": encañonar con versos a un público prisionero.

Pero hay otra forma de promoción más segura y socorrida: leer en reuniones de poetas. Eso da la impresión de que uno no es la voz que clama en el desierto, y reconforta a quienes no están en el secreto: el público escucha la primera palabra de un texto, después se distrae pensando en sus asuntos y al final comenta a los demás que no le gustaron los textos por esto y por esto otro.

No siempre es así. Julio Barrenechea contaba que -siendo muy joven- había sido invitado a leer sus textos en una gloriosa reunión: el Círculo Latinoamericano de Artes y Letras. Con voz temblorosa escuchó la presentación: "Tengo el gusto de presentar a Julio Barrenechea, hijo del profesor de castellano Julio Barrenechea...". Aunque su padre no era profesor de castellano, el muchacho procedió a leer algunos versos de El Mitín de las Mariposas. Al terminar fue ovacionado: un gordo se puso de pie diciendo "yo creo que después de lo que hemos oído tenemos que aceptar al joven por aclamación". Los poetas aplaudían mientras un español gritaba: "Pido que se cumplan los estatutos, pido que se cumplan los estatutos". Nadie le hizo caso, y Barrenechea estuvo en la gloria toda la semana: al lunes siguiente fue al Ateneo. Vio a otro joven tembloroso. "Este es Jorge Hubner, hijo él del ilustre profesor de castellano, don Jorge Hubner, quien leerá...". Concluida la lectura, una ovación. Un gordo se puso de pie: "Yo creo que después de lo que hemos oído tenemos que aceptar al joven por aclamación". Aplausos. El español repitió: "Pido que

se cumplan los estatutos, pido que se cumplan los estatutos". Nadie le hizo caso. Sólo Barrenechea, que se encontró de pronto con que su corona era de todos y no la reconocía nadie, porque vivimos en un país que se divide en tres grupos: quienes son felices ajenos a la poesía, quienes se amargan porque son inmensos pero nadie los ve, y los demás.

BANQUETES Y SARAOS HISTÓRICOS

Era sin duda alguna el banquete más esperado de la historia de América: se escribiría que cada uno de los platos -en esos tiempos el estilo era ampuloso- había sido "cocinado con fuego de cañones y condimentado con sangre de héroes". Ahora, terminadas las independencias, vencido en la batalla de Ayacucho el último regimiento español, toda América podía celebrar su recién ganada libertad. Y el generalísimo, Simón Bolívar, invitaba al Palacio de Gobierno.

Nunca se habían visto tantos distintos uniformes tan llenos de medallas: todos lucían con orgullo -al ritmo de las polcas que tocaba una orquesta de cuerdas- sus condecoraciones. Las damas peruanas se habían puesto sus galas para hacer honor a su fama de bellezas "las de mejor ver del Nuevo Mundo". Y se encontraban allí -disfrutando la fiesta de la unión- personajes que serían recordados en las historias de cada país como "el libertador". El libertador Sucre bailaba sin ritmo, como marchando; se comentaba que el libertador Bolívar había alejado al libertador San Martín... y se echaba de menos al libertador O'Higgins, que no aparecía...

Y llegó, una hora después. Los libertadores se adelantaron a saludarlo con un abrazo. Pero la atención de todos se paralizó. O'Higgins había entrado vestido de civil.

Bolívar preguntó en voz muy alta, casi con escándalo:

-¡General! ¿Por qué se ha vestido usted así?!

La respuesta ha sido recordada en memorias, biografías, cartas y reseñas históricas con leves matices de cambio, pero siempre con admiración:

-Señor, la América es libre. El general O'Higgins ya no existe. Soy el ciudadano americano Bernardo O'Higgins, igual a todos. Después de Ayacucho, mi misión está cumplida.

Otra versión:

-Me he vestido así porque el general O'Higgins se ha transformado en el ciudadano O'Higgins desde que América es libre y no hacen falta hombres de guerra sino hombres de paz.

Otra más:

-Ya no existe el general O'Higgins, señor. Soy ahora un caballero particular que trabajará como agricultor el campo desde que ya no es campo de batalla. Por tanto no me es necesario el uniforme.

Una salva de aplausos recibió esas palabras ejemplares, dignas, y más que dignas. Se recordó entonces que al salir de su hacienda, once años antes-O'Higgins había dicho que dejaría las armas cuando toda América estuviera libre. Ahora cumplía; de civil, levantaba su copa haciendo un brindis por un ideólogo de la libertad que no alcanzó a ver la libertad: Francisco de Miranda. Y, olvidado ya de espadas, se sentaba ante la pianola y empezaba a tocar.

Otro sarao de igualdad diferente -también entre libertadores- se había realizado años antes en Chile. Era 1812, en la Casa de Moneda. Se celebraba la reciente independencia, y a lo grande: ocho mil luces iluminaban la nueva bandera chilena y un nuevo escudo que nadie reconocía como emblema oficial. En la oscuridad, quedaba el escudo de España, que no habían alcanzado a sacar. José Miguel Carrera, el joven gobernante, excelente bailarín, cantor aficionado y antiguo "calavera", estaba preocupado: sabía que los chilenos en gran mayoría eran fieles al rey de España abominaban

de los patriotas... y querían derrocarlo. Quien encabezaba el bando realista era Juan José Carrera, hermano del nuevo gobernante y -ahora- su enemigo.

Empezaron a llegar los invitados: Javiera Carrera se puso en la cabeza una guirnalda "de perla y diamante" de la que colgaba una corona al revés, con lo que los asistentes entendían el mensaje "la corona está vencida". Las señoras de Samaniego y Sesé impactaron a la sociedad cuando llegaron vestidas de indígenas, con lo que entregaban el mensaje "ya no nos vestimos a la usanza española". Y así, por esa noche, se pusieron de moda los trajes y gestos simbólicos. Vino la contradanza. Y los casi doscientos varones quedaban sin bailar pues sólo habían venido 61 damas. Luego de la música, a la hora de la cena, comenzaron a servirse cientos de fuentes de comida y copiosa bebida... que sobró en grandes cantidades, porque el resto de los invitados y el pueblo hicieron un gesto más simbólico que cualquier traje: no fueron.

Se había divulgado que, días antes, los dos hermanos habían asistido a cenar a casa de su padre. Y casi habían llegado a las manos, porque de las disputas "ideológicas" pasaron a las "críticas personales" y terminaron gritándose insultos. El propio padre -desesperado, temiendo la muerte de cualquiera de sus hijos a manos del otro- se había marchado al campo.

Los comensales, pues, empezaron a temer que, de un momento a otro se produciría el asalto de un indignado don Juan José Carrera, que los apresaría a todos y devolvería el país al trono de Su Majestad. Demasiado rápido se acabó esa fiesta amarga en que nadie tenía cara de fiesta.

(Pero el temor causado en una cena se acabaría en un almuerzo. El cónsul estadounidense invitó a ambos

hermanos y a otros comensales a su casa. Diplomático y amigo de ambos, supo decir las palabras precisas. No más con verse, José Miguel y Juan José se reconciliaron, y empezaron a hablar de cómo perfeccionar lo perfeccionable y derogar lo derogable. Ya no había problemas: en ese instante se creían dueños del mundo, destinados al poder y al orden, y ni sospechaban que la muerte se acercaba con traje de patriota.)

Y si estamos recordando banquetes históricos, es buen efecto terminar con el principio: una comida que se dieron los conquistadores de Pedro de Valdivia en 1551. En verdad tenían motivos para celebrar: Chile no había resultado próspero, pero muchos -en los lavaderos de oro- habían juntado pequeñas fortunas con las cuales querían regresar a España. Y ahora el generoso don Pedro -que todos sabían se iba a quedar en Chile- había ordenado que un barco saliera a Perú, con quienes quisieran llevarse su oro, para que pudieran retornar a su patria, con el único compromiso de decir allá cuán próspero y conveniente era este país.

En el puerto, que en esa época ni siquiera tenía nombre propio, procedieron a embarcarse con sus riquezas, emocionados y alegres. Una vez a bordo, el mismo don Pedro los invitó a bajar a la orilla porque tenía preparado un último y gran banquete de despedida, con carnes y vinos. Sólo uno de los felices decidió permanecer en la carabela. Bajaron. En una improvisada mesa, Valdivia hizo discursos: que lo recordaran con amistad, que lo favorecieran siempre en su pensamiento, que él había decidido quedar en Chile, y salud. Bebieron. Bebieron más. Conversaron entre ellos. Estaban felices. Vino la modorra. Siguieron bebiendo.

De pronto llegó gritando uno de ellos, completamente mojado, que los habían traicionado.

Sólo entonces se dieron cuenta de que don Pedro ya no estaba: el hombre mojado les explicó furioso que lo había visto tomar un bote, y subió él también para volver al barco, pero lo tiraron al agua. En absoluta confusión, todos miraban a la carabela, ahora, y se alegraron: el bote estaba volviendo. Venía por ellos. Se alegraron... hasta que vieron remar, indignado y casi llorando, al que se había quedado a bordo: Valdivia lo había echado de la nave. La carabela desplegó sus velas; se fue. Y se acabó el banquete con ese trago amargo.

Hoy sabemos que don Pedro necesitaba dinero para su gran obra, una obra superior para un hombre superior, y no ignoramos que intentó después devolver a cada uno lo que había tomado. Pero en ese momento, cuando esos hombres se sintieron traicionados y burlados, cuando gritaban maldiciones pensando que el conquistador les había robado para irse él a España, empezó a forjarse la frase "el pago de Chile". Uno de esos desesperados, el músico que tocaba alegremente el clarín, se volvería loco. Y el escribano Juan Pinel, el primer hombre de letras que llegó al país, se transformaría en nuestro primer suicida.

En fin: de aquellos estafados del primer banquete, la mayoría vivió para alegrarse con un rumor que invadió los campamentos poco después: los mapuches habían destrozado a don Pedro para comerse su corazón. Y con los huesos hicieron flautines para alegrar la cena.

FIESTAS FUNERALES

Hubo, en Valparaíso 1995, un funeral encantado que fue un festejo: el féretro era conducido en hombros y los deudos -muy tristes- tenían alas de mariposa; había ángeles, bufones medioevales, flautistas dulces, muchachas en zancos, bailarines en mallas, un hada con los pies desnudos, un payaso arrojando pétalos. Iban a despedir a Juan Edmundo González, que murió sin dinero, sin previsión, sin padrinos, desinteresado de sí mismo. Había sido director de teatro, y tras su ataúd iban sus personajes, proporcionando un espectáculo imborrable.

Otra despedida espectacular se realizó en 1988 en Viña: el entierro de un integrante del conjunto Los Jaivas. Se había hecho pública la hora de la misa y desde diversas ciudades llegaron unas cien mil personas que repletaron las calles, impidieron el avance normal de la carroza y apagaron el sonido de los parlantes en que las madres llamaban a sus niños perdidos. Muchas personas llevaban tambores o zampoñas, pero no podían tocarlos porque no había espacio para despegar los brazos del tronco. Cuando la carroza pasó cerca de los colegios, los profesores comprendieron porqué la asistencia a clases era casi nula: los alumnos se habían dado feriado y cursos enteros marchaban en el cortejo. El cementerio Santa Inés parecía castillo sitiado: en todos los muros había gente y las puertas estaban cerradas. La administración -temerosa- puso guardias y ordenó que sólo entraran la carroza y los familiares. Era imposible; apenas se entreabrió el portón todos empujaron: se hubiera abierto de par en par si no fuera porque

adentro la gente no quería ser aplastada y empujaba en sentido inverso. En otros lados la multitud empezó a encaramarse por los muros y las criptas. Varias liceanas intentaron escalar un portón ayudadas por un muchacho; de pronto una gritó: "éste me está corriendo mano". Entre todas lo tomaron, lo rasguñaron y le tiraron el pelo hasta que logró escapar. Un caballero se ofreció luego a ayudar: la misma niña dijo: "Este también me está corriendo mano". El hombre contestó fuerte: "Pero mija, cómo quiere que la suba sin tocarla de atrás; además ¿que no ve que tengo pena?". Al menos lo último era verdad. Cuando empezaron los gritos comunicando que, allá lejos, el ataúd había sido puesto en un nicho, la gente comenzó a aplaudir su pena y el efecto fue desolador. Ya nada importaba: todos se movían por arriba de las tumbas pasando a llevar las cruces y quedándose encerrados en las criptas donde se metían a tomar algún respiro.

Después, en la salida, una señora muy apenada preguntaba si habían visto su carro de mote con huesillos, que -entre la multitud- se le había perdido. También había una banda de muchachones, quienes comentaban que -en el momento de escalar el muro- se habían dedicado a robar zapatos: andaban con una bolsa llena. Qué funeral el de Gabriel Parra: incluso terminó enterrado en otro cementerio.

Pero más memorable fue el entierro del cacique Painé Guor, de los araucanos que cruzaron la cordillera y se establecieron en la pampa argentina. Precisamente un coronel argentino, Santiago Avendaño, asistió en 1847. Temeroso de que no le creyeran, aseguró: "Escribo como testigo ocular".

El cacique Painé había muerto relativamente joven, con un hijo pequeño de una de sus cuatro esposas aún por criar. El nuevo cacique, Calvaiú, pensó que esa muerte era obra de las brujas. Y como no sabía cuáles eran las brujas, ordenó que los guerreros trajeran a todas las mujeres de la pampa. "Todo hombre que tuviera dos (mujeres) dejaría matar una, el que tuviese tres dejaría matar dos, y el que tuviese una la perdería". Avendaño, espantado, presenció como las mujeres llorando eran puestas en el centro de un gran círculo de guerreros a caballo. Algunas, asustadas, intentaron huir... no habían alcanzado a recorrer dos metros cuando varias lanzas se les incrustaron en la espalda. La fosa para la sepultura estaba cerca de dos inmensos árboles, a cierta distancia del toldo donde yacían los restos de Painé. Y empezó el cortejo cuando el nuevo cacique señaló con el dedo a ocho mujeres, a las que los guerreros mataron a cuchillo y dejaron caer al suelo. Siguió la marcha. Al poco, nueva detención: nuevas brujas muertas. "Se oía -dice el coronel- gemir ya a un marido cuya mujer había muerto, ya a un hermano, a un padre (...). A otros se les inundaban los ojos de lágrimas, pero no decían una palabra (...) además que era una necesidad acabar con las brujas, era un deber cumplir con la ley".

Dos hijas del viejo cacique Caibuñaim van en el cortejo; el anciano "con el dolor pintado" ruega por ellas, y Calvaiú le permite sacar a una. Caibuñaim se introduce entre las mujeres y saca a la menor mientras la otra le grita: "Padre ¿porqué me deja, no soy también hija suya?(...) El padre hizo un gesto desesperado con la mano como quien dice paciencia, y no pudo hablar". Nueva parada para matar mujeres. Luego otra. Y al fin

se llegó a los árboles. "Entonces se introdujo en la fosa el cuerpo de Painé, vestido con lo mejor, puestas sus espuelas de plata, su montura bien envuelta, en ella sus estribos de plata".

Se manda traer al hijito y la madre, la favorita del cacique muerto. "Dale de mamar por última vez". La madre reclama: "¿Ni estar criando me vale para que no me maten? Yo no soy bruja, soy esposa de Painé". "Es preciso que sea así, no porque seas bruja (...) bien sabes que su principal mujer tiene que ir con él". Ella intenta argumentar que no es la principal mujer, pero de un sólo golpe de boleadora en el cráneo se acaba la discusión. La colocan al lado izquierdo de su marido, en el fondo de la fosa. "Cerraron con gruesos palos (...) luego le pusieron paja (...) ahorcaron cinco de los caballos y le mataron un número crecido de ovejas".

Los cadáveres de las mujeres llenan el pasto: algunas han sido degolladas, otras quedan con el cráneo reventado por los bolazos; otras yacen con flechas o lanzas en la espalda. Por allá también están las centenas de ovejas sacrificadas. Los guerreros lloran, los niños chillan, y la sangre cubre todo. Así terminan los funerales de Painé, domador de caballos.

El funeral más triste que me ha tocado ver, en lo personal, fue entre los cerros de La Canela: en plena niebla los hombres llevaban el ataúd en hombros, mientras atrás tres señoras y un niño iban solemnes. Después, pasó un caballo relinchando, montado por un viejo de poncho de castilla: era el abuelo. Una de las señoras no pudo más y empezó a gemir: fue la señal para el llanto de todos. El viaje era largo: varios kilómetros más allá quedaba el único cementerio autorizado. Aunque

un invierno en que el pueblito quedó aislado, no hubo más que enterrar a dos hermanos que fallecieron trágicamente y que hoy conforman el cementerio más chico del país: dos tumbas solas junto a una escuela.

En una comunidad mapuche fuimos a despedir - 1978- al hijo de un cacique; después de una noche de comida, mates y relatos. En el cementerio, junto a una cruz de madera, destapamos por completo el ataúd y lo vimos por última vez. El viejo le dijo algo en mapudungo y algo en huinca: "Mijo, espérame que yo llego en un dos por tres". Y se volvió a su rancho.

ALGUNAS CANCIONES

La primera canción cantada en Chile (la primera de que hay registro, por supuesto) fue entonada en 1551 por un hombre desesperado, que se volvía loco de dolor a la orilla del mar: "*cata el lobo do va/ juanica/ cata el lobo do va...*".

Ese primer cantor era también uno de los tres primeros músicos que llegaron al país: el corneta de Pedro de Valdivia. Se sentía traicionado: don Pedro había colectado los ahorros de sus hombres con un engaño, y ahora se iba con todo. (Nosotros sabemos, pero ellos no, que ese robo no era robo y tenía objetivos honorables) El desesperado músico rompió su corneta azotándola una y otra vez contra las rocas mientras entonaba su canción enmuertecida: "*cata el lobo do va*". Más allá, otro artista, el primer poeta llegado a nuestro país, lloraba recordando a sus hijas, en esa España a la que ya no podría volver: sin los ahorros de su padre no podrían *haber mantenimiento* y deberían *yacer como fembras placenteras...* Era Juan Pinel, escribiente, que se transformaría en nuestro primer suicida.

Con ese ejemplo triste y temprano probamos el aserto: "hay una canción rimando con cualquier acción". Podrían citarse casos de todas las épocas, pero saltémonos varios siglos y pongamos atención a nuestro primer verdadero éxito musical: una melodía que se aprendieron niños y viejos. En Santiago, a voz en cuello se supo un día que, tras la batalla de Yungay, Chile había ganado la guerra contra la confederación peruano boliviana. Un entusiasta, Ramón Rengifo,

improvisó un poema de alegría y pidió a José Zapiola que le pusiera música inmediatamente. Y esa canción inflamó al país: pronto la cantaban todos sin que se supiera cómo se había difundido tanto y tan rápido. Y cuando -en Valparaíso- desembarcaran los batallones de rotitos el público entonaría con fuerza, a gritos y varias veces: *"cantemos la gloria del triunfo marcial/ que el pueblo chileno obtuvo en Yungay..."* En Santiago sucedería lo mismo: el impacto sería tanto que un autor -Blest Gana- pondría el episodio en una novela: *" (...) los acompañantes, sin cuidarse de la medida que marcaba la música, gritaban a voz en cuello el coro de esa canción"*. En Concepción, en La Serena. En la propia Lima se había adelantado el éxito; cuenta De la Barra: *"Se imponía una fiesta (...) sigue el Himno de Yungay, compuesto en Chile y recientemente llegado al Perú, que es ejecutado por la música del Colchagua y cantado por los oficiales; era una verdadera sorpresa y el entusiasmo llegó a su colmo"*.

Ante la noticia de este entusiasmo, sin duda, el lector se preguntará: ¿Y por qué no cantaban con aún más grande exaltación el Himno Nacional? Ah lector, no se te va ni una.

Efectivamente, antes había nacido una melodía que estaba destinada a cobijar como un manto a todos los chilenos, pero que causaba cierto recelo: la Canción Nacional. Un poeta, el doctor Vera y Pintado, había compuesto versos a la patria, en 1819, que más que alabar a Chile despotricaban contra España: *"arrancad el puñal al tirano / quebrantad ese cuello feroz..."* Cierta profesor de música peruano -José Ravanete- al ver el arrastre que tenían estas palabras, decidió ponerles música. Pero no propia. Adaptó unas notas de canción

española, y encontró que la letra tenía frases cortas y la música fraseos largos, así que hizo historia inventando que a cada final de verso se cantara "ay, sí sí sí". Fue un sonoro fracaso: cuando se cantó, el autor de la letra se enfureció y el público la rechazó enseguida. Un joven argentino, Juan Cristóbal Lafinur, compuso otra melodía que gustó mucho en su primera interpretación, para los mismos versos que andaban de boca en boca. Pero "retiró" su obra al ver que había ofendido a un músico chileno, Manuel Robles, que también había puesto música al poemita.

Robles había acertado con unas notas precisas: las mismas palabras y una melodía marcial y "aventajada" (en esos años se diría que tenía "electricidad", adjetivo que correspondía a "electrizante"). Se cantó con gran aceptación: la gente la aprendía gustosa y se impuso sin problemas. Los músicos, cuándo no, consideraban que la música podía perfeccionarse, y los poetas que la letra también. El argumento era que las palabras de Vera eran ofensivas al buen gusto: aludían a quebrar el cuello de los españoles, pero ¿porqué quebrarle el cuello a nadie si ahora estábamos en paz?

En 1828 el gobierno enseñó que sabía escuchar sin escuchar a nadie: desde Inglaterra, la autoridad (representada por Mariano Egaña) remitió una composición del español Ramón Carnicer -quien nunca había venido ni vendría al país- para que sirviera de canción patriótica de Chile. El furor de los artistas fue como siempre- grande, triste e impotente. El gobierno, desde arriba y sin consultar a nadie, había decidido "encargar" una canción patriótica. Cuando la escucharon, convinieron en que era una melodía hermosa, aunque con inconvenientes para ser cantada a capela, pero que autores chilenos podían

componer igualmente bien. (Ninguno supo -al menos pudieron morir pensando que Carnicer había trabajado duro- que el español cobró y solamente adaptó un trozo de una de sus óperas).

Los poetas sí que podrían haberse reído de los músicos: después de tantas melopeas, el gobierno se los había saltado olímpicamente. Pero pronto tendrían su propio llanterío: ese gobierno había empezado con "los pitutos": encargó la letra de la canción a un joven tan joven, de 18, que después sería poeta: Eusebio Lillo. Entonces, la historia de la Canción Nacional no fue fotocopia feliz del Edén. Convencía poco. Y los desconocidos de siempre le inventaron una letra festiva, que tendía a humillarla y que correría paralela durante muchos años: *"pura chicha tomaba mi abuelo/ en la jarra que hacía pichí/ (a pata pelá)"*.

Saltémonos décadas para asistir al siguiente número uno... que conlleva la injusticia de olvidar a esas cantoras que -arpa y guitarra- eran llamadas a cualquier ceremonia, desde un velorio a un casamiento. Sabemos de La Rosenda, que en Los Andes hacía bailar hasta a las piedras con su voz aguda: compuso una canción que imitaba pájaros; era difícil de entonar porque pasaba del trino de la loica al jilguero y del jilguero al chicol. Es todo: nadie la puso en partituras, nadie escribió su letra. Nos queda la admiración en un par de crónicas de época y adiós.

Con los años existieron las cantoras que se subían a un escenario: el público pagaba por verlas y ellas sabían que no serían olvidadas. Las Pérez Freire, a base de las canciones de don Osmán, impusieron un tema que se haría folclórico en varios países: el Ayayay.

"Soñé que el día era noche/ soñé que la nieve ardía/ y por soñar imposibles/ (ayay ayayay) / soñé que tú me querías". Lararaylarararay-ray...

En Europa, hacia 1978, el conjunto Tiemponuevo se presentó en una velada para lejanos exiliados internacionales. Salió primero al escenario un grupo italiano a cantar una canción que presentaron como tradicional de la bella Italia, el Ayayay. Los Tiemponuevo se sobresaltaron. "¡Esa canción es de Pérez Freire!" Pero después dudaron... ¿no sería que tal vez tal vez...? Tal vez. Al poco el mismo conjunto empezó a entonar alegremente otra canción italiana: "*Chíu chíu chíu chíu / chíu chíu chíu chá*". "¡Canta canta pajarito! ¡el Chíu Chíu! -reclamaron a coro los Tiemponuevo- ¡esa canción también es chilena!" Cuando les tocó actuar, interpretaron en quena Torna a Sorrento, explicando que era una melodía mapuche. El público aplaudió a rabiar: todos portaban un memorial de pequeños y grandes despojos.

En la velada posterior, ante el vino caliente, un peruano compartió otro llanto: esta vez por el derecho intelectual. Canciones tradicionales que ningún latinoamericano se atrevería a reclamar para sí eran inscritas con desparpajo universal por gringos que sabían el mecanismo. Así explicó- cada vez que un grupo peruano quiere grabar "El Cóndor Pasa", debe poner el nombre de un cantante estadounidense, Paul Simon, como autor, y más encima pagarle derechos. Tomando el mismo vino había productores franceses que no sólo no se extrañaron: explicaron que las cosas eran así y comentaron que la primera canción grabada en la historia de la humanidad -para probar el invento que reproducía voces- fue un tema infantil inglés, María

Tenía un Corderito, que había sido “registrada” por uno de Los Beatles. Entonces, si alguien quiere hacer una película o un programa de radio sobre el invento del fonógrafo, y reproduce esa primera canción grabada en el siglo XIX y cantada por lo menos desde el XVIII debe pagar derechos a herederos de un autor que nació en el siglo XX. Los latinoamericanos se entristecían, aunque los franceses lo tomaban como cosa de los tiempos. Lustros después -cosa de los tiempos- uno de aquellos productores participaría en la grabación de un superventas mundial y efímero, La Lambada, de dos autores franceses. Pero la canción incluso había sido grabada por Los Kiarkas, el conjunto peruano. Tras un juicio, los verdaderos autores recibieron una suma que doblaba lo que habían ganado en toda su vida. Aunque la autoría... adiós. Ayayay.

La otra canción tradicional europea compuesta en Chile, el Chíu Chíu, fue también un éxito: *“Chíu chíu chíu chíu / chíu chíu chíu chá / canta canta pajarito/ que tu cantar me alegra el corazón/ con tu gorjeo/ con tu trinar/ despierta el alba/ la noche ya se va...”*. Gustó tanto que mereció el honor de ser interpretada con letras paralelas. Una de ellas: *“Pican pican los mosquitos/ pican con gran disimulo/ unos pican en la guata/ y otros pican en el cu-lpa de un malentendido/ de mi amiga Pancha Soto/ por andar desprevenida/ la picaron en el po-rque será así la vida...”* El autor es Nicanor Molinare, quien -una anécdota- llegó en 1938 a actuar como cantante a la hostería del Laurel, agradando a la gente con sus interpretaciones clásicas de buena voz. A esa hosteria iba el ya viejo Pedro Sienna y se hicieron conocidos: cierta noche, Nicanor le comentó que tenía

que ir a amenizar una reunión anual de abogados y estaba seguro de fracasar, porque eran famosos por sus bromas y tallas. No iría si pudiera, pero necesitaba el dinero. Pidieron algo de beber, y Sienna aconsejó que antes de que fueran pesados con él fuera él pesado con ellos. La conversación voló a otros temas, pero al rato Molinare pidió sugerencias. "No sé, díles una malicia ¿de dónde saca tanta plata ese abogado, el Jenaro, ah? Pregúntales no más, siempre tendrás la impunidad del bufón o del loco". Molinare declaró que ahí mismo salieron unos versos con música a la fuerza. Y el sábado siguiente los abogados aplaudieron y se hicieron repetir varias veces esa canción maliciosa e inocente que siguió cantando con adaptaciones el país entero: "*de vuelta del veraneo/ saca cuentas don Jenaro/ y dice que ya no tiene/ ni pa micro ni pa carro/ Su mujer indiferente/ gasta y gasta sin parar/ ¿de dónde saca la plata?/ no se debe averiguar.../ La copucha, la copucha, la copucha ya revienta/ la copucha, la copucha, la copucha reventó...*"

El advenimiento de los medios de comunicación había hecho posible otro fenómeno: la popularización de canciones "por hostigamiento". Cuando llegó la película mexicana "Allá en el rancho grande" cualquier ciudadano debía resignarse a escuchar 25 horas diarias que "*había una rancherita/ que alegre me decía/ que alegre me decía...*" Adolfo Simpson, décadas después, mostraba un aviso recortado del diario: "Se necesita señorita para empleada, joven y que no cante En el Rancho Grande".

El mismo advenimiento de medios segregó al público: salieron canciones para jóvenes, para mujeres, para despechados. Todo muy específico, y -en este país-

el hábito de cantar a coro se fue perdiendo pese al esfuerzo de algunos profesores.

Poco antes de 1980 una señora de Villarrica contaba muy agradada que había puesto en vacaciones una pensión para jóvenes veraneantes. "¡Qué chiquillos tan musicales, tocaban instrumentos y cantaban todas las noches hasta tarde!" "Y ¿qué cantaban?" "La Bamba" "¿Lo único que cantaban era La Bamba?" "Sí".

En las fogatas nocturnas, o en las reuniones, cuando el fantasma del aburrimiento comienza a rondar, no falta el que alega "traigan la guitarra". Una víctima toma el instrumento y empieza la angustia: "tócate una que sepamos todos". Después de una pasada por trozos pequeños de Casamiento de Negros, Todos Juntos, el Guatón Loyola y el Lobo Chilote, el guitarreo se va desinflando. En el centro del país, afloran por un rato *Una Viejecita debajo de un Puente*, *Se Va el Caimán* y *La Pirilacha*, pero luego se hace el silencio. La mayoría se sabe sus canciones del instante (de desecho) que no interesan al resto. Entonces quien está con la guitarra (por millonésima vez en su vida) pulsa el do mayor y comienza: "*en el mundial del 62/ hay una fiesta universal/ en el deporte del balón...*" Todos gritan: "*pégale/ mata/ remata/ gol/ goooool de Chileee*". Silencio. La Bamba. Silencio. Hasta que llegan quienes fueron a comprar la otra garrafa y quizás empiece la cantinela de un verso solo: "*tómese otra copa/ otra copa de vino...*" Y llegamos al final, y ya llegamos y ya llegamos, chubay, chubay.

Hacia los tiempos de la independencia, un niño estaba agachado jugando a las bolitas en la calle cuando sintió un murmullo de admiración. Subió la vista: todos observaban embobados hacia una dirección. Intentó mirar, pero la gente acumulada no lo dejaba ver. Fue a ver qué pasaba y de pronto, caminando muy provocativa, encontró a una mujer tan hermosa que nunca se le borraría de la memoria: era doña Javiera Carrera. Y el muchacho era José Zapiola, el futuro músico, quien -a través de su vida- comentó muchas veces ese encuentro. La admiración y los comentarios envidiosos o despechados sobre la jovencuela eran mayúsculos. Mucho después, un oficial del ejército patriota -José Luco- repartiría un pasquín "contra el honor de doña Javiera" y luego debería escapar con gran bochorno pues Luis Carrera quería vengarse. Y aún muchísimo después -en su destierro en Argentina- un viajero inglés (que escribió memorias en que mira en menos casi todo) se declararía prendado por su belleza y su clase. Era un chiche: cuando el torbellino revolucionario había matado a sus hermanos, y las luchas internas y externas parecían perderlo todo, y la bancarrota era un hecho pues las haciendas estaban destruidas, su padre escribía en una carta: "estoy preocupado por mi Javierita".

Javierita -en su juventud- usaba perfume y se vestía en una forma demasiado provocativa, escandalosa: ej: medias de seda y zapato de cabra, bordado, con hebillas de oro y con una apertura en la punta, por

donde asomaban dos dedos. Sobre los hombros, la cotona, con lazos de cinta y tela de velillo. En el pelo una cinta de tela de oro, y flores. Las orejas adornadas con pendientes, los dedos con anillos y la garganta con cintillo o collar fino. Aparte de eso debió usar lo que todas: camisa con encajes, justillo, refajo, un ahuecador, enaguas con ruedo de encaje, faldellín atado a la cintura. Y adornos arrogantes.

Las mujeres le tenían envidia y -las que podían- procuraban aventajarla en modas y trajes, lo que parece una costumbre universal: la competencia femenina por atraer miradas.

Esta competencia se da a todo nivel y en toda época. En una visita a los huilliches, en 1849, el astrónomo norteamericano Edmond Reuel dejó constancia de que las indígenas: "hablaban a la vez y trataban de probar su superioridad sobre las demás, apelando a nosotros para la confirmación de sus asertos. No satisfecha con ésto, la mejor parecida, habiendo concluido de adornarse, se adelantó y levantando su falda hasta las rodillas, expuso a nuestra vista una pierna notablemente bien hecha y redondeada. Señalaba la pantorrilla con orgullo justificable, volviéndola aquí y allá para que pudiéramos apreciarla en su justo valor. En seguida la adornó de cintas y cuentas y, haciendo un gesto despreciativo, nos abrumó con un verdadero torrente de palabras (...) quería decir que aun cuando en algunas cosas podían descollar las mujeres del cacique Chancay, las desafiaba a ellas o a cualquiera a mostrar un pierna más hermosa".

Qué tal. Pero bellezas como las de esta mapuche no dejan rastro porque no son famosas, ni ricas, ni históricas: son simplemente bellas. A un amigo -por ejemplo- le parecía muy injusto que una cajera de supermercado, en Temuco,

no tuviera el título de la mujer más bella de todos los tiempos. Fuimos a verla... y quedamos mudos: linda como una guinda, bella como una estrella, hermosa como una rosa y buena como azucena... podría haber sido una actriz que deslumbrara, una amante del rey, pero el destino la había hecho nacer muy pobre, en Temuco, y su destino de estrella se cambió por el de cajera de supermercado. Y desesperación de su marido...

Porque -como dice un poema español- "mal haya el humilde, amén, que esposa mujer hermosa". Una bella está expuesta a los halagos y a las seducciones y (si se acostumbra a desoir los consejos) puede caer en tentación...y caer y caer hasta que se destroza.

Una historia muy difundida cuenta que hacia 1920 un aristócrata chileno visitó en París a un famoso pintor (¿Romero de Torre?) queriendo comprarle un cuadro. El pintor le mostró su estudio y descubriendo una pintura en que aparecía una preciosa mujer en carnes le dijo: "Este es un trabajo que no vendo, porque me recuerda la mejor noche de mi vida. Pero ella no era mi mujer: ella era de nadie: es decir, de todos". El aristócrata enrojó: era su hija Teresa.

Teresa Wilms -que alumbraba como un sol- recibió de niña un piropo que escandalizó a la familia. Iban a la playa y un vagabundo exclamó: "Aah, qué linda: le comería la caquita". Pronto ella descubrió que esa exageración no era exagerada: los hombres se volvían locos con su belleza al punto que podía hacer con ellos lo que quería. Una vez uno le dijo: "A usted, donde se la ve, se la ama. Y cuándo se la ama ¿dónde se la ve?". Ella no respondió, quizá adivinando que el otro usaba esa frase como llave de corazones. Pero él insistió: "Ambos somos atractivos y poseemos fortuna:

tenemos mucho en común". Ella no dijo nada. "Ambos somos poetas y libertarios: tenemos mucho en común". "Señor, usted sabe que yo soy casada". "Y usted sabe que yo también: tenemos mucho en común".

Se fugaron a Argentina. Teresa sólo vivió semanas de romance con Vicente Huidobro; pero en Buenos Aires trastornó a varios argentinos, inclusive a uno que se voló los sesos por su amor. Partió a Europa, escribió poesía de la menos peor, se transformó en la mujer-sueño de París y Madrid, y sobre todo, vivió. Y vivía "con las ropas de mis pecados empapados en champagne". En su diario de vida se demuestra una mujer a quien las caricias se le trasformaron en cachetadas hasta que se suicidó.

Con la maldición de la belleza, una muchacha puede ablandarse -como Teresa- o endurecerse hasta ser una roca. Quiere la historia que una mujer dura como piedra y cruel como ella sola haya sido, en los años del 1600, doña Catalina de Los Ríos Lisperguer. El pueblo la llamó La Quintrala, como un parásito vegetal, el quintral. Cuando cabalgaba por La Ligua los hombres se sentían irremediamente atraídos hacia esa mujer a la que rechazaban con toda el alma. Era gordita, rolliza y baja de estatura, tenía un genio del diablo y unos ojos de ángel: se sabía que una negra la había iniciado en la brujería y que sus manos sabían usar el látigo y dar caricias... La Quintrala fue el terror de su época: se dijo que había ultrajado la imagen de Cristo y que envenenaba a sus amantes. El pueblo compadecía a esos pobres, por su mala suerte, pero los envidiaba por su buena suerte. La fama de la Quintrala fue tanta, que se mantuvo en las conversaciones hasta doscientos años más tarde, cuando los historiadores pretendieron desmentir la leyenda... y

encontraron que los documentos la confirmaban. Cómo no iban a hacerlo, si todavía podemos verla cabalgar con su cabello al viento. Porque la belleza marca. Y a propósito, es apropiado terminar con la historia del amigo Hernán Henríquez, que sentía pena por la niña más linda del barrio. La veía sola, en la plaza, en la calle. Todo un pensador, pensó: "Los hombres comunes nunca se enamoran de esas niñas tan lindas". Compadecido y deseoso de ayudarla, la invitó a salir en bicicleta, la iba a ver, conversaban... Dos meses después lo encontré demacrado. Me confesó que estaba enamorado y no sabía qué hacer: "esas niñas tan lindas nunca se enamoran de los hombres comunes".

BELLEZAS MASCULINAS

Oswaldo Lois -en los años del 1900- solía intercalar en sus conversaciones frases como "Qué lindo cuerpo tengo"; después, meditando en voz baja, comentaba "Síii, qué lindo". Se paraba en las esquinas de las plazas, en la fiesta de la challa, y cuando le preguntaban porqué no se movía, respondía: "Por las chiquillas, pues; las dejo que me miren a su regalado gusto". Lo curioso es que ellas no parecían enteradas de que él existía. Ni siquiera le tiraban esas challas que cubrían a todos los varones. "Les da vergüenza ponerse en evidencia, pobrecitas -se disculpaba el gran Oswaldo- en otros países menos pacatos, me llenarían de piropos". Pero no causaba ni el menor efecto.

Conversando sobre estos temas en 1980, otro hombre legendario, el Yako (dueño de cabarets en el barrio chino de Valparaíso) declaró a un diario que la belleza del hombre no importaba en el amor: "Yo soy feo, hediondo y peludo, y he tenido cinco mil mujeres". Dos años después, un periodista le preguntó si esa cantidad era verdadera; Yako contestó: "Era cierta hace dos años; ahora van cuatrocientas más. Es que estoy viejo".

En certámenes de belleza masculina, tal vez el más resonado sucedió en Villa Alemana. La bella y muy rica viuda Flora Fiori decidió abandonar la tristeza y buscar un novio: sus amigas le presentaron a un italiano negociante de dulces. Y, cierta vez que estaban tomando chocolate en un salón de té, apareció el espectacular Oscar Kirby. Como siempre, todo vestido de blanco, con zapatos blancos de charol, anteojos blancos de carey, corbata blanca y una correa blanca sujetando a un perro blanco.

El perro se detuvo ante Flora, y ella -impresionada- preguntó: "¿Hace algo el perrito?". La respuesta llegó rápida: "Como su amo: ama mucho". La cosa se le puso complicada al italiano, Kirby empezó a cortejar. Al tiempo la viuda declaró a sus amistades que -en la duda- se quedaría con el que tuviera más bello cuerpo. Para ello -con un pretexto- los invitó a una piscina. Fue un suceso: las amigas se encargaron de divulgarlo a los cuatro vientos: vino público desde varias ciudades cercanas. El día señalado apareció el negociante de dulces con un convencional traje de baño de lana hasta el muslo, y se sumergió en el agua con aire tímido. Después, con una capa blanca y una toalla blanca llegó Kirby. Dejó capa, toalla y anteojos en el suelo y se dejó ver con un minúsculo traje blanco. Subió al tablón, arriba hizo ejercicios y se lanzó en un ampuloso piquero. El italiano comprendió que debía desaparecer. Kirby y Flora se casaron siendo inmensamente populares (Un almacén puso en el escaparate la foto matrimonial: los novios de blanco sobre fondo blanco), tuvieron un programa radial, partieron a España y regresaron para disolver el matrimonio.

Kirby tenía el hábito de recorrer las tres calles centrales de Valparaíso, cuatro veces al día con la precisión de un reloj, cambiándose ropa cada vez. En una época en que todos combinaban el gris con el plomo y el color niebla con el tono de burro, él se ponía colores cremas. Muchos lo odiaban. Cierta vez cuatro muchachones lo trataron de homosexual: les pegó a los cuatro de uno en uno. Después se fue del país: todavía más tarde, el cronista Alfredo González se topó en Madrid con un personaje vestido de blanco y la cara empolvada, pero no pudo saber si era Kirby: los años no habían pasado en vano.

En materia de aspecto, es conveniente desaparecer joven y dejar una imagen brillante. Así sucede con los héroes de la independencia, los Carrera: especialmente José Miguel: "príncipe de los caminos, hermoso como un clavel, embriagador como el vino". Su fina estampa y arrogancia causaban gran efecto en los salones, pero fue superado por otro personaje posterior.

Cuando volvió a Chile el ejército que había peleado contra la confederación Perú-boliviana, el público se aglomeró en las calles, y se vivieron escenas de histeria femenina cuando pasó el general Manuel Bulnes, joven y apuesto, en su caballo. Hubo desmayos, y las damas encargadas le tiraron a él todas las flores y challas, olvidándose hasta del presidente, que venía al lado. Pero el tiempo no pasa en vano, y en pocos años el victorioso general se transformó él en un presidente gordo y sin gracia. Así pasa la gloria del mundo. En el Museo de Historia, escuché que una liceana exclamaba con gran sorpresa ante el retrato de Manuel Bulnes: "¿Y este chancho fue presidente?"

LECTURAS EN EL BAR

En 1928 Julio Santelices compuso lo que durante años fue el himno de los bares: *"Oh mi botella, si estás llena \tú me regalas néctar y ambrosía \qué pena más amarga \cuando te hallo vacía \Oh mi botella \qué sueños más divinos \parecíame que el mar era de vino \Soñaba dulcemente que me hacía a la vela \por la linda región de la mistela \Y era un país lejano \donde era el más borracho el soberano \País en donde el agua \nunca la conocieron ni las guaguas \en donde los bomberos \en vez de un feo casco, se ponían un frasco \Y yo era tesorero de un centro peregrino \donde todas las cuotas se pagaban en vino..."*

Su poema -declamado de mesa en mesa, vaso en vaso y suelo en suelo- deparó a los recitadores cantidades navegables de buen licor. Aunque por esa época ya los dueños de local habían aprendido que los declamadores se hacían los agraviados por cualquier palabra y se iban sin pagar.

Ya no se recordaba a quien fuera el regalón de las cantinas y chinganas. En la década de 1890 Pedro Antonio González entraba y recitaba parado en una silla o un banco. Poco después, recitaba sentado. Finalmente, recitaba tirado en el suelo. Los dueños de locales iban descubriendo que no les costaba cara esta verdadera atracción en esos tiempos sin radio: unos cuantos tragos gratis y atraía tanto público como las cantoras.

Pero muy pronto, los empresarios descubrieron que los poetas eran demasiados y empezaron a cobrarles la cuenta. En vano los poetas elegían lugares

astrosos: la comprensión y hasta el cariño que logró crear Pedro Antonio Gonzáles se acabaron con su muerte, en 1903.

La figura de ese bohemio es demarcatoria: antes de él, al hablar de poetas bebiendo y recitando, pensamos en los salones literarios: una dama rodeada de jóvenes, y más allá- elegante, el poeta. Guillermo Blest Gana, por ejemplo, diciendo sus versos ante el silencio de los demás. Pero poco después la figura del poeta es inseparable del bar o de la cantina pobre; quizás por necesaria identificación con ese mundo marginal y desintegrado al que pertenece sin pertenecer.

Carlos León clasificaba a los literatos en dos clases: de café y de bar. Acertó. Porque hay un tipo de ambiente que atrae o que rechaza. Cierta vez un abogado encontró al poeta Alejandro Galaz, de Casablanca, que había salido de su casa a pedir la máquina de escribir en una imprenta donde se la facilitaban, y lo invitó un café "en el lugar que usted quiera". El abogado se quedó de una pieza cuando Galaz, con toda naturalidad, le dijo señalando un cuchitril: "entremos ahí, que se ven mosquitas, y no deben vender café así que tendremos que tomar algo que también mancha la ropa". En los tiempos de Galaz ya los poetas sentían su casa en locales pobres, y compartían en ellos su poco dinero. El mismo Galaz ganó "La Rosa de Oro", premio literario que consistía en una rosa enchapada en oro. Galaz fue pagando tragos con pétalos hasta que su jefe -que se la estaba guardando- le advirtió que ya sólo podía entregarle el tallo. Y se tomó no más el tallo, *tras lo cual improvisó un recordado recital.*

Esta figura precursora ha tenido discípulos constantes en los bohemios: aunque después vienen en dupla Astica-Fuentealba, Quiñonez González, Moreno

Aguilar. Y con esas duplas, un esfuerzo doble: fecha exacta y hora, convocados y convocantes: lecturas públicas. La esperanza de bocas consumiendo hace que los dueños de locales ofrezcan gustosos el día lunes, en que de todos modos no va nadie; y el miércoles, día dificultoso por ser de media semana. La hora de inicio también es fija: las 22. Aunque unos años después del golpe de estado de 1973, la Sociedad de Escritores del Maule organizaba lecturas a las 16 horas. Porque a las 20 había toque de queda y todos a sus casas. En tiempos normales, el final de las veladas corre por cuenta de cada uno: las jornadas del "Proa al Cañaveral", más bien estudiantiles, solían acabarse cuando el sol imponía apagar las luces.

Al finalizar un ciclo en el bar "Trizano", de Puerto Montt, 1982, cuya hora de inicio era las 22, la organizadora habló demasiado pregonando que su actividad había "derrotado a la televisión y a la fiebre del fútbol". Hubiera recibido aplausos si no fuera porque los asistentes debieron esperar hasta las 24, puesto que se estaba transmitiendo un partido y los dueños no querían perder la clientela de los futboleros. Sólo cuando al fin del partido se fueron un par de personas se evidenció que el público había ido a ver a los poetas. Con la esperanza de leer sus propios textos. Porque -como es sabido- los poetas no van a escuchar: van a compartir y a dictaminar opiniones totales a partir de una frase vaga que se les quedó en la memoria.

El verdadero público de las lecturas en el bar es el de los parroquianos que se encuentran con la sorpresa de que hay un acto. Se emocionan o se enfurecen. En el "Mariella", Calama, un pampino tomó el micrófono para decir una opinión favorable y terminó improvisando su

biografía. Los textos leídos le habían hecho recordar los menores detalles de su larga existencia, y él quería compartir sus vivencias: había sido pescador, también, y preguntaba ¿no es asimismo poesía el salir a la pesca y ver el amanecer? Después concluyó que eso era la verdadera poesía, la vida de los obreros chilenos, no esos que escribían esos fraudes que se las daban de sensibles y en realidad eran una estafa, sí, a ustedes les digo, que no valen nada, que son pura basura, que esto y que lo otro. Al final se armó pelea entre quienes querían quitarle el micrófono y sus amigos. Llegaron los carabineros y se acabó la velada con los organizadores en el calabozo.

Si buscamos escenas de interacción con público, las más notables se dan en las lecturas que organizaba Jorge Álvarez, que seleccionada bares de verdad con curados de verdad. Sus ciclos, siempre anunciados con profusión, duraban dos sesiones porque siempre, en la segunda ocasión, Álvarez encontraba manera de emborracharse y provocar. En un local llamado Dominó se lució saltando de una mesa en otra, pisando los platos de quienes no habían ido a su acto. En el Emilio Dubois, contento por un éxito, no encontró mejor modo de celebrar que bajarse los pantalones e improvisar un baile con su propio pene.

En el antiguo "Leo's" hizo leer a un poeta peruano que fue muy aplaudido. Después un distinguido ebrio se paró a increpar a la concurrencia: ¡Habían aplaudido a un peruano, nunca se había visto tal cosa! Fue abucheado. Se sorprendió, y trató de explicar: "Es que ustedes no se dieron cuenta: ¡ése es peruano! ¡Ya, partiste de aquí, peruano!". Cuando lo hacían sentarse a la fuerza, todavía decía furioso: "¡Ustedes son todos

peruanos, son todos peruanos!" Otro de los actos de Álvarez se dió en "Las Cachás Grandes": llegó un grupo de "deportistas" embriagados a celebrar un cumpleaños. Dieron por hecho que, si esos varones componían versitos, no eran varones. Se prepararon para silbar y molestar. Y le tocó leer a Sergio Madrid.

Ay. Y ayayay: Las peleas sí que no se ven como antes; hay anécdotas que nos muestran a De Rokha expresándole su opinión negativa de un solo combo a un poeta nerudiano, o -más reciente- a Karin Kutcher tirándole una cerveza al que le quitó sus poemas y luego los rompió. Ayer había más pasión. Hoy, más organización. Si empezamos hablando de Pedro Antonio González, es lógico terminar predicando los hechos del gringo Kenn Rivkin. Canadiense, organizó en Valparaíso un ciclo de lecturas semanales gratis, que duró ¡cuatro años! No era poeta (había traducido, sí, a Ginsberg y a otros) era organizador. Cuando se fue, incluso, se acabó un milenio. Priscila Oses, comentando la persistencia de su actividad, exclamó: "¡Con el gringo en una revista capaz que sacáramos más de dos números!" Sus amigos, a la partida de Kenn, se dieron a la tarea de "mantener vivo su legado" y continuaron sus lecturas...durante dos semanas. En teoría, todo estaba perfecto: muchos querían participar... pero nadie quería organizar. Volvió Rivkin y la noche siguió su curso: como decía Pedro Antonio González, la luna no se acaba nunca y para aullarla hay quien.

ALGUNAS VENTAS DE ARTE

En 1840 llegó desde Francia el conde Goulart, que viajaba por placer y era amigo de reyes, presidentes y cardenales. La sociedad santiaguina quedó deslumbrada con su equipaje: tapices, muebles, jarrones, espejos chinos, estatuas de bronce y mármol, pinturas de famosos artistas... La visita ilustre se quedó algunos meses asistiendo a fiestas y conversando, hasta que detonó como un cañonazo que debía irse porque su tía la archiduquesa D'Armoir había muerto dejándole su inmensa fortuna. Y el conde -apurado y agradecido- decidió dejar en Chile sus cosas, rematándolas. Aunque acá eran usuales los remates de vacas, nunca se habían rematado obras de arte y el asunto despertó un interés extraordinario. El 4 de Agosto el mismo Goulart procedió a subastar: "Esta joya es de La India, donde la consideran sagrada..." "Este es un retrato hecho por el pintor Ticiano, del renacimiento". El vendedor pronunciaba "vendido" con voz triste; pero tenía mucho, y bien podía perder un poco.

Al poco tiempo llegó Monvoisin, desde Francia, quien hizo una muestra de "paisajes" que lo ubicó como el regalón de la clase alta. Cuando una dama lo invitó a ver un cuadro del Ticiano, el maestro exclamó: "¡Pero esto jamás ha sido de Ticiano!". Y viendo los objetos de otras mansiones descubrió que las estatuas de bronce no eran de bronce. Y los mármoles no eran mármoles, sino loza tosca. Y las pinturas de grandes maestros, no eran de grandes maestros. Y el conde no había sido conde. Y el primer remate de arte en Chile no fue un remate: fue una estafa.

Los compradores nunca volvieron a ser crédulos, y de ahí en adelante tratar de vender arte se tornó un infierno.

Más de un siglo después, en 1952, el pintor Laureano Guevara (desesperado porque nadie le compraba) decidió pegarse un balazo: cerró sus párpados, con mano temblorosa puso un revólver frente a su cabeza, y disparó. Tuvo mal pulso: se voló un ojo, pero con esa publicidad terminó siendo Premio Nacional de Arte.

Por esos años, el profesor Juan Uribe Echeverría -cansado de injusticias- decidió organizar él mismo exposiciones de pintores jóvenes. Empezó con Arturo Alcayaga Vicuña, cuya obra tenía fama de locura y genialidad. Cierta tarde invitó al famoso coleccionista Waldo Ríos, a quien le gustó un cuadro abstracto y pidió una explicación. Alcayaga le informó que era un momento visto desde dentro, desde más allá del momento, desde el arte hacia la vida común. Para poder comprenderlo, conmensurarlo, había que tenderse de estómago en el suelo y mirarlo con las manos a modo de visera. El coleccionista -que respetaba a los pintores- se tendió con su señora y su séquito mientras el pintor, de pie, les pedía que se fijaran en la transubstancia del entrecosmos y el nuncamino del cielotrás. Cuando se pararon, Don Waldo preguntó resuelto: "¿Cuánto vale este cuadro?". Sin arrugarse, Alcayaga (posesionado de su papel) contestó: "¡Cien mil dólares!".

Fue la última vez que Uribe Echeverría organizó una exposición: contaba que don Waldo casi se fue de espaldas exclamando: "Madre mía, qué cara está la vida en Chile".

Siglos antes, cuando llegó el primer pintor de éxito, nadie habría hecho esa observación: se entendía que los artistas eran cuerdos y no intentaban irse al cielo

con los precios sino con su arte. Diego de la Puente, pintor religioso, hizo una gira por el virreinato en 1600, hacía escenas sacras con estilo semi flamenco: fondos oscuros, rostros resaltantes: se lo pelearon nuestras iglesias y conventos.

Años más tarde vino el auge de la vanidad: todos querían colgarse en la pared: fue una época de oro para una legión de retratistas anónimos. Pero después no sólo importaba el cuadro, sino la firma: tenía que ser del artista de moda. Y ahí ya empezaron las injusticias. Aunque un muchacho pintara perfecto, debía entender que lo esperaba el arado. Si era indígena, o mulato, peor.

Más cuando al terminar la colonia vino -desde Perú- el Mulato Gil, arrasó: nuestra sociedad sólo le encargó a él los retratos. Su estilo tan inconfundible, que él repetía generosamente, gustó a todos. En el museo, en 1993, mirando cuadros de personajes de nuestra República, unos ingleses preguntaron si eran todos parientes. "Por supuesto que no... ¿a qué viene la pregunta?". "Es que tienen un aire parecido, la misma nariz y están parados todos iguales". Y, en efecto, el Gil de Castro tenía un estilo tan regular que hacía que sus retratados se parecieran mucho aunque no se parecieran nada. Estaba tan lleno de trabajo que muchas veces repetía la posición, el fondo, el tipo de cuerpo. Pero siempre se notaba la habilidad en la ejecución, el cuidado, el esmero y el rigor. Acá es justo, también, reconocer el trabajo de Dominiconi en el retrato de Diego Portales: debió "inventar" el rostro a base del cadáver despedazado del ministro, mirando parientes que -según decían- tenían tal o cual rasgo igual, y preguntando. Claro que por reconstituir el "afuera", al parecer quedó ajeno al "adentro". El "aura" que todos percibían en Portales. Por escrito, todos la comentan; por pintado, no se ve.

Monvoisin -después- fue quien trajo a Chile ideas como "retratar el brillo interior" y otras composiciones poéticas para justificar sus pinturas. Por eso en los museos los cuadros de los personajes inmediatamente posteriores al Mulato llevan en su mayoría la firma de Monvoisin, quien también se desvalorizó haciendo más trabajos de los que podía hacer. Y a quien también se le notaba el esmero, la preparación, la artesanía necesaria al arte: algo que se iría perdiendo con los años.

Ejemplo tardío: al profesor de Artes Plásticas Amadeo Campos le ocurrió a propósito de esto -en 1956- un hecho que Enrique Araya falsificó por escrito. Entró a una exposición para capear una lluvia; intentó mirar un cuadro, retrocedió, retrocedió... y botó una escultura que se partió en mil pedazos. Era un maniquí de yeso rodeado de flores plásticas, con frases escritas en varios idiomas. Se juntó mucha gente: algunos lo alabaron por expresar una opinión tan vigorosa, otros lo recriminaron por reaccionario, y él -al borde del pánico- aseguraba que iba a reparar el daño porque su señora era modista y tenía dos maniquís. Las flores plásticas se podrían conseguir sin problemas. El encargado -que llegó corriendo- lo despreció: "Señor, el arte es invaluable. Dudo que la gracia le salga menos de 300.000". El profesor tiritó: le tomaría un año juntar ese dinero. Estaba consternado, al borde de un ataque, cuando llegó el artista -un joven de barba y anteojos- gritando que su obra era el universo, era el cosmos, y que no tenía precio humano. "Este bribón va preso si no cancela 500.000". Campos, al verlo, recuperó su seguridad y solicitó una entrevista privada. En la oficina, le dijo: "Mira, no puedo pagarte lo que pides, pero te ofrezco 200 por los daños, y además te traigo un

maniquí nuevo y flores plásticas". El artista se negó rotundamente, y Campos le soltó un argumento de oro: "Oye, no creas que no me acuerdo de ti: yo fui profesor tuyo y sé que eres un fraude, así que déjate de leseras, ¿oíste?". "Sí, señor Campos". "Y otra cosa: quiero ayudarte: tengo un amigo en la prensa, y vamos a ir para que te entreviste... ¿conforme?". "Sí, señor Campos". "Te haré ese favor, pero debes decir que yo soy un gran conecedor del arte universal ¿tienes algo que decir?" "Muchas gracias, señor Campos".

Cuando este suceso se divulgó, el artista estaba tan furioso que es mejor no poner su nombre, pero quizá pueda ser identificado por este golpe de suerte: En 1963 llegó a Santiago una gran dama italiana. Por casualidad entró a una exposición donde nuestro pintor trató desesperadamente de venderle algo. Al final del recorrido él preguntó si le entusiasmaba alguna cosa, si deseaba saber algún precio. Ella respondió: "Tú ¿Cuánto vales?". Se casaron, se fueron a Italia y allí el personaje vivió -hasta ser devuelto al punto de origen- en las cercanías de Roberto Matta.

Buena suerte. Roberto Matta había salido de Chile para incorporarse al movimiento surrealista, y lo logró de lleno. Se convirtió en el chileno más caro y famoso de la pintura mundial, tanto que cuando le concedieron el Premio Nacional de Arte pidió que dieran el dinero a algún muchacho pobre, porque él no se interesaba. Ya sus pinturas son sinónimo de dinero: a su colega Gonzalo Cienfuegos le preguntaron qué le parecía su obra (imaginando encontrar reflexiones sobre estética) y contestó con admiración: "Es un artista caro". Ojalá que todos nuestros artistas puedan ser así.

“Yo he logrado eso: soy carísimo -espetaba Antonio Guzmán- sólo que nadie me compra. No sé dónde está el secreto. Mira al Gonzalo Ilabaca cómo vende como condenado; ahora compró un auto viejo, lo pintó y quiere vendérselo a alguna estrella rock. Se va a llenar de plata, ese”. Seis meses más tarde un conocido mentalista y consultor sentimental, el profesor Nostradamus, comentaba por radio: “Me ha escrito un pintor; dice que está vendiendo un auto que es una obra de arte. Soñó que se lo compraba una estrella rock a quien él se lo ofreció por carta, y pregunta si ese sueño será premonición del futuro o pura ansiedad. Amigo mío, esa gente llena de fama y dinero no recibe ella misma sus cartas. No se desespere, es lógico esperar retribución al trabajo, pero mire usted la última carta de Gauguin, un artista cuyos cuadros se venden en millones de dólares. Dejó un último mensaje, angustiado porque no podía vender nada: *de rodillas confieso que soy un fracasado*. ¿Ve? Usted, en comparación, tiene motivos de alegría. Y ahora el análisis de su letra: el trazo es seguro, suelto, estético, no cabe duda de que usted es un artista, aunque -claro- no es Picasso.

PÚBLICO MUSICAL

Aproximadamente en 1927, entre los bosques y la lluvia del sur, las dotaciones del ejército quedaban durante semanas sin comunicación ni diversión alguna. Por eso los soldados acogieron con aplausos la iniciativa del capitán Valdebenito: hacer una función en que un cabo, al que le gustaba la ópera, cantara piezas clásicas. Por confraternizar, invitaron a varios indios alacalufes. La noche indicada, mientras afuera llovía y los leños crepitaban en la chimenea, se inició el concierto... Los soldados bostezaban, aburridos, cuando terminó. Entonces encendieron las lámparas y con asombro vieron que todos los indios tenían lágrimas en los ojos. Estaban emocionados. Agradecieron y se fueron de inmediato -hablando en su idioma- a la lluvia y a la noche. Al rato, uno de los soldados fue "al baño" y regresó silencioso a llamar a sus compañeros para que salieran a escuchar. Tras unas matas y entre la lluvia seguían los alacalufes: reían y silbaban, en conjunto, tratando de recordar las melodías que habían escuchado una sola vez.

No cabía duda de que -bajo ciertas definiciones- ése público era inculto, pero tampoco cabía duda de que en ningún lugar se podría encontrar mejores asistentes a un concierto.

Ante una asistencia de "mechones" universitarios se anunció cierta vez al conjunto folclórico de Margot Loyola. El entusiasmo fue indescriptible: la ovación inicial aseguraba el éxito apoteósico. Aplausos, vivas. Empezaron las inequívocas notas de un vals de Chiloé. Y el público decidió sumarse con gran entusiasmo, cantando a voz

en cuello "El Lobo Chilote": "En una aldea costera/ de plomizadas arenas/ vivía un viejo marino...". Pero la canción era otra y, mientras el conjunto la entonaba, el público seguía con "fue pescador y lobero /en aquellos años mozos/ ese chilote marino/ que como él no hay otro...". Tras un momento de superposición de canciones, Margot Loyola mandó parar. Todos callaron. Nuevamente empezaron las notas del vals. El conjunto empezó a cantar. Un minuto, un minuto y medio. Y -de pronto- miles de voces casi echaron abajo el Fortín Prat entonando al unísono "El Lobo Chilote". Tras otro minuto el conjunto dejó de tocar, y doña Margot se dirigió a los jóvenes: "son ustedes insoportables y groseros". Dicho lo cual, mandó retirarse a su conjunto. Pese a que la oportunidad se prestaba para algunas tallas, nadie osó decir nada mientras el escenario se iba vaciando. Era un broche de respeto para coronar la falta de respeto. Pero cuando tocó el turno al siguiente artista, sólo alcanzó a dar la primera nota con su guitarra cuando ya los jóvenes estaban otra vez con "suelta esa vela, muchacho/ es la orden del capitán/ que un temporal ya se acerca/ por las anchuras del mar..."

Otras veces, mientras unos atacan, algunos defienden. En 1922, el gran tenor Pedro Navia arremetía con Cavallería Rusticana. Había sido una gloria, pero estaba en decadencia y hubo algunas pifias. Una anciana se levantó de su asiento y procedió a defender a su ídolo a voz en cuello: "¡Degenerados! ¡Reirse así de este hombre, cuando deberían ponerse a llorar!". Pocos años después llegó el tenor español Saluda, llenando el teatro en su función inaugural: la colonia española acudió en masa a aplaudir a su compatriota. Por cierto, los empresarios no repararon

en la minucia de que el teatro ya estaba copado: siguieron vendiendo entradas y quejándose de que el negocio no era como antes. Ante un público amoscado por la lucha para conseguir asientos, empezó la función. Tras la primera romanza los españoles gritaban felices, "oléee" , "¡ése español sí que sabe cantá!". Al iniciarse la segunda, tras un efecto de voz ondulante tipo cante hondo, se escuchó un grito: "¡ése es tenó!". Y desde la galería contestó otra voz: "¡Qué va a ser tenor esa m...!". La pelea que se produjo a continuación contra los españoles fue tan fragorosa que un periodista lamentó que no estuviera vivo Alonso de Ercilla para ponerla en "La Araucana".

1952. Aquella noche en el bar, en una mesa cualquiera... Varios amigos bebían y escuchaban a cuatro cantores que -con guitarra- se morían a vals y a tango. El humo, las canciones, el rumor de las conversaciones, conferían al lugar una atmósfera borrascosa. Víctor Acosta pidió otro jarro de vino. Desde hace tiempo tenía un vals adentro; pero no podía sacarlo. Confusamente podía tararear dos o tres notas. Pero adentro tenía algo mejor... Se fastidió un poco cuando un ebrio pidió la palabra, hizo callar a los cantores, se paró en su mesa y brindó por Valparaíso, su ciudad, a la que volvía después de tantos años. Era un marino al que tras un par de minutos nadie siguió escuchando, los guitarreros siguieron con otro vals, y él -parado en la mesa- se enfrascó en sus recuerdos de lejana juventud y amoríos frustrados. Víctor Acosta, inquieto, escuchó con ese fondo algunas frases que parecieron removerlo. El borracho decía que siguiendo a una ingrata se había cambiado desde cerro Placeres a Barón, y de ahí a Cordillera, y luego a Playa Ancha. Pronunciaba los cerros como si fuesen un nombre de mujer. Explicó que al mirar los barcos, cómo iban y venían, desde su última pieza, en Playa Ancha, decidió embarcarse para olvidarla. Ahora, al volver, había llorado mirando su ciudad querida, que los marinos llamaban La Joya del Pacífico; pero no era una joya: era un arcoiris con miles de colores.

Acosta declarararía después que sintió dolores de parto. Y ahí mismo le salió una melodía ya coherente, ya

linda, que tarareó a sus amigos de mesa. Les explicó que estaba componiendo, pidieron otra ronda más de tragos, y se pusieron a cooperarle. Mientras el marino ebrio dormía olvidado del mundo, en esa mesa cualquiera se pusieron -lápiz en mano- a recrear su historia. Uno de los amigos dijo con aire de haber hecho un increíble hallazgo: "¡Pongámosle que anduvo por las calles como una mariposa por entremedio de las rosas!". A nadie le gustó la idea, por cursi. Pero el amigo, enojado, explicó con ademán doctoral: "Ustedes no saben nada: la palabra rosa y la palabra mariposa riman". Les pareció un argumento incontestable, pidieron otra ronda y ahí quedó esa frase desmerecida.

Cuando salieron, contentos y arrastrándose, ya se adivinaba el amanecer. Acosta tendría que perfeccionar todavía su canción, pero -según contaba- él le puso música a la alegría de cualquier marino que regresa. Y no intentó siquiera eliminar las sugerencias de sus amigos, pese a que eran una notoria imperfección en la letra.

Pasaron muy pocos años. Su vals se hizo popular y, por los bares, todos los cantores lo repetían, y la gente aplaudía y cantaba: se diría que esta ciudad nocturna había encontrado un nuevo juguete. Un cantor llamado Jorge Farías empezó a popularizar más el tema, en jornadas de cabaret y trago. El asunto fue tan serio, en el Barrio Puerto, que cuando un cineasta rodara "Valparaíso mi Amor" prescindiría por completo del Puerto y del mar, que ni se ven en la película, pero estaría obligado a registrar los ascensores y ese vals que nadie parecía desconocer.

Poco antes de eso, había llegado un cantante peruano muy joven, contratado por un cabaret llamado

"El Gordito de La Noche": Lucho Barrios. El dueño del cabaret, como consejo, le dijo que grabara esa canción. "Mira, cabro, que acá se la saben todos, y eso que ni suena en las radios". Y -en la primera oportunidad- Lucho Barrios grabó La Joya del Pacífico, que con su voz trascendió fronteras y se inscribió en la lista de canciones que todos llevamos dentro. Cuando esa melodía andaba ya en el cine, y en las radios, y la popularidad de Lucho Barrios se hacía continental, el cantante -en gira por Valparaíso- intentó ubicar al autor. Sólo logró hablar con la hija: ya Víctor Acosta había muerto.

Sin embargo, de ese modo extraño que saben los artistas, seguía entre nosotros: le había sido dado componer una canción que se identifica con una ciudad. Valparaíso ha tenido este privilegio: cada veinte o treinta años sale una canción, un homenaje, que logra vencer al tiempo. El primer recuerdo es de 1870, aproximadamente, y de ahí en adelante la procesión no para. Todas las canciones han gustado, y han admirado, y han sido un himno. Antes -por ejemplo- los porteños cantaban "por los cerros de Valparaíso/ siempre hay algo que invita a soñar". Después, tarararearían que "el viejo puerto vigiló mi infancia/ con rostro de fría indiferencia". Pero entre esas joyas la canción de Acosta se destaca como un arcoiris de múltiples colores.

CRÍTICAS AL PASAR

El joven Vicente Pérez Rosales -hacia 1842- se encontraba orgulloso por cierta pintura que le había costado mucho trabajo: "Bosque Sureño". En ese tiempo el oráculo del arte era el francés Monvoisin. Con emoción, Pérez advirtió que el maestro miraba detenidamente y con agrado su cuadro. En efecto, Monvoisin dictaminó: "No son árboles, pero es una excelente ensalada".

La siguiente obra de Pérez consistió en un mapa alegórico de América del Sur, que ubicó en una pared del Teatro Municipal. Tuvo similar éxito: un diario lo felicitó pues el jamón le había quedado muy apetitoso. Con esas críticas, el pintor decidió cambiarse de oficio: se fue a buscar oro en California...

Un siglo después, en 1940, el abogado Julio Salcedo escribía una novela que se adelantaba a las miniserias de televisión. Se llamaba "Gatica con Soto, Juicio de Alimentos". (Una conmovedora querrela matrimonial, en que Salcedo defendió a la esposa hasta que ella murió). Le pidió una opinión al profesor Rafael Coronel, y recibió una crítica que hizo historia: "Querido Julio, después de leer su libro llegué a la conclusión de que un buen abogado hubiese ganado el pleito".

Otro comentario imborrable es el que suscitó la novela "Alsino" en 1922. Esa novela, de Pedro Prado, narra la poética gesta de un muchacho pobre que quiere ser pájaro: se tira de un árbol y se quiebra la columna. Queda jorobado, pero esa joroba se transforma en alas...y aprende a volar. Y vuela, espantando caballos

salvajes y compitiendo con los cóndores... El joven autor preguntó su opinión a Jenaro Prieto, quien le contestó: "Mira, oye, no me tincan las historias de rotos voladores". Pero "Alsino" es hoy un clásico y se sitúa como un precursor del realismo mágico (por tanto, de Cien Años de Soledad) y suscita admiraciones tan encendidas como la de Ana Luisa Madrigal, que exclamó en un foro: "No me importa ni plantar un árbol ni tener un hijo ni escribir un libro: leí Alsino y puedo morir tranquila".

Al comentar la belleza de esa frase y de esa admiración, un amigo sacó una revista y leyó un comentario de la misma Madrigal sobre otra obra: "No me importa ni plantar un árbol ni tener un hijo ni escribir un libro: leí Los Motivos de San Francisco y puedo morir tranquila". Otro recordó que la habían escuchado exclamar, comentando la película "Santa Sangre": "No me importa ni plantar un árbol ni tener un hijo ni....".

El caso contrario son los parques. En 1814, aburrido de escuchar a una cantante chilena llamada La Bernarda, en Buenos Aires, alguien del público no dijo nada: se limitó a tirarle un gato muerto. Se suscitó un silencio sepulcral: la Bernarda salió del escenario, sin decir nada, y el público salió callado del teatro... Pero la escena fue muy elocuente y habla por sí sola.

Y ya que estamos en Buenos Aires, demos un salto para visitar al barrio Palermo. Borges regaló su primer libro a su padre y se quedó esperando el comentario: nunca hubo ni siquiera una alusión. Años más tarde, revisando cajones después de enterrarlo, encontró el libro lleno de opiniones, rayas de colores, palabras tachadas... Y recogió esas sugerencias en la publicación de sus Obras Completas.

En illo tempore, el dramaturgo Acevedo Hernández luchaba por representar dramas proletarios, sufridos como

él mismo. Estaban de moda la zarzuela y los sainetes cómicos; cuando Acevedo explicaba que había hecho una obra sobre el campo, le decían: "Ah, qué bonito, una obra musical con gente que come frutas, ríe y baila". El autor mostró su primera obra social, esperando un comentario, a un tal Soto-Aguilar, famoso entonces, quien tomó el cuaderno, lo hojeó, le dijo que aquello era muy malo, y lo despidió. Se quedó con la obra, no obstante, para corregir algunas cosas. Cuando el autor fue a pedírsela, después, al diario en que trabajaba el críticón, éste le explicó que era demasiado mala. Como la reclamara igual, Soto-Aguilar gritó: "¡¡Hasta cuándo molesta!! (...) ¡El teatro no se ha hecho para todos!". Y para reforzar su opinión mandó que dos forzudos lo sacaran a viva fuerza mientras seguía gritando: "¡Usted nunca escribirá teatro!". Pero sí escribió, y se impuso. Una actriz, al pasar, le hizo el mejor comentario: "No voy a hacerle comentarios, usted ve que casi muero". Y el público proletario, entusiasmado, clamaba "¡El pueblo tiene autor! ¡Viva el teatro chileno!"

En sus memorias, Acevedo afirma que sufrió "comentarios de todos los colores", pero que siempre esperó que alguien le hiciera cualquier crítica y agradeció hasta las pesadeces. Los artistas son así casi todos. La gente de letras suele burlarse de esa espectación cambiándoles nombres a los textos: hacia 1935 la "Poesía a Dios" que escribió Julio Salcedo fue bautizada "adiós poesía"; décadas después el primer libro de Juan Cameron, "Las Manos Enlazadas", fue llamado "Las Malas Ensaladas", y así, lustros más tarde un singular poemario de Marcelo Novoa, "Arte Cortante", era transformado en "Anda a acostarte".

Edwards Bello narró la emoción con que recorría las calles cuando empezó a publicar sus crónicas. Pensaba que alguien le iba a hacer un comentario, y -con pena- descubrió que ni sus amigos lo leían. Sin embargo, tenía lectores: cada vez que daba un dato malo le llegaban cartas de reclamo. Pero ¿dónde estaban esos lectores?. Sólo una vez -en un café- encontró un grupo de parroquianos que lo saludaron, lo alabaron, lo invitaron con largueza. "Es usted un gran cronista, lo leemos siempre". El escritor se animó, conversó alegremente, contó anécdotas. Después de una hora, quisieron que les firmara las servilletas con dedicatoria. Lo hizo, y escuchó una voz estridente y enfurecida: "¡Cómo! ¿Entonces usted no es Daniel de La Vega?". Edwards comprendió que lo lincharían, aclaró que estaba bromeando y firmó: "afectuosamente, Daniel de La Vega".

Poco antes de eso, los amigos de José Santos González Vera iban a las lecturas públicas a poner mala cara y pifiar... Querían "desenmascarar a los falsos valores literarios". El tiempo dio un dictamen inobjetable: los falsos valores eran ellos. Por solidaridad, los amigos de los poetas pifiados iban a los recitales de los pifiadores, a pifiar. González Vera, recordando esos tiempos, se preguntaba: "¿Qué íbamos a desenmascarar a nadie si no sabíamos nada?". Mientras menos se sabe, más furibundo se es en la crítica. Mientras más, se es más elegante. En una antología clásica, Selva Lírica, de 1917, uno de los muchachos antologadores presentó así al poeta Enrique Ponce: "no es de esas mediocridades vejestoriamente definitivas, como la de un Antonio Bórquez Solar; no es de esas mediocridades que nacen y mueren en desgracia de mediocridad, como el aludido Bórquez. Suele creerse en los bajos fondos (...) que es más apreciable un vejete

autor de media docena de volúmenes atiborrados de nulidad, menesterosos e inflados de pretensión a lo pavo real (me refiero a Antonio Bórquez) que un joven poema vibrante de lirismo, de emoción y juventud, de cualquiera de los adolescentes casi anónimos que..."

Quizá los jóvenes se quejan de que los viejos no los consideran, pero tal vez sea al revés: son ellos los que - así es la juventud, divino tesoro- sienten que tienen que renovar al mundo y por tanto borrar a los inmediatamente más viejos. Los viejos, mientras, a salvo de la superstición del sí mismo, son más generosos. Neruda contaba a todos el inmenso espaldarazo que fue la crítica positiva que le hizo Gabriela Mistral, siendo él un estudiante y ella una inmensidad. Estaba enferma: se levantó para saludarlo, para decirle su admiración por el trabajo del joven. El joven salió alentado hasta el cielo, y lo contó a los cuatro vientos. Pensando en obtener lo mismo, Arturo Alcayaga fue a ver a la poetisa con una serie de sus extraños poemas. Al saludarla, le recordó que -llamándose ella Lucila Godoy Alcayaga- eran lejanos parientes. Y Gabriela, mirando las páginas, le contestó: "Ah, sí, pero el talento me viene de los Godoy: los Alcayaga no han sido ni serán nunca talentosos".

AMOR EN LOS SALONES DE LA NOBLEZA

En una época en que no existían revistas del corazón ni los diarios tenían esas páginas que primero se llamarían "gran mundo" y luego "vida social", una simple historia de amor conmovió y hasta conmocionó a este país con el sencillo sistema del boca a boca. En los salones adinerados y en las fondas pobres se comentaba con pena que, allá lejos, en Europa, en esas fiestas rutilantes de la nobleza, con lacayos uniformados, damas llenas de joyas y caballeros gordos a los cuales esperaba un coche afuera del palacio, un compatriota sufría por su amor desesperado.

Florencio Blanco Encalada había llegado a París en 1860 y -como millonario y diplomático- concurrió a un selecto baile de la Emperatriz. Allí conoció a la princesa rusa: Olga Troubetzkoy, viuda. Se enamoraron. La boda fue un escándalo mayúsculo: ¡La hija de quien había sido confidente del Zar, el gran príncipe Troubetzkoy, se unía un plebeyo proveniente de una colonia de salvajes que su alteza no quería reconocer como independiente!. La pareja viajó por el mundo: Londres, San Petersburgo, Paris, Roma... Santiago. En Chile, la princesa se demostró como una mujer de la nobleza más noble e innoble del mundo: decía y se desdecía, se levantaba a las tres de la tarde y se portaba insoportablemente altanera. Volvieron a Europa: ella amaba con furor a su marido. Paralelamente amaba a su hija, María Oustinoff, que nunca la perdonó por haberse casado con un indigno. Y al resto de sus familiares, que consideraron que la boda

los rebajaba al emparentarlos con un nadie. Todavía peor: si tenía hijos, disminuiría el valor de la sangre Troubetzkoy. A toda costa querían separarla. Vinieron después los problemas de la dote: la princesa debía recibir una herencia de su primer marido. Pero no querían entregársela pues alegaban que el chileno se había casado por su fortuna, y hubo proceso. Florencio probó que -en el momento de casarse- él no había querido firmar un papel por el cual los bienes de su esposa pasaban a su propiedad, y probó también que tenía muchísimo más dinero que la princesa. Ganó el juicio, pero tuvo que desmentir palabras de altos personajes ligados al Zar, y eso jamás le sería perdonado.

A un baile organizado por una condesa, amiga de la reina de Inglaterra, llegó invitación para la princesa rogándole que fuera sola. Como era un baile familiar, aquello comportaba una doble humillación. A una caridad real, no fueron invitados. Envueltos en un torbellino de pasiones y maquinaciones de la nobleza de París y San Petersburgo, la princesa -con el sistema nervioso completamente deshecho- se fugó de casa para irse a morir a un convento. Paralelamente presentó papeles para la separación. Sabiendo que estaba influida por sus amistades, el plebeyo recurrió a los mismos tribunales y consiguió autorización para sacarla por la fuerza. Pero no lo hizo: antes, le escribió cartas y cartas de amor. A ella se la llevaron a Italia, a Florencia, y allí fue él a buscarla. La ubicó en un palacio de la hija, la Oustinoff, donde hasta los lacayos lo trataron como a un pordiosero, negándose a conducirlo donde su esposa. Blanco Encalada sacó una pistola y amenazó: lo llevaron, y pudo verla apenada, encorvada y marchita, prisionera de las convenciones. Después llegó la policía

a hacerlo salir, lo que lograron a medianoche con gran escándalo. Como había sacado pistola para amenazar a los lacayos, su hijastra le hizo seguir proceso por portar armas prohibidas, que también ganó él. El tribunal italiano lo absolvió al tiempo que acusaba "indegna macchinazione di una misera vendetta private". Pero cada triunfo era una derrota: cuando los tribunales descalificaron por escrito a la Oustinoff, la nobleza lo odió todavía más, y más se cerró el círculo de fuego en torno a la princesa que ya casi se volvía loca mientras la vejez prematura y los achaques nerviosos la iban derrotando.

El amor de encajes, champaña y vals se había transformado en una trampa de intrigas de donde nunca podrían salir. Hoy, cuando el tiempo se ha llevado a los nobles de Francia y Rusia, y los amantes son polvo, es mejor terminar recordándolos cuando bajaron del barco, en Chile: tras la escolta de veinte servidores que traían los baúles con joyas y vestidos de la princesa, venían los enamorados, de la mano, dispuestos a ser felices para siempre.

AMORES CON DESAMORES

El peluquero porteño Rodrigo Gutiérrez se embriagó -en 1994- y se puso a gritar sus penas en la calle, fuera de sí, porque odiaba a la mujer que amaba.

Había sido trasladado de la peluquería "Elizabeth" porque le gustaba demasiado una de sus compañeras de labor. Ella lo rechazaba, pero él tomaba a broma esos rechazos y seguía insistiendo, lo que disminuía el trabajo de los dos. La dueña mandó a Gutiérrez a la peluquería "Nany", pero el remedio fue peor que la enfermedad: el enamorado iba en cada minuto libre a "Peinados Elizabeth". Cierta vez llevó una silla y se sentó ante la vitrina para mirar desde la calle a su querida. Otra vez ella, implorante, le pidió que por favor la dejara tranquila, que debía darle vergüenza pues no se estaba portando como hombre si no como perrito faldero. Por toda respuesta, él se puso en cuatro patas y le mordió un tobillo. Ella partió al baño y no salió hasta que le dijeron que su pretendiente se había ido. El mismo día, por la tarde, llegaron carabineros al "Salón Nany": "¿Es usted Rodrigo Gutiérrez?. Venga para afuera. Esta señorita lo denunció por acoso sexual". Gutiérrez no atinaba más que a reírse nervioso: "Pero cómo me hacís esto, si era una broma". Los carabineros, serios, le preguntaron: "¿Porqué anda molestando a la señorita?". "Es que me gusta". "Usted ¿no le ha dicho?". "Sí, sí le dije". "A ver, dígame". "Yo te quiero, tú sabís". "Yo no, así que ya me tenís enferma y te vai preso no más". "¡Pucha, y yo que te quiero tanto!". "Mire, Gutiérrez, por ahora no lo vamos a detener, pero a la próxima lo pasamos directo a la comisaría". Y

ahí quedó Gutiérrez, humillado y ofendido, dispuesto a desquitarse en la primera mujer que se encariñara con él.

Otra curiosa historia de amor sucedió en Victoria, en 1926, cuando ante el asombro del pueblo, el viejo hacendado don Benefactor Vallejos -que parecía amar a las vacas más que a la gente- solicitó la mano de una muchacha joven. Ella, sorprendida, dijo que bueno, sus padres dijeron que cómo no y se fueron de luna de miel a Europa... Inglaterra, Francia, España... Regresaron: Eran felices: ella amaba a su marido: su existencia opaca se había iluminado: se veía con buenos vestidos, dueña de una gran casa de corredores amplios y de una hacienda próspera con sembradíos y ganado. Todo gracias a él. A las dos semanas apareció en la casona una mujer con dos niños. Vallejos los trató con mimos que sólo se dan en la intimidad, y aclaró a su esposa: "Es una antigua compañera, madre de éstos, mis hijos. Trátala bien y atiéndela". Un mes después, llegó otra mujer con cuatro niños: "Estos niños son míos. Ella ha sido muy buena". Y poco después, otra: "Ah, esta chiquilla loca también vino. Me trajo los niños, como debe ser". Llegaron once "compañeras", todas con niños, que se instalaban en la casona. Entre las mujeres reinaba la concordia, porque todas se sentían legitimadas ahora que Vallejos, casándose, se había transformado en un caballero respetable. Sin embargo, para hacer ver las diferencias, él las hacía comer separadas de su esposa. El veterano pasaba poco en la casa y, cuando estaba, se dedicaba a pasear con algunas de las madres. Y su esposa, como señora de ese hogar, tenía que administrar la cocina, el lavado, el aseo, las tareas de los chicos y las demás labores. Se sentaba sola en la mesa, cosía, y sufría. Pero una noche de cabalgata nocturna, en que Vallejos iba a todo caballo,

su cabeza chocó con una rama de árbol. Murió allí mismo. Poco después, las mujeres supieron que la esposa no iba a permitir que las cosas siguieran y cada una llevándose un recuerdo- partieron con sus hijos para diversos puntos. La viuda se casó muy pronto con un primo del finado, pero años después la vieron con una escoba limpiando la tumba del hacendado que la había hecho relacionarse con la dulzura y la amargura.

“Relación significa *dos veces lazo*, así como retorcido significa *torcido dos veces*, y para que haya dos veces lazo debe haber transcurso de tiempo, quema de etapas, superación de problemas” -nos dijo en la alta noche de un bar- indignada una artista de televisión y teatro, mirando unas crónicas que salían en cierto diario. “¡Sara Vial escribe su *Serie Grandes Amores* y pone amoríos, pinches baratos, de poetas, al pasar! ¡Esos no son amores, son ataques! ¡Grandes amores! ¡Amor es lo que siente mi pareja por mí, que soy lesbiana y me ando metiendo con cualquiera y el arrepentimiento es horrible y se lo cuento y seguimos juntos porque nos amamos! ¡Fui al doctor, me metí con el doctor, con los amigos y hasta con parientes de mi... (rompió a llorar) marido que me ama y por eso (rompiendo el diario en un arrebato emotivo) no aguanto que se diga amores a los pinches guachos. Siento amor, soy infiel, y me he metido con tantos tipos casados que no tuvieron ni un escrúpulo que aseguro que la monogamia sexual es una mentira...” Al rato llegó el marido, a buscarla. Un hombre de profesión universitaria, cuyo trabajo implicaba viajar, quien la escuchó unos segundos, enrojeció, se puso blanco, se puso azul, verde, la abrazó, tembló, y ambos se pusieron a llorar mientras todos los parroquianos de

local (que hacía rato habían interrumpido sus conversaciones particulares) aplaudían... porque en ese abrazo se adivinaba un sufrimiento en carne viva y un amor sólido y en alto pese a todas sus bajezas: una relación fuerte que a nadie le gustaría tener. Un amor.

Y no un desamor, como el de Abraham Peláez, a quien algunos amigos debimos acompañar (tocando guitarra y cantando) en una pequeña serenata nocturna para conquistar a cierta dama en cuya casa había un balcón, porque según él los balcones no fueron hechos para mirar el paisaje sino para el cariño. Tenía un archivo de historias en que la amada miraba lánguidamente a ese pobre que pasaba por abajo. Un ejemplo era el esposo de la dirigente comunista Gladys Marín cuando ella estaba asilada en la embajada de Holanda, tras el golpe militar de 1973. Recibió una nota diciendo que a tal hora mirara distraídamente hacia abajo, a la calle. Y al minuto justo, haciéndose el indiferente, pasó él. Se miraron con el rabillo del ojo, para no delatarse, y aquella fue la última mirada. Años después con la foto de su desaparecido a modo de collar, -Gladys Marín endurecida- no podía evitar llorar sin lágrimas recordando esa última mirada.

En vano intentamos disuadir a Abraham, contándole historias de maceteros que caían sobre pelmazos, o suegros furiosos con escopetas de dos cañones. Insistió en entonar "El Ayayay". Y ayayay. Ella se asomó. Se casaron y fueron felices para un año dos meses... hasta que descubrieron el espejismo: ella había visto al trovador que había en él, y él a la eterna amada del balcón que había en ella... en un dos por ciento. Por construir una historia bonita de laúdes y poemas habían vivido un amorío, no un amor. Y luego

-convertidos en amigos celosos- teorizaban que tal vez las relaciones más memorables son aquellas menos memorables: las que -sin circunstancias patéticas o maravillosas- se descascaran en una vida cotidiana salpicada de cansancios, pequeñas alegrías, problemas, discusiones y más problemas hasta que la muerte los repara.

CUANDO MI GUITARRA LLORA

Manuela Lagos estaba haciendo un reemplazo en un juzgado, y disfrutaba escuchando las querellas. "Sí, oiga, yo le pegué a este huevón por fome y latero. Queríamos conversar con unos amigos y él no paraba de cantar por más que lo hice callar". "Mire, yo canto en una Quinta de Recreo porque soy artista del bolero, y en eso me gano la vida. Con decirle que he grabado discos para el sello Odeón". "Qué va a ser artista éste huevón que no deja ni comer tranquilo". "¡La gente siempre me hace repetir las canciones y por algo será! Este guanaco estaba borracho, con la mona furiosa, y me rompió hasta la guitarra. Déjeme que la saque de la funda. Mire". Al ver la guitarra rota, la señora Manuela -que estaba a punto de echarse a reír- estuvo a punto de echarse a llorar...

Hacía muchos muchos años, en el fundo El Peral (Los Angeles) un hombre había matado a otro con un hacha. Ocultó el cadáver y después ayudó él mismo en la búsqueda. Cuando los carabineros se iban, su propia señora anunció que había visto un hacha, entre los matorrales del fondo, llena de sangre. Era el hacha de José, y los carabinero -con la misma delicadeza que él había tenido con su vecino- le sacaron la verdad. Fue condenado a prisión perpetua y comenzó a fabricar guitarras en la cárcel.

Andando el tiempo, en el mismo El Peral, un hombre iba con sus pequeños hijos en el tractor. La pequeña Manola, de seis años, se cayó con tan mala suerte que el acoplado pasó a llevar su pelo, arrancándole de cuajo el cuero

cabelludo. Pero no murió. Su bisabuela, a punta de Avemarías y masajes con yerbas, se dedicó a curarla. Una tarde mágica para la niña, su padre apareció con un regalo maravilloso: la guitarra más linda del mundo. La había hecho especialmente -en la cárcel- el viejo vecino José, y en esa madera se notaba el cariño, la nostalgia, el arrepentimiento. Esa guitarra estaba viva.

Pasó el tiempo, pasó la niñez, vino la adolescencia, llegó la edad adulta y Manola se casó. Debió cambiarse a Santiago, donde sus suegros gustaban de escucharla cantando y cantando esas viejas tonadas sureñas: *"tú que puedes, vuélvete/ me dijo el río llorando/ los cerros que tanto quieres, me dijo/ allá te están esperando"*. Pero nunca se puede volver al día anterior: el nuevo afán era "tener casa propia", y al cumplirlo debieron llevarse lo indispensable porque hasta una caja de fósforos quedaba demasiado grande en esa casita pareada que parecía de muñecas pero era de subsidio. Durante una visita, supo en las miradas de su suegra que había pasado una tragedia: preguntó, y era peor que lo peor: su cuñado (queriendo lucirse en una fiesta) había llevado la guitarra, que se había quebrado. Manola lloró: su guitarra era más que su guitarra: era su padre, su infancia, su tierra natal, y era ella misma. Entonces (con pedazos sueltos de puente, de caja, de clavijas) viajó al sur (a una cárcel que era más fea y más sucia que sus peores pesadillas) y ubicó a un viejo desmemoriado que -tras intensos ruegos- aceptó reparar el instrumento: era el mismo José, el asesino, que estaba en sus últimos días.

Pero, antes de morir, arregló magistralmente las maderas rotas; y ahora (sentada en medio de sus estrecheces) Manola cantaba como antes: a escucharla -desde el fondo de la memoria- acudían su bisabuela, sus

hermanos, el viejo José... *"Tú que puedes, vuélvete/ me dijo el río llorando"*.

Sin embargo en esta historia pasó lo que en los cuentos no pasa: Un día intuyó que su marido "salía con otra mujer". Se fue, herida, y cuando él le pidió que regresara, le contestó que la vida había seguido su curso, como un río, y nadie es irremplazable. Vino la angustia de la separación, y el lío horrible de luchar por los hijos. Al final, cuando fue a buscar sus cosas, encontró que no encontró algo amado: en el furor, su guitarra había ido a morir a la basura.

Pasaron más años y más amarguras, hasta que la candorosa niña que un día cayó del tractor vino a ser una señora agria que reemplazaba a una amiga en el juzgado. Entonces -de sopetón y por gracia de Dios- un cantante de boleros al que una persona del público había dejado los ojos en tinta le puso otra vez en las manos sus alegrías de infancia. La había comprado a un viejo -explicó- que recogía basura de las casas, y la había mandado reparar, pero agregó que -si se interesaba- se la daba barata a condición de que hundiera en la cárcel al agresor.

Pero es justo y necesario que no todo sea llanto en esta vida. Manuela -encantada con el hallazgo- encontró la sabiduría para que los querellantes olvidaran su disputa. Y ella misma, con sus propias palabras de antaño (*"Déjame volver/ El agua de aquel pozo/ los duraznos/ a todo pasto el sol/ a toda vida el viento/ y nosotros en casa/ en casa/ sin ninguna intención de partir"*) volvió a ser la Manola que fue...

DEJAR EL TRAGO

Creen que están bebiendo vino cuando el vino se los está bebiendo a ellos. Para entonces es tarde. Intentan dejarlo a fuerza de voluntad. Fracasan. Se rinden. Intentan de nuevo. Dos días y fracasan. Entretanto lo van perdiendo todo. Y beben para buscar consuelo. Descubren que entre sus amistades hay sólo alcohólicos. ¿Hay remedio, cómo evitar ahogarse por completo en el río del trago, se puede?

En todo estamento el alcohol vuelve agua los planes de los pobres atrapados (es fama incluso que una recatada logia masónica debió suspender una sesión porque el Q.: H.: y V.: M.: ingirió tanto H₂O que quedó K.O.), aunque en esta página nos restringiremos a algunos artistas bohemios, que de algún modo contrario se parecen a los ángeles.

Juan Godoy, el de Angurrientos, escribió la novela *La Sangre del Murciélago*, donde narra la vida de los alcohólicos en un centro de rehabilitación. Aparte de voluntad, hace falta ayuda de los amigos, remedios especiales, más voluntad... o un golpe emocional.

Pato González el dibujante porteño- tenía tinto y tinta en las venas. En una plaza pública, 1987, sentados en un banco, estaban varios jóvenes artistas plásticos que lo admiraban y comentaban como proezas cada una de sus viñetas: González dibujaba en las revistas *Trauko*, *Catalejo*, *Matucana*, era amigo de los dibujantes de *Mampato*, de *Condorito*, y hacía proezas con el lápiz. Lo vieron llegar junto a una pileta, un tanto extrañados: era primera vez que lo veían de día: había

pasado a refrescarse a un bar y ahora esperaba a alguien. A su lado se paró un hombre vestido de rojo, serio.

-¿Tú eres Pato González?

-Sí.

-Tengo que decirte dos cosas. Yo sé que tienes una cita con tu novia, y como ella siempre llega atrasada, yo me adelanté porque quiero contarte que ella y yo...hace algún tiempo nos vemos regularmente, cariñosamente... y entonces...

El dibujante cambió de color. Y el hombre le pidió que se apartara de ella, que todavía lo quería, pero "un dibujante borracho no puede darle nada". Pato se opuso: "Yo la quiero". "Sí, pero tú eres un fracasado..." y vino la explicación: de esos dibujos y esas noches de alcohol no se puede obtener seguridad; a costa de botellas y botellas, y mirar las mesas por debajo, tú, Pato, ya fracasaste, eres un cero a la izquierda, un borracho que no puede dar nada porque se lo toma todo ¿oíste? Un cero...". En eso llegó ella, y se puso tan blanca: vio a sus dos novios. "¿Así que teníais a otro? Entonces, elije". "Pato, tú sabes lo que te he querido, pero tú eres ¿qué eres? un borracho, que no puede dar nada porque se lo toma todo, tú fracasaste a costa de botellas y botellas, y yo te he dicho todo lo que he sufrido cuando te veo tirado en el suelo, cuando trato de hablar contigo y hablas cosas de curado, y siempre estás curado ¿cómo te voy a elegir a ti?". Se fueron. Pato quedó temblando. Sus colegas dibujantes decidieron desaparecer de su vista sin saludarlo. Lo vieron irse lagrimeando. Concordaron en que era mejor mantener el episodio en secreto, y partió cada cual por su lado a contarlo a los cuatro vientos.

Patricio había ido donde otro dibujante (¿Vitró?) a ahogar sus penas. Golpeó la puerta y le abrieron con

desgano: "Oye, Pato, estoy con mis suegros y no puedo atenderte ahora porque quiero dar buena impresión". "Pero es que quiero contarte algo..." "No ahora; ven mañana temprano". "Es que quiero ahora...". "Pero estoy ocupado..." "Mira, es que me pasó una cosa. Escucha..." "¡Pato! ¡Date cuenta de que estás medio borracho y estoy con mis suegros tomando un vinito! ¿Crees que les va a gustar ver a un tipo que en veinte minutos va a estar tirado en el suelo? Tú cuando hablas, hablas como borracho, y eras un dibujante que todos admiraron, pero porque la botella te chupó te parece más a un fracasado por adentro que a un artista pobre..."

Salió a la calle y se puso a llorar. En un minuto recordó que había recorrido museos en Francia, borracho; había defraudado -por ebrio- a sus protectores Percy (de Pepe Antártico) y Themo Lobos (de Mampato) había cambiado dibujos por encargo que tenía -que entregar al día siguiente- por dos o tres botellas, para seguir, siempre seguir. Recordó a su madre, quien le había regalado los primeros lápices, buscándolo por los bares, preocupada porque él no llegaba en tres, cuatro días, a la casa. Recordó a su novia francesa (la mujer que tanto lo amó) quien le enviaba cartas y cartas cuya contestación siempre postergó hasta estar un poco más sobrio. O sea, nunca contestó. Ahí mismo, humillado, ofendido, furioso consigo mismo, decidió no beber más. Nunca más.

Ingresó a Alcohólicos Anónimos. Conoció decenas de casos peores que el suyo: mujeres que entregaban su cuerpo por una copa; hombres que robaban por un trago... y abominó del alcohol... para siempre. Con sólo una recaída -fuerte- demostró que se puede. Siguió dibujando hasta convertirse en un personaje insólito de la

noche: ante una taza de té, con una botellita de agua siempre lista en el bolsillo para llenar el vaso en esas reuniones chilenas donde no hay ningún líquido que tenga menos de 40 grados. Pero dibujó menos...

Otro habitante de la plástica, el viñamarino Freddy Zeballos, apostó el 20 de diciembre de 1994 que desde después de navidad no iba a beber a lo menos en un año. Sus amigos, que pensaban que dejar el trago o dejar la pintura eran para Freddy como dejar la vida, aceptaron la apuesta: si cumplía por seis meses le regalarían un juego completo de acrílicos. Si no cumplía... pero eso era imposible, y Freddy se negó a aceptar siquiera la posibilidad de perder su apuesta y no fijó penitencia. El 24 mismo se despidió del trago con una fiesta particular: fue donde su amigo Moncho -dueño del negocio más pobre del mundo: "compro oro"- a tomar combinados. Bajó luego a su local emblemático, el "Mariela"; algunas cervezas. Salió. "¡Freddy, qué sorpresa!", encontró a sus amigos franceses, con los cuales había pintado un gigantesco mural en Gómez Carreño, "acéptanos unos tequilas". "Cómo no". Después, vestido completamente de negro, con su pañuelo negro en la cabeza, tomó una micro hacia su casa. Sólo que estaba ebrio y se equivocó de bus. De pronto, al mirar por la ventanilla vio que afuera no estaba Viña. El chofer le explicó que iban saliendo de Peñablanca, y lo dejó bajarse ahí, en mitad de la calle. No había luces públicas en el camino oscuro. Intentó atravesar hasta el otro lado. En eso lo golpeó el primer vehículo, que lo lanzó lejos. El pintor había logrado pararse cuando lo golpeó el segundo vehículo, que lo lanzó en dirección opuesta. Un bulto negro quedó tirado sobre el asfalto negro en la noche sin luces. El tercer

vehículo, y el cuarto, le pasaron por arriba. Y escaparon. Cuando por fin alguien se detuvo y avisó a Carabineros, ya hacía mucho que Zeballos había ganado su apuesta... Nosotros hacemos constar el episodio con el remordimiento de ser injustos: no hay ninguna mentira, pero falta la verdad. Falta que Zeballos era un artista, que tenía urgencia de otredad (esto no lo entenderán sino quienes lo viven), que trabajaba horas y horas en su taller, que organizaba exposiciones para los demás, que vivía para su arte y que necesitaba el desorden de los sentidos. La bebida se veía más, pero era menos. Por eso da un poco de rabia lo siguiente: la ceremonia fúnebre se realizó en un templo de "Testigos de Jehová", grupo religioso al cual pertenecía su familia. Estaba repleto. Ante el ataúd, el predicador hizo el sermón fúnebre más fúnebre y más sermón que se haya escuchado. Empezó diciendo que, dado que los artistas llevan mala vida, es propio que tengan mala muerte, pero que esa mala muerte es sólo el principio... Después pareció insultar al cadáver reprochándole por cuánto se apartó de las normas. Dijo con todas sus letras que, pese a los sufrimientos de su madre, Freddy Zeballos estaba condenado para siempre. Y que lo merecía, que no lo iban a echar de menos cuando estuvieran los justos instalados en su reino, porque él había elegido juntarse con unos perdidos, con unos condenados. Los artistas presentes, algunos furiosos, otros sorprendidos, fueron saliendo del recinto. Y esperaron afuera, al sol, mientras dentro seguía la ceremonia en una sala semi vacía. Después, en el entierro, un vecino tomó la palabra para decir que quería testimoniar que el pintor fue amigable, servicial, y siempre cooperó con todos. Los artistas, todavía indignados, ni siquiera quisieron hablar. Alguien

puso sobre el ataúd su paleta de mezclar colores, y hasta verte Cristo mío.

“Quizás las familias muy religiosas sufran más al tener en su seno a una oveja que creen descarriada, pero “mi reino no es de este mundo” dijo un barbón rechazado por la sociedad ¿no?”, decía alguien en el “Quitapenas” luego de ese funeral, y anexaba el caso de Fernández Solar. Era un buen mal ejemplo.

La hermana monjita de Miguel Fernández Solar había muerto a los 19 años, y él anticipó en su “in memoriam”: “y cambió su blanca almohada/ por el jergón y el sayal/ (...) Nadie la conoce, nadie/ pero los siglos dirán..” El vate vaticina: su hermana desconocida era Teresita de Los Andes, la primera santa chilena. Al poeta ni se le habría ocurrido molestarla encomendándose a ella para dejar el trago, no porque no creyera en sus milagros sino porque ni por milagro quería dejar el trago. Igual, por intercesión de su familia, fue a dar a la casa de orates, a un tratamiento intensivo. El mismo decía: “Al comienzo era puro oro, me daban cognac todo el santo día, pero después un compadre pintor de brocha gorda me tenía que traer el tintolio en los tarros de pintura”. Al menos, la estancia se le hizo más grata cuando hizo una “conquista”: cierta dama elegante estaba en el patio, con aire confundido. El poeta se ofreció para indicarle la salida. Ella respondió: “No se moleste, señor, yo también soy loca”. Al preguntarle porqué estaba ahí, la dama sonrió: “Por curada. Desde que cambié un abrigo de piel fina por un chuico de vino Curaco, mi marido me internó”.

Su familia lo sacó al poco y se lo llevó lejos. “Qué tanto -decía- si el mismo Cristo recomendó el vinito, lo malo que no dijo de qué marca y uno se echa a perder la guata con tanto trago malo”.

Justamente. El vino malo llevó al hospital a Antonio Rocco del Campo, años después. No quería que lo matara el alcohol y se fue a la vida sana de Talca: allá lo atropelló un auto y murió. Pero antes había hecho un tratamiento. Andrés Sabella contaba que la cirrosis lo había hinchado y en el hospital lo raparon y le prohibieron estrictamente la bebida. "Pidió una boina para recibir a los amigos (...) y se las ingenió para que los remedios se los dieran en farsa inocente (...) las monjas accedieron a llevárselos en una bandejita y en copas licoreras, para que sufriera menos: -le traemos un aperitivo, don Antonio- le proponían, y Rocco bebía ceremoniosamente".

Todavía después, otro poeta, Jorge Teillier, decidió que el vino lo hacía inspirar pero también podía hacerlo expirar. La voluntad sola le falló. Fue al médico, y un tratamiento también falló. Se hizo entonces poner un ship, un artefacto subcutáneo que se instala bajo la piel y causa terribles dolores físicos si el alcohólico bebe. Bajo apremio, la persona aprende a evitar un placer para evitar un dolor. "¿Qué se va a servir usted, señor?", preguntó quien atendía "La Unión Chica". "¿Ponche preparado, vinito?" "Tráigame una taza de té", ordenó Teillier con voz firme. "¿Le escuché mal, don Jorge?" "No, tráigame tecito no más".

A la hora, sus compañeros de mesa estaban "entonados" y habían repetido tres veces; el té seguía en la mesa, frío y olvidado. "Permiso, voy al baño", dijo el poeta. Volvió al rato para conmocionar a sus amigos: su camisa blanca estaba roja de sangre, y él con manos teñidas- mostró el ship: "Me tuve que sacar esta cuestión con una hoja de afeitar. Me costó encontrarlo, al desgraciado, pero ahora puedo conversar con ustedes.

No hay cosa más aburrida que estar tomando té cuando la conversación de los demás se va emborrachando. ¿Me sirven un vinito?". El dueño del local, espantado, le ordenó ponerse el vestón y los cambió de mesa. "Si no van a creer que acá andan acuchillando gente".

Con respecto a esa anécdota, quienes la hemos reproducido nos lavamos las manos: fue contada varias veces por otro poeta: Enrique Moro, que en su bar "Emilio Dubois" soñaba con ponerse "un ship mental" porque su esposa había calculado que si seguía así en dos meses se iba a tomar el local completo. Y Moro -que no era alcohólico pero tenía muchos amigos- intentaba la fuerza de voluntad, desanimándose con anécdotas ejemplares de héroes que siempre eran derrotados por el monstruo trago.

En fin: el único sistema cien por ciento seguro para inducir a la gente a que abandone la bebida fue ideado por Juan Emar. Consiste en poner en medio de la plaza una especie de vitrina con los siguientes objetos, cuyo significado simbólico no escapará a nadie: una botella de cerveza, otra de vino, otra de ron, en fila hasta llegar a una de alcohol puro. Sobre ello, una araña peluda, y al principio- una rosa. Al contemplar tal instalación, la gente pensará: "Mmmm". Se comienza sintiendo la dulzura de una flor, con una cerveza al pasar, y después el vicio aumenta hasta que uno bebe alcohol puro, y la flor se transforma en una araña peluda que me devora, y ya será demasiado tarde. ¡Ahora se me han abierto los ojos! ¡Nunca volveré a beber!". Y así, poco a poco, la humanidad se verá libre del vicio del alcohol.

TEATREROS DE AFUERA

Hacia 1820 el gobierno no sabía qué hacer con los prisioneros españoles. El empresario Domingo Arteaga explicó que él se haría cargo de algunos, los alimentaría y les daría hospedaje: a cambio los haría actuar: "Serán artistas de teatro".

Y muy pronto las funciones se realizaban con este elenco. Pero los españoles actuaban mal: se olvidaban de sus diálogos y se producían silencios eternos. No eran capaces de poner caras acordes con la emoción. Uno, que había sido artillero en la batalla de Maipo, se sobreactuaba tanto en las caras de pena que el público se reía y las tragedias se echaban a perder. Además actuaban de mala gana, pues -dado que no había trajes especiales- las obras cuya acción sucedía en el renacimiento o en la edad media se representaban con frac, levita o abrigos, y los malos siempre aparecían con uniforme español.

Todo estaba en ciernes: poco antes de la función, la orquesta comenzaba a tocar. El director era Manuel Robles -autor de la canción nacional- que tocaba el violín. Para marcar el compás, golpeaba los pies en el suelo... y entonces se levantaba el tierral. Robles, fastidiado después de mucho pedir que pusieran piso de madera, explicó que si no instalaban al menos una tarima iba a dirigir sólo música lenta y suave para no arruinarse más los zapatos. O tendría que renunciar. Otro que se quejaba de los pocos recursos era el coreógrafo y director, pero no podía renunciar: era el coronel Pedro Torres, prisionero de guerra.

El empresario Arteaga, preocupado por que las recaudaciones bajaban mucho, decidió traer del extranjero a un actor prestigioso que cobrara barato. Así llegó Morante.

Era uruguayo, cobraba sesenta pesos mensuales y traía su propio vestuario. Cuando representó "El Abate de L'épeé" fue un éxito sin precedentes. Luis Ambrosio Morante no sólo parecía un abate, sino que todavía mejor: vestía de abate. En una escena, en que L'épeé cuenta cómo recogió a un niño, lo crió en medio de penurias y quiere averiguar quién es, el público guardó un silencio conmovido. Se acabó la escena y la gente seguía en silencio.

Todos estaban emocionados. Pero el impulso de aplaudir se había frenado. En la platea, inconfundible, estaba sentado el popular "doctor Carabanás", funcionario judicial, que era considerado la opinión más autorizada del universo en materias dramáticas. Se veía pensativo. De pronto exclamó: "¡Ni en los infiernos lo harían mejor!". Y recién entonces vino la tremenda ovación, los aplausos fanáticos y los gritos de admiración. Nunca se había visto ese triunfo.

Y nunca se habían visto esos trajes: durante una representación el actor apareció caracterizado como duque del Renacimiento, y el público se rió a carcajadas porque creyó que estaba payaseando. Pronto corrió el rumor de que así se vestían los duques, y la obra pudo continuar.

Luis Ambrosio Morante se quedó treintaseis meses, y luego partió a Buenos Aires, para retornar a los pocos años. Actuó otra vez con éxito, pero la enfermedad ya lo había capturado: se decía que adentro del pecho se le escuchaban palomas. Y era un mal respiratorio: no pudo seguir actuando, y murió en la pobreza: jamás había podido ahorrar.

Cuando Morante era menos que polvo, llegó otra actriz extranjera -francesa- que marcó historia con una breve visita. Era 1886: se llamaba Sarah Bernhardt. Gozaba fama mundial en la época en que las divas se comportaban como diosas malcriadas y desagradecidas. Venía en un vapor en cuyo palo mayor había sido puesta una gran bandera que decía "Sarah Bernhardt". Arribó a Lota el 4 de Octubre; al día siguiente un ingeniero telegrafió a Santiago: "Sarah vuelve de las minas, ferrocarril empavezado, música, hurras de los mineros, otro paseo, después gran comida, manifestación espléndida, Sarah encantada". Se repitió en Talcahuano, se repitió en Valparaíso, y en Santiago. Se hicieron gestiones para que inaugurara en el mejor teatro: el Municipal, pero éste se encontraba arrendado por la compañía francesa de ópera, que no lo cedió: al contrario, se preparó a competir. En el teatro Santiago, repleto, Sarah representó "Fedora". Y luego La Dama de las Camelias, Fedra, Hernani... y luego más, y más, y más. Y a la ópera francesa terminó por no ir ni una -ni una- persona. Antes de quebrar, los operísticos se declararon en receso y sub-arrendaron el teatro: así, pudo presentarse la compañía de la Bernardht en el Municipal.

Los críticos -Lastarria, Amunategui, Barros Arana- escribieron tantos elogios que hoy uno se ríe a carcajadas: eso no es crítica, es paganismo. "No es posible compararla con nada ni con nadie, la naturaleza parece haberla dotado de facultades especiales (...)" "Su molde no se ha roto aún, ni se romperá mientras el talento sea tributo de espíritus privilegiados, como el de Sarah" "Sara Bernhardt ciega a quien la ve por vez primera". El único que no se dejó impresionar fue don Rafael Egaña, que escribió varios artículos: "Hay en su talento un no se qué de crujidos de seda, de perfumes enervantes (...) que

la aleja de las cimas del genio-númen" "estoy seguro que los observadores inteligentes están hoy penetrados de lo que falta a la Bernhardt. Después de ver a la celebrada artista, queda vigorosamente grabada en la cabeza la silueta de una mujer mundana, neurótica, apasionada, que vive una vida de perpetua agitación, consagrada a quebrar nerviosamente las cadenas que la atan al deber (...) pero no queda en la inteligencia la gran silueta pura y austera del arte". Fue odiado. La actriz puso el grito en el cielo, y optó por fingirse indiferente, muy superior a esas pequeñeces. Pero siguió con su fea conducta: En el teatro Victoria (Valpso.) después de una función, la colonia francesa a través de un representante le llevó un obsequio. Ella -con un gesto de desdén- lo rechazó por poca cosa. Después, en el Hotel Colón, una dama de la aristocracia le pidió que le firmara su libro de autógrafos. Ella puso cara de fastidio, negándose con la cabeza mientras hojeaba el libro con indiferencia... que tuvo que abandonar cuando comprobó que estaban las firmas de las principales figuras del arte mundial. La chilena le dijo con sorna: "He viajado un poco". Y la Bernhardt firmó en la misma página de Víctor Hugo.

Partió a Coquimbo, a Iquique. Y protagonizó numerosos incidentes. Se empeñó en "andar en burro" en Guayacán, y se llevó una grande sorpresa cuando el burro exhibió sus longuras de macho ante la risa de los circundantes y el horror de la actriz. En Cavanha intentó mariscar, saltando entre las rocas con traje de baño. Dicen -esto no se comprobó- que se dió un resbalón, se balanceó por un momento y después cayó entre las rocas, golpeándose levemente. Sus compañeros -en vez de saltar aterrados a tomarla- se largaron a reír. Esto la hizo estallar en una rabieta que,

por lo injusta, provocó más risas, que a su vez provocaron malas palabras y gritos furiosos de la actriz.

En las salas, su éxito siguió siendo apoteósico y sus bolsillos se hincharon demasiado: los precios eran carísimos. Cuando se fue definitivamente, el público había quedado por un buen tiempo harto de teatro.

Y bien harto quedó cuando la actriz, en Estados Unidos, declaró que detestaba a Chile: "aunque tengo ocho primos allí, pero son franceses". "Pasamos por el Estrecho de Magallanes y fuimos a Chile, pero allí son unos brutos, tan fríos, tan faltos de inteligencia, tan antipáticos... son atroces: en otros lugares de la costa oriental son muy poco mejores que ellos". Etc.

Sus comentarios cayeron como debían caer y los críticos ahora no hallaban palabras para repudiarla: "Fue Chile tal vez la única parte donde llevó una vida tranquila y sin escándalos, sin que tuviera ocasión de manifestar sus extravagancias ridículas" "Seremos muy brutos los chilenos, pero al menos sabemos tener alguna dignidad y distinguimos también el mérito de la artista y el mérito de la mujer. No se trata lo mismo a una señora como la Ristori y a un costal de vicios y de huesos como la Bernhardt". Se publicó entonces en los diarios una noticia vieja que antes no se había querido acoger: Al llegar el barco a Río de Janeiro, la Sarah había notado que una de las actrices secundarias era demasiado bella. Entonces, furiosa, exigió que la despidieran. Y lo logró: continuó el viaje sin la muchacha.

El único que permaneció impasible -escribiendo que era ilógico que quienes la habían mirado en más y ahora la miraran en menos- era Rafael Egaña, que de antipático había pasado a ser regalón. Y llamaba la atención sobre el resto de las opiniones de Sarita: siempre

despectivas, siempre dando la impresión de querer más y más para ella, siempre haciendo sufrir a los que la rodeaban. Así eran las divas. Así era la Bernhardt. Así era la época.

Trotaron los años, y llegó muy joven el español Pepe Vila. No fue éxito de un momento: se impuso por que se hizo costumbre: años y años y años lo configuraron como un hombre-templo. En 1923, ante un teatro repleto en varias funciones, se despidió definitivamente de las tablas. El asunto fue serio: enorme cantidad de ancianos fueron a despedirlo rodeados de su familia. Cuando aparecía Pepe Vila el público se ponía de pie, aplaudiendo en forma ensordecedora. Entonces el actor se ponía la mano en el corazón y hacía un reverencia. Eso causaba alaridos. Todos se emocionaban: Vila no podía contenerse y lloraba; entonces el público también se largaba a llorar, y los demás actores -en el escenario- se deshacían en lágrimas. Daniel de la Vega se burló cruelmente: afirmó que el empresario buscó ayuda policial porque el teatro podía derrumbarse; y encontró que los policías estaban sollozando debajo de una escala. Estas escenas espontáneas y conmovedoras se repetían en todas las funciones.

Pasaban a lo más un par de años. Y Pepe Vila anunciaba cuatro actuaciones porque abandonaba el teatro para siempre. Obtenía lleno absoluto, aclamaciones, generaciones familiares que se sentían en comunión cuando el actor se ponía la mano en el pecho y lloraba mientras el telón caía por última vez en su vida. Un año después, Pepe Vila anunciaba que se retiraba para siempre, y para despedirse actuaría en cuatro funciones. Las últimas. Lleno total.

Hasta que tiempo después, muy apenado, declaraba que estaba viejo y enfermo y -con suma pena-

iba a tener que dejar el teatro. Para siempre. Haría para despedirse sólo tres funciones. Las últimas.

Armando Hinojosa escribió que sus despedidas eran una de las tradiciones más firmes que quedaban en Chile, y nadie tenía derecho a suprimirlas o a burlarse. Y nadie lo hacía: el público asistía emocionado, recordando que en anteriores ocasiones habían venido con los abuelos, con los tíos, que hace tiempo habían muerto, pero que -de algún modo- revivían en el pecho cada vez que Pepe Vila se ponía la mano en el corazón y lloraba.

Una mañana amaneció nublado en todo el país, y un ánimo sombrío se apoderó de la gente... Había sucedido lo que algún día tenía que pasar: la dolorosa información fue anunciada por los diarios y la radio: hubo real pena, pero no sorpresa. Desde hacía tiempo se sabía que don Pepe estaba enfermo, y muy anciano... De un momento a otro tenía que llegar este momento amargo. Y había llegado. Pepe Vila se retiraba para siempre del teatro. Había anunciado que para ésto daría cuatro funciones a un precio módico...

DEFINICIONES

En Viña del Mar, Luciano Morales, empleado en la casa de doña Josefa Alcántara (la "beatita azul") le pidió cierta vez una crecida suma para rectificar un problema: quería cambiarse sexo. La beata azul casi se murió. Ella rezaba el rosario todos los días, iba a tres misas semanales ¿podía permitir eso? Por otro lado, su empleado era buena persona, trabajador... Con tristeza, ella explicó: "Mira, Chanito: yo sabía que tú eras raro, pero lo que quieres hacer me parece que es contrario a la religión, y mejor te voy a echar hoy día mismo". Luciano, aterrorizado, se arrodilló y contestó: "Pero señora Josefa, cómo va a ser contrario a la religión. Si lo que yo quiero... ¡¡es ser monjita!!".

La convenció. Ella prestó el dinero y el hombre dejó de serlo. Para su sorpresa, siguió al revés: ahora le gustaban las mujeres. Quedó lesbiana. "¡Igual soy del otro equipo!", lloraba. Pero era efecto secundario: se trató con una psicóloga especializada y terminó por aceptarse: al poco era feliz con su pareja, y ambos mantenían una lealtad ciega hacia la anciana, a quien cuidaban como si fuera una pelota.

Hace ya mucho, los vecinos de Cerro Toro -en la panadería- encontrábamos a un muchacho taciturno, que era molestado sin piedad por los mayores, que se reían de él por "amanerado". Nosotros, los niños, nos enrabiábamos al ver cómo le gritaban cochinas. Se rumoreaba que su padre era funcionario de las fuerzas armadas, hombre fortachón y malas pulgas. Y que su madre sufría como ella sola, y una buena porción de

cosas más. Una vez, riéndose, un grandote exclamó mientras lo tocaba: "Miren, un cola haciendo cola, ahora le agarro la cola y tengo full de colas". El muchacho sufría, y se le notaba. Pasaron los años. Cierta vez, paseando por los lugares donde transcurrió mi infancia, encontré un circo pobre. Para pasar el rato, entré a la primera función. Para mi gran sorpresa, todo el público era vagamente conocido: vecinos de antaño, rostros olvidados que yo no sabía reconocer pero que reconocía: todos con paquetes de regalo y más groseros que nunca. De pronto empezó a sonar un mambo, y el presentador dijo: "Sin más trámite, lo que ustedes estaaan esperando: Yajaaaairaaaa Martiiiiineeeez". Vino la lluvia de paquetes de regalo y salió un hombre con bikini, bailando el mambo que rico el mambo: era el mismo. Se veía muy cambiado y muy igual. Abrió los regalos, que contenían en su mayoría una zanahoria con dos papas pequeñas a los lados, unidas no sé cómo, o una coronta de choclo. Mordía las zanahorias y abría otro paquete mientras bailaba y bailaba el mambo, que rico es, es, es. Al cabo, entre aplausos y gritos, expresó: "Estoy muy contenta de volver como triunfadora a estos cerros que me vieron nacer". Y entonó una canción melódica, muy triste y dolida: "mi amor entero es de mi novia popotito", mientras el público hacía el coro: "préstame el potito/ préstame el potito".

Antes de terminar la función, salí del circo Timoteo riéndome de pena... se veía que ese circo pobre se estaba acabando. Al año siguiente, en Panguipulli, vi otro circo: más grande, con varios carros, vistosos carteles y éxito total de público. Era el mismo Timoteo, que había eliminado el relleno (los magos, payasos y equilibristas) para transformarse en un show de travestis. Los carteles anunciaban a La Loca de La Cartera, Yajaira Martinez y otras estrellas.

Lo conté a una psicóloga, quien no sólo no se asombró, sino que puso un video que recién había comprado: el show del circo Timoteo. Allí, al son del mambo, podía verse otra vez de nuevo la edición de un espectáculo que tiene éxito desde antes de Cristo. Antes, eran esclavos bailando los siete velos. Ahora, un hombre con bikini que baila mambo, que rico es, es, es.

Estudiosa de estos asuntos, ella afirma que la decisión de definirse le permitirá vivir sin el gran conflicto y la gran privación, que equivale a ir muriendo con una tortura interior. Hay casos en que la represión ocasiona el suicidio, que es una forma de acabar con ese suplicio, especialmente en sub sociedades cerradas dice ella- como a veces en el Ejército, o en equipos de fútbol. Lo mejor es decidirse a dar el paso sin engañar a nadie... y pagar el precio, que por uno u otro lado es alto.

Esta misma psicóloga había llamado hace muchos años a su marido para decirle: "Escúchame, gatito mío, quiero hacerte una confesión". "¿Qué?". "Durante mucho tiempo no estuve seguro de amarte". "¿Qué?". "A decir verdad, ni siquiera estuve seguro de que me gustasen por completo los hombres". "¿Qué?". "Pero ahora, gracias a ti, ya lo sé: no me gustan". "¿Qué?". "Es que me atraen las puras mujeres". "¿Qué?". "Y me voy a vivir - perdóname gatito... gatito mío- con una que estoy viendo desde hace varios meses en secreto". "¿Qué?". "Es tu prima Meche". "¿Qué?". "No te aflijas, gatito, la vida tú sabes cómo es".

ESCENAS DE ALEGRÍA A LA FUERZA

La bohemia triste, la noche después de los funerales, la despedida del que sabe que se muere en dos meses, la del viudo reciente, la alegría a la fuerza.

En un bar de 1920, un médico rodeado de amigos amargados, lloraba por su mujer, concluyendo resignado: "El Señor me la dio, el Señor me la quitó". Desde la otra mesa, el poeta Besanilla le preguntó: "¿y cómo se llamaba el señor?".

Impertinencia de curado. El médico se paró furioso, y le dijo: "Vea, es tan bueno lo que me dijo, que por ahora no lo voy a matar", y se sentó a seguir su pena amarga fingiendo risas ante la ocurrencia del poeta que, algo asustado, fingía amargor y conmiseración.

Algo similar ocurrió a principios del siglo XX, cuando el pintor Perezza otro de los amigos de Pezoa Véliz- declaró estar feliz por la muerte de su señora: "Yo la quería pero ahora no me va colocar más el gorro".

En los anales más tristes de la alegría a la fuerza deben estar las fiestas que daba un bandido de hacia 1860: El Ralo operaba entre el Maule y el Bio Bio. Se enorgullecía de haber matado a 87 personas, sin incluir indios ni futres de ciudad.

Se creía un bandido generoso: celebraba cada uno de sus éxitos con grandes comidas, y a veces -cuando asaltaba una casa- invitaba a los asaltados a participar.

En un asalto, una madre que tenía un bebé en brazos sacó una pistola y le disparó volándole el sombrero. El Ralo, como castigo, tomó a la criatura de

meses y se la tiró a los chanchos. Dejó a la madre amarrada en el chiquero, para que viera cómo comían. Otra vez asaltó una casa de hacienda. Había mujeres y niños. El Ralo, uno por medio, los fue degollando y haciendo chistes para lucirse delante de sus hombres: "Mira el cuchillito de hueso, corta pescuezo". Después, en la fiesta, trató de besar a una adolescente que lloraba, y ella lo escupió. El blandió el cuchillo y cuando la muchacha se tapó el cuello con las manos, creyendo que iba a ser degollada, el Ralo se lo clavó en la vagina. Y se rió: "Que siga la fiesta, acá no ha pasado nada".

En su propia casa, en una celebración con muchas visitas, su propio padre lo increpó por la "hazaña" de tirarle un niño a los chanchos, y el Ralo se enfureció al verse enrostrado. Tomó a su padre por los hombros, lo arrastró al patio, donde había un espino torcido y le mandó que lo enderezara. El anciano le indicó que eso no se podía hacer. Y el Ralo contestó "Y ¿cómo quiere enderecharme a mí, si no lo hizo cuando era chico?". "De a de veras, si no pude derecharte tenía de que matarte". Sin más hablar, ofendido, el Ralo lo tomó y lo degolló al pie del espino.

A su propio padre: qué quedaba para los demás: los asesinatos siguieron incontables: el ejército y los hacendados organizaron partidas para matarlo. Y -tras varias escaramuzas en que las partidas se dispararon entre ellas, o mataron a campesinos inocentes- lograron ubicarlo en los cerros al oeste del Río Loncomilla. Hubo una carrera frenética por los faldeos, en que los caballos fueron reventándose o cayeron balaceados. La banda del Ralo se dispersó para confundir a los perseguidores, pero estos no se engañaron ni por un momento: en el caballo tordillo iba la conocida, y obesa, figura del asesino.

Cuando ya no pudo seguir, se dio vuelta y enfrentó a la partida. No tenía más balas. Se envolvió el poncho en el brazo y levantando el machete se lanzó a la carrera contra su más cercano perseguidor, Pedro Montesinos.

Y ahí sí que hubo fiesta: vino, chicha, charqui y de todo: el temor había pasado: la gente contaría que Montesinos también sacó el machete y corrió contra el bandido, cortándole el cuello. Y que después le disparó. Más probable es lo contrario: le disparó a quemarropa, después le cortó el cuello. Pero aquello era de importancia nula: la plaga había pasado... ya nadie temería el ser invitado a las horribles fiestas de El Ralo.

EL ZANDUNGUERO QUE ORGANIZÓ LA PATRIA

La oscuridad en las noches, en los años que rodearon a 1830, era temible y bella. En distintos sitios de Santiago, mirar el esplendor del cielo era una de las diversiones favoritas, y los niños competían en "contar meteoritos". De pronto, un volador explotaba en el aire, llenándolo todo de colores. Las damas, en las ventanas de sus casas, abrían los ojos y arriscaban la nariz: sabían que era la señal para que los licenciosos se juntaran en sus fiestas. Y efectivamente, por allá y acá pasaban las cantoras con el arpa, algunos varones con libros bajo el brazo, unos caballos conducidos por anónimos jinetes, una carreta, tal vez con chicha... Todos habían sido convocados a la casa de ese amigo, que una vez a la semana- interrumpía sus labores de estadista, salía a la calle y encendía esa invitación que se elevaba en colores: vengan a divertirse a mi casa, estoy libre por lo que queda de noche.

Diego José Pedro Víctor, uno de los 23 hermanos Portales, se había transformado, de un niño que contaba chistes y tocaba guitarra, en un personaje vital para Chile. Aún en esos meses en que trabajaba de sol a sol, con la energía de cuatro hombres, mientras los secretarios caían rendidos, dejaba una noche para su tradicional fiesta, porque le gustaba pararse junto a la cantora de las cuecas, a tamborear en la caja del arpa. Y como bailarín, su entusiasmo no tenía rival. Sus cuentos picantes, y sus garabatos, despertaban todo tipo de rumores y enconos. Nunca esas reuniones terminaron en excesos

orgiásticos, pero sus rivales inventaban una leyenda negra de jolgorio y vulgaridad.

Diego Portales conocía los rumores, pero no parecían importarle porque sabía también que le correspondía un rol pesado y terrible: en Chile cada hacendado, cada terrateniente, cada cacique, cada miembro de familia poderosa, se creía con derecho hacer lo que le viniera en gana. Y Portales debía imponer el poder central. Lo haría, y le costaría la vida, a costa de interminable trabajo y un descanso: sus veladas guitarreras.

Desde muchacho sus maestros se habían sorprendido de dos características del futuro ministro: su vivacidad intelectual -que hacía presagiar a un gran sabio- y su propensión a tirarlo todo a la broma. Pero llegaron los años previos a la independencia: su padre fue confinado a la isla Juan Fernández, su madre fue encerrada en un convento. Y Diego Portales parecía ajeno a todo esto, porque algo lo había capturado: el amor. Toda, toda su existencia parecía confluir en su prima, con quien se casó, doña Josefa. Demasiado pronto, en 1821, ella murió, y a su manera, el hombre también. A la vista del cadáver, estalló en llanto, sin cuidarse de apariencias. Es la crisis de su vida. Pero esa muerte nos sirvió a todos pues Portales encausó su vida hacia otras direcciones.

En un primer momento tuvo crisis mística. Escribe en una carta: "La ausencia eterna de Chepita (...) tengo el alma destrozada (...) no me queda otro camino que entregarme a las prácticas devotas. Viviré siempre en el celibato, crea usted que las mujeres no existen para mi desdichado corazón...". Durante esos meses se confesaba casi a diario, averiguó cómo entrar a un monasterio y se entregó al sufrimiento. De a poco iría demostrando su

capacidad de servicio, e ingresaría al mundo político sin buscarlo, sin saber cómo, simplemente sugiriendo ideas y estudiando, estudiando mucho. Algunas aventuras comerciales, fracasadas sin remedio pese a haberse iniciado con buenos augurios, lo hicieron meditar en el porqué de esos fracasos. E, incapaz de pensar en chico, buscaba y encontraba los vacíos de la legislación, en los tratados de comercio internacional, en los estatutos administrativos.

La muerte de Josefa lo cambió de destino. Sin embargo, al parecer nunca dejó de ser ella el móvil de su acción. Tuvo otra mujer, Constanza, tuvo hijos, pero no se casó. No quería. Cierta vez que Constanza estaba gravemente enferma escribió a su amigo Manuel Cea que le hiciera el favor de representarlo -ya que él no podía estar presente- en un casamiento por poderes. Consentía en ello, a fin de legitimar los hijos. No obstante, si ella sobrevivía (y sobrevivió) se encontraría casado contra su voluntad. Agrega la carta "Yo no tendría consuelo en la vida y me desesperaría si me viera casado". Así que... "me avanzo a aconsejarle que (..) se case, a mi nombre, después de muerta la consorte. Creo que no faltaría a su honradez asintiendo en un engaño que a nadie perjudica".

Su naturaleza sensual, y su necesidad eterna de acción, lo hicieron dejarse para él esa noche de jolgorio, tan odiosa a la mentalidad de tanta gente. Un ministro de estado tocando la guitarra, riéndose, tamboreando en el arpa, cantando canciones de doble sentido y -más encima- contando esos chistes llenos de garabatos que al día siguiente corrían por la ciudad.

Recién después de su asesinato la aristocracia entendió que aparte de sus bromas y chanzas había sido un gigante de la organización de Chile. A eso lo subordinó

todo: no ganó dinero, no enquistó en puestos de responsabilidad a sus amigos y familiares, no viajó a costa del erario ni ambicionó honores personales.

Hoy su nombre está bien grabado en la historia, su corazón yace en una catedral y su figura adorna estampillas y libros. Ese retrato no es exacto: el pintor tuvo que trabajar mirando el cadáver del ministro y escuchando los testimonios de sus amigos sobre la expresión de sus ojos o el semblante de serenidad. Porque Portales, al contrario de quienes lo criticaron tanto, nunca se había hecho retratar.

VIEJAS PELÍCULAS

Un pionero del cine en Chile, Jorge Délano, contaba que su primera película (de 1915) terminó hecha peinetas, porque al tiempo le vendieron los rollos de celuloide a una fábrica de artículos de aseo. Joaquín Edwards Bello le comentó: "Usted realmente ha logrado que su película esté en las cabezas de la gente, lo felicito". Después Jorge Délano filmó "La Chica del Crillón" (basado en la novela de Edwards Bello) y el escritor le quitó el saludo porque creyó que era una venganza.

Eran tiempos ingratos para quienes pretendían hacer cine porque muchos ni siquiera sabían qué era eso. Y otros decían que, si no había recursos, para qué filmar fracasos.

El mismo Délano, Coke, dirigió una película cuya acción transcurría en La India. Estaba filmando escenas en el cerro San Cristóbal, que fue lo más parecido a un paisaje hindú que encontró en Santiago, cuando le dijeron que había llegado un circo que tenía un elefante. Desde luego partieron todos a aprovechar esa ganga. Un actor, para no cambiarse ropa, decidió irse caminando vestido de Maharajá. Y se encontró con una ceremonia pública a la que asistían embajadores de varios países. Cuando el actor pasó, la banda empezó a tocar un himno extraño y varios encargados de protocolo se inclinaron saludándolo y sonriéndole... lamentablemente, el hombre debió seguir de largo ante la sorpresa de los diplomáticos y las risas del público.

Las primeras películas habían llegado al país traídas por empresarios que las hacían recorrer ciudades, proyectadas con distintos aparatos. El llamado Biógrafo

Lumiere se instaló por algunas semanas en 1901, en un salón de patinar. En 1902 otro empresario abrió otro Biógrafo Lumiere -esta vez en el Teatro Nacional- que conoció un éxito total con la exhibición de "escenas sangrientas nunca antes vistas": una operación quirúrgica efectuada por "el célebre doctor Doyen". Pero el ambiente era transitorio y cambiante, y mientras los empresarios arrendaban salas para pasar sus películas nuestro país iba rechazando o aprobando la novedad. Algunos afortunados, mientras, conseguían en el extranjero rudimentarias cámaras y filmaban pequeñas escenas: vecinos sacando la basura, un burro acarreado agua... Todo se perdería, aunque unas tomas sueltas de un ejercicio de bomberos, en plaza Sotomayor, del Valparaíso de 1902, serían encontradas décadas después sin que nadie supiera quién las había tomado. No faltaron quienes creyeron que eso era el inicio de la cinematografía en Chile. "Eso es de Tontilandia -sentenciaría Nelson Cabrera, que por rodar películas casi echó a rodar su prosperidad- el cine empieza cuando empieza el cine, no cuando alguien trae una cámara y saca tomas de por acá y por allá. Piensen en El Husar de La Muerte, una película de verdad. Tardía, eso sí, porque no hay que ocultar que incluso la exhibición de películas era cosa muy rara en Chile a principios del siglo XX y la gente iba además por ver la electricidad o por encontrarse con los vecinos. Hay que acordarse que el fútbol estaba recién nacido en este país sin radio".

Quizá Cabrera tenía razón. En 1908 -por ejemplo- llegó a la ciudad de Quilpué un biógrafo que se instaló en una barraca, y funcionaba dando una sola cinta: la niña estaba a punto de ser arrollada por el tren y el jovencito la salvaba. En eso se echaba a perder la proyectora, y el empresario -subido en una silla- explicaba

que "la ciencia tenía aún defectos y rogaba al público que volviera la próxima semana a ver el final". En Quilpué no había luz, y la gente acudía para ver además el funcionamiento de la proyectora con un dínamo y otra gran novedad: las ampolletas. La cosa se repitió por algún tiempo hasta que el empresario compró un motor nuevo y la gente descubrió que había estado viendo menos de la mitad de la historia. Se sintieron defraudados, porque el final era aburrido, la película era muy larga y daban ganas de dormir. Se fueron para no volver y el Biógrafo debió irse. A esas funciones asistieron Demetrio Guadalupe y Daniel de la Vega, se sentaron al lado, y años después lo contaron cambiando casi todas las circunstancias.

El mismo de la Vega recuerda haber visto en un local de la calle Huérfanos, de Santiago, al famosísimo "Biógrafo Kinora". Era 1905. En una sábana se proyectaban -ante un auditorio sentado en bancas de madera, sillones, sillas de mimbre y otros asientos dispersos- dos películas muy breves. Estaban tan viejas que el público creía que se desarrollaban bajo la lluvia: eran una bendición pública del Papa León XIII y los magníficos desfiles funerales de la Reina Victoria.

Muchos años después -cuando el mundo se precipitaba a su Segunda Guerra Mundial- un cable de los diarios publicó que en un hotel de Holanda abrieron una maleta retenida a un viajero de principios de siglo y encontraron unas películas consideradas de los inicios del cine: una era una escena del Papa, la otra un gran desfile. Los chilenos que conocieron el Kinora supieron reconocer esas películas y se les aclaró que el empresario vagó por América hasta que se le acabó el negocio y en el hotel de Holanda ya no pudo pagar la cuenta, siéndole embargada hasta su maleta. De película.

DE SORPRESA EN SORPRESA

Basilio Hall, capitán de barco, llegó a Chile en 1820 con las cosas claras: había una guerra terrible entre quienes querían al rey de España y quienes querían gobierno propio. *"A mi entrada a la bahía observé que (...) una de las naves detenidas en el borde del Yombul, río que corre cerca de la ciudad, estaba ardiendo; columnas de humo espeso elevándose por encima de las colinas que rodean al puerto demostraban que el otro buque y la ciudad de Arauco eran también presas de las llamas"*. Inmediatamente ordena desembarcar y se entera con grande sorpresa que los mapuches son mandados por un blanco -el bandido Benavides- que además comanda a españoles y criollos rebeldes. Y no son ellos los que han atacado la ciudad, sino que han sido atacados ellos en la ciudad. Con esa mediana claridad se entera de que algunos ingleses han sido hecho prisioneros por Benavides, pero sobre todo lo impacta una noticia: el cacique Peneleo ha matado un hombre delante de su mujer y luego se la ha llevado cautiva. Enterado de que el cacique ha proseguido rumbo a Concepción, ordena embarcarse hasta San Vicente, desde donde prosigue en implacable cabalgata hasta la ciudad. Sabe que cada minuto es precioso: y su deber es informar al gobernador, que todavía puede rescatar a esa víctima. "...desgraciadamente tanto apuro no sirvió de nada porque cuando llegué a la casa del gobernador, un sirviente con los ojos medio cerrados y la cabeza apoyada en las manos, me dijo que su excelencia dormía la siesta (...) juzgué más prudente no

insistir porque los sirvientes se estremecían ante la idea de despertar a su excelencia. (...) *fuimos a pasearnos por las márgenes del Bío-Bío*". Entre furioso y desesperado, al volver encuentra despierto al gobernador, quien con toda calma les dice que la mujer ya debe estar muerta, que son cientos los casos así en esta guerra y que si quieren continúen ellos mismos y traten de pagar algo por ella, pero que él no puede ayudarlos. Sigue su cabalgata reventando caballos, donde los mapuches, y se entera de que Peneleo... está durmiendo siesta. "*La hora de nuestra visita al campamento indígena fue mal elegida, pues acababan de comer y casi todos se encontraban en un lamentable estado de ebriedad (...) Después de una ceremonia nos hicieron sentarnos y nos invitaron a beber*". Finalmente Peneleo salió a la puerta de su rancho, y "*se quedó apoyado a fin de no caerse, porque parecía estar mucho más borracho que sus soldados. Nos recibió mal, y parecía muy irritado porque nos habíamos atrevido a turbar su reposo*". El pobre Basilio Hall ofrece dinero, ruega, y al final comprende que no podrá rescatar a la pobre viuda. Angustiado, antes de irse, alcanza a ver a la joven: "*era sin duda esa infortunada cautiva (...). Nos llamó la atención que ya no llorase y que tuviese el aspecto bien poco triste (...) las graciosas maneras del cacique habían ya producido impresión en el corazón de la joven viuda*".

PARA EL ANECDOTARIO DE RUBÉN DARÍO

Era tan joven: había llegado porque quería ser literato y sintió que tenía que venir a la capital de América. Chile. Acá pronto conoció amigos de bohemia, y era frecuente verlo dando tumbos por las calles. Se llamaba Félix García Sarmiento. Pobre de solemnidad, trabajador de la aduana, y más encima novelista: se sabía que estaba escribiendo una novela a cuatro manos, "Emelina". Aunque él declaraba que era un poeta, nadie le conocía versos. Sin embargo pronto empezó a colaborar en un diario, se hizo amigo del hijo del Presidente, y -pese a que siguió siendo pobre- se lo reconocía como un verdadero intelectual... hasta las señoras lo hubieran invitado a los salones sino fuera porque se sabía que el joven no podía parar de beber. Publicada su novela, sin pena ni gloria, se dedicó a los versos: y en las mesas de los restaurantes nocturnos muy pocos podían admirarlo: sus poesías era muy raras, muy llenas de sonidos, no gustaban. Para colmo se había cambiado el nombre, y eso caía mal: se firmaba Rubén Darío. Protagonizó innúmeras anécdotas, pero como cualquiera: el poeta admirado en esos tiempos como el gran bohemio era Pedro Antonio González... Aunque el joven Rubén Darío -en 1888- publicó un libro, editado en Valparaíso, que atravesó como un cañonazo la literatura en español: "Azul".

Y recién entonces empezarían a narrarse sus hechos en las noches de bohemia, y sería motivo de orgullo para los bares decir que en tal mesa se sentaba don Rubén, o que en tal suelo se quedó dormido

Porque la anécdota de la servilleta, y del joven fracasado, todavía se recuerda. No es la única que relaciona a Rubén Darío con bares y bohemia. Cuando la fama lo hizo semejar un meteorito que viajaba por el mundo rodeado de seguidores y detractores, aún quienes lo habían visto en el barrio Puerto seguían recordándolo. Hacia 1930 murió -al costado de la iglesia Matriz- una anciana que nunca fue santa, quien había bailado con sus pies desnudos por los bares, con el nombre de "Divino Tesoro", y juraba que había sido amada por el joven Félix, quien nunca pudo pagarle sus servicios... más que con palabras. Pero le dejó algunos recuerdos: la novela "Emelina", autografiada, y manuscritos de las "Acuarelas Porteñas"... El rumor se esparció como pólvora: y ahí fue donde los poetas aprovecharon de establecer una instancia de justicia divina y falsificar servilletas: porque es justo que un poeta humilde ayude a otros poetas humildes...

ÍNDICE

Brindis inicial	5
Chicha, aguardiente, vino y peleas	7
Una noche de bohemia en Valparaíso	11
La remolienda	20
Dos cantineras	23
Levantarse al día siguiente	27
Comilones de Chile	31
Desafíos amargos	39
Conversadores en la mesa	43
Poetas difundiéndose	51
Banquetes y saraos históricos	56
Fiestas funerales	61
Algunas canciones	66
Bellezas chilenas	74
Bellezas masculinas	79
Lecturas en el bar	82
Algunas ventas de arte	87
Público musical	93
Un vals	96
Críticas al pasar	99
Amor en los salones de la nobleza	104
Amores con desamores	107
Cuando mi guitarra llora	112
Dejar el trago	115
Teatrerros de afuera	123
Definiciones	130
Escenas de alegría a la fuerza	133
El zandunguero que organizó la patria	136
Viejas películas	140
De sorpresa en sorpresa	143
Para el anecdotario de Rubén Darío	145

LIBROS PUBLICADOS

COLECCIÓN POESIA

- Mester de Herrería, Pablo Araya*
Poetas en la Quinta (selección), Juan Cameron
Poemas Unidireccionales, Roberto Cárdenas
Las Muchachas de Biarritz, Nancy Gewölb
Persona Natural, Eduardo Jeria
El Bosque Encantado, Carlos Johnson
Alone Again, Carlos Amador Marchant
Fermosa Fiera, Nicolás Miquea Cañas
Concreto Azul, Ennio Moltedo
El Ojo Espejo, Gregorio Paredes
Mamalluca, Eduardo Parra
La Carnada (Pescando la Luz), Paula Pascual
Expediente Sumario, Alejandro Pérez
Luz y Sombra, Susana Ramos
El Tractatus y Otros Poemas, Guillermo Rivera
Delirios o el Gesto de Responder, Ximena Rivera
El Último Color del Día, Claudio Rodríguez Lanfranco
Territorial, Walter Rojas
El Silencio Crece en el Jardín, Karen Toro
La Rosa Roedora, Tito Valenzuela

COLECCIÓN CUENTOS

- El Samurai y otros relatos, Jaime Bergamín*
Los Parientes Pobres, Fernando Emmerich
Cuentos Históricos de Casablanca, Alfonso Cangas
Un Cuento para Mariela, José Luis Carrasco
Media Clase, Gabriel Castro
En Tiempos Como Estos, Carlos Henrickson
Todo Pasando, Aquiles Lira Briceño
La Segunda Persona, Juan Carlos Muñoz

Te lo cuento, pero no lo divulgues, Edy Navarro
Narradores de la V Región (selección), Adolfo Nordenflycht
Dorada Locura, Manuel Peña Muñoz
El Margen Vertiginoso, Luis Riffo

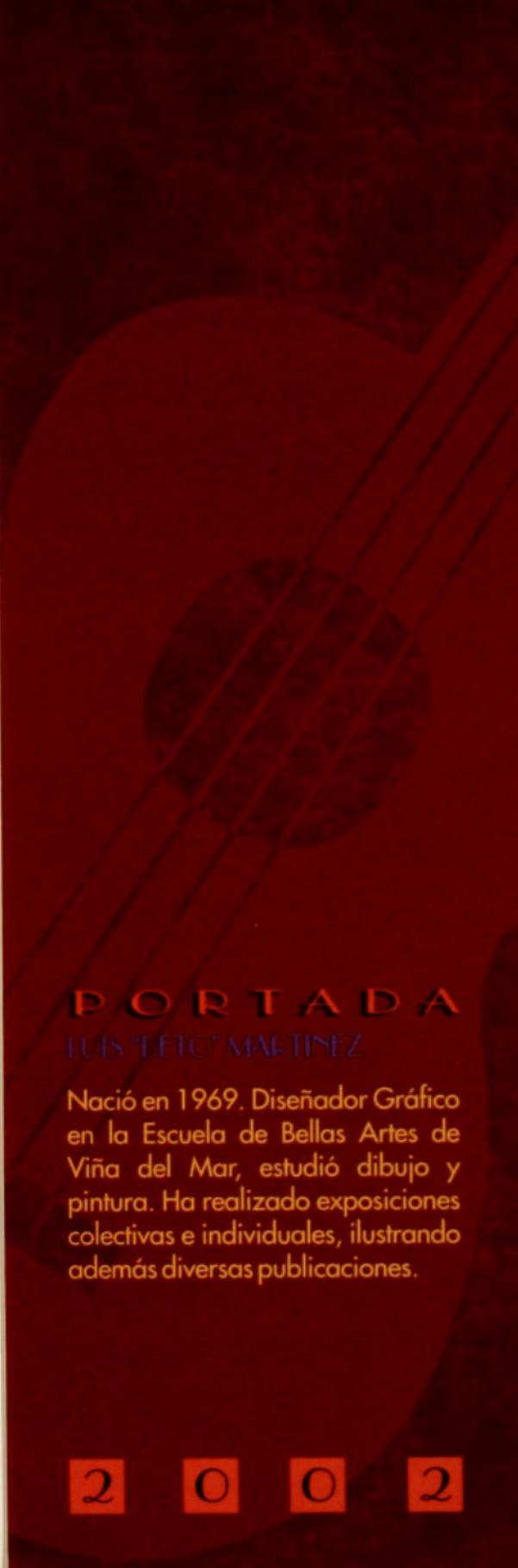
COLECCIÓN NOVELAS

Páginas del Lago, Pedro Alonzo
Valparaíso: La Perla del Barrio Chino, Eduardo Correa
Los Cururos de la Santa María, Carlos Amador Marchant
El Ojo de Nadie, Antonio Rojas Gómez
Las Arquitecturas Invisibles, Ignacio Vásquez Caces

COLECCIÓN CRÓNICAS Y ENSAYOS

Valparaíso: Escenario y Artistas, Nancy Astelli
Valparaíso y el Mar, José Luis Carrasco
Barquero en el Puerto, Carlos Amador Marchant
Álbum de Flora y Fauna, Marcelo Novoa
Escenas de la Vida Bohemia, Víctor Rojas

En este libro se emplearon
las tipografías Paris y Fujiyama
y se imprimió en papel bond 24.
Diseñado e impreso por
Enrique Vicuña Briones
en Novaterra Consultores
Cerro Alegre, Valparaíso
Noviembre de 2002.



PORTADA

LUIS "EETO" MARTINEZ

Nació en 1969. Diseñador Gráfico en la Escuela de Bellas Artes de Viña del Mar, estudió dibujo y pintura. Ha realizado exposiciones colectivas e individuales, ilustrando además diversas publicaciones.

2

0

0

2



PROGRAMA PUBLICACIONES LITERARIAS
GOBIERNO REGIONAL DE VALPARAISO

